

BOLETÍN DE PASTORAL

Revista Diocesana Mensual

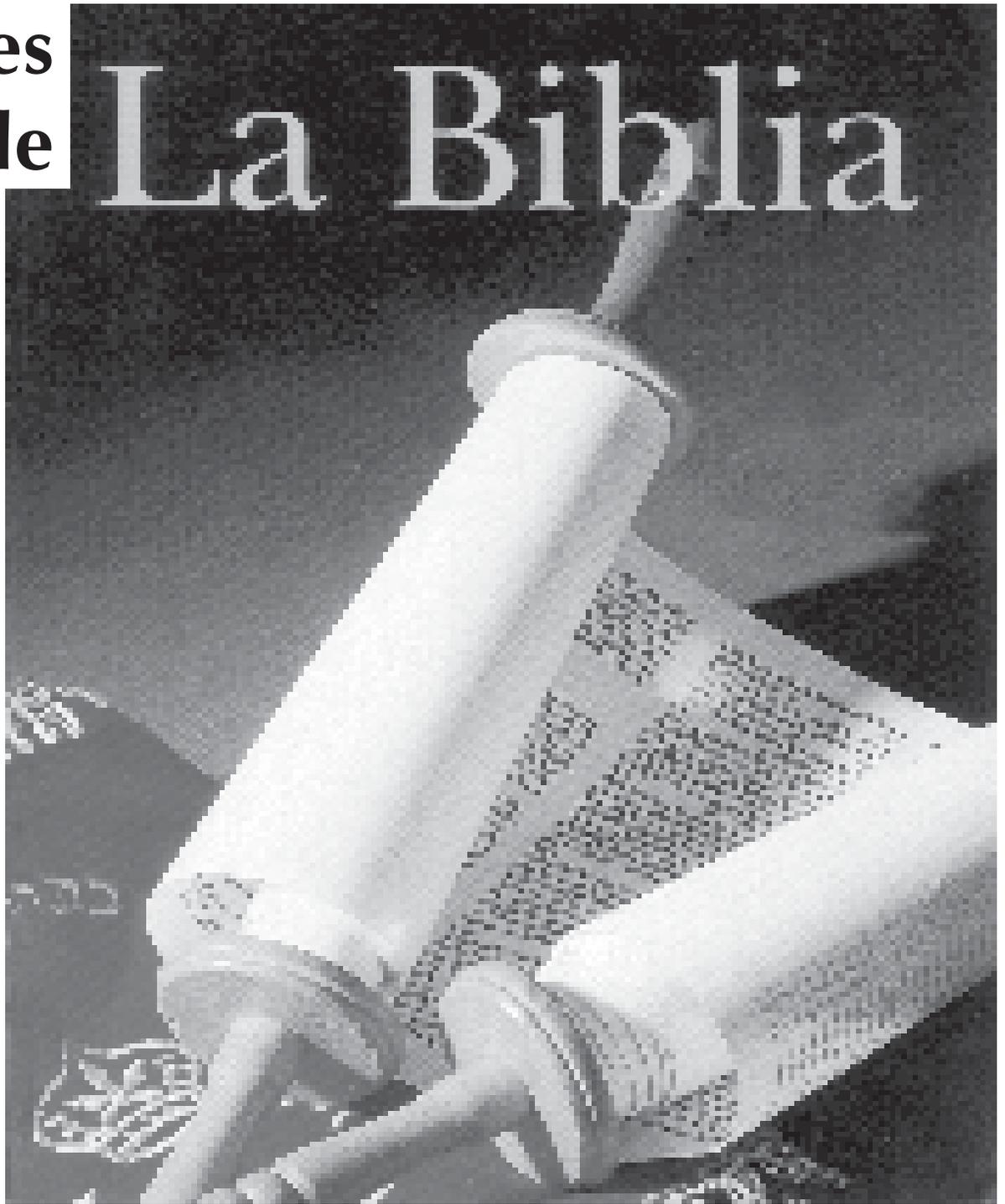
San Juan de los Lagos, Jal.

Septiembre de 2001

Nº 230

Mes de **Septiembre**

La Biblia



La Sagrada Escritura, fuente de vida y esperanza de toda acción pastoral

SUMARIO

Presentación 1

Mes de la Biblia

I. La Biblia, Palabra viva y Perenne de Dios 2

II. La Sagrada Escritura en la Tarea Evangelizadora de la Iglesia 6

III. La Pastoral Bíblica: Tareas y riesgos..... 9

IV. Espacios de Encuentro con la Sagrada Escritura 13

V. La Pastoral Bíblica y el Proceso de Pastoral Diocesano 17

Lectio divina

Evangelios del mes de Septiembre..... 20

Metodología de la Lectio divina 21

Elenco de Lectio divina, editadas en el Boletín Diocesano de Pastoral 36

Elenco de Lectio divina, proporcionadas por el Sr. Cura Juan Roberto..... 39

Lineamenta Sínodo de Obispos:

“El Obispo servidor del evangelio de Jesucristo,
para la esperanza del mundo” (Aportación de la diócesis) 42

Escritores diocesanos:

Anacleto González Flores y el conflicto religioso de 1926-1929 50

Documento pontificio:

Novo millennio ineunte 60

Varios:

Septiembre: Onomásticos,
Aniversarios de ordenación y Defunción *Contraportada*

Centro Diocesano de Pastoral

Morelos 34.

Apartado Postal 21

Tel. (3) 785-0020 Fax. (3) 785-0171

Correo-E: cpastoral@sanjuan2.redial.com.mx

47000 San Juan de los Lagos, Jal.

Responsable:

Pastoral bíblica diocesana

LA SAGRADA ESCRITURA, FUENTE DE VIDA Y ESPERANZA DE TODA ACCIÓN PASTORAL.



Presentación

Los agentes de pastoral cada día nos debemos esforzar más por tener claridad sobre el lugar que debemos dar a la Sagrada Escritura en la tarea evangelizadora. Quien se encuentra con la Palabra no puede menos que convertirse en un proclamador.

La Sagrada Escritura es fundamental en la comunidad eclesial; cuando ésta la escucha y la proclama con autenticidad entra en un proceso de conversión personal y comunitario que propicia y garantiza el encuentro con Jesucristo y su proyecto, y nos lleva a una profunda actitud de comunión y solidaridad.

Es tan grande el poder y la fuerza de la Palabra de Dios, que constituye el sustento y vigor de la Iglesia, firmeza de fe para sus hijos, alimento del alma, fuente límpida y perenne de vida espiritual (DV 21).

TEMAS:

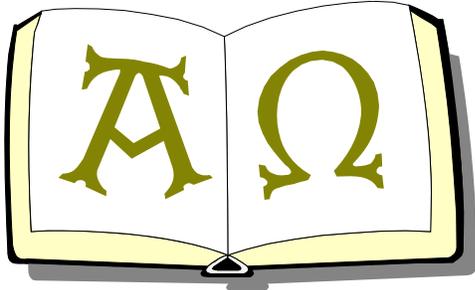
1. LA BIBLIA, PALABRA VIVA Y PERENNE DE DIOS
2. LA SAGRADA ESCRITURA EN LA TAREA EVANGELIZADORA DE LA IGLESIA
3. LA PASTORAL BÍBLICA: TAREAS Y RASGOS
4. ESPACIOS DE ENCUENTRO CON LA SAGRADA ESCRITURA
5. LA PASTORAL BÍBLICA Y EL PROCESO DE PASTORAL DIOCESANO

La Sagrada Escritura está en los labios y al alcance de nuestra mano; cada día es más raro encontrar una familia que no posea la Biblia. Pero esto no lo es todo; deseamos que la palabra de Dios esté en el corazón como lo espera la Iglesia: *“La iglesia siempre ha venerado la Sagrada Escritura, como lo ha hecho con el cuerpo de Cristo, pues sobre todo en la sagrada liturgia nunca ha cesado de tomar y repartir a sus fieles el pan de vida que ofrece la mesa de la palabra de Dios y del cuerpo de Cristo”* (DV 21).

En este mes de septiembre: “Mes de la Biblia” deseamos dar un paso más en el campo de nuestra madurez espiritual. El fruto espiritual depende, en primer lugar, del Señor y de una lectura individual y comunitaria de la Sagrada Escritura en clave de oración y orientada a la conversión, de parte nuestra. Seguramente nos ayuda lo siguiente:

- a) En primer lugar, el encuentro con la Escritura no debe hacerse individualmente, sino con otros creyentes, en comunidad. La palabra de Dios no es un regalo para la persona sola, sino Dios la ha ofrecido a su Iglesia. Por lo mismo, se requiere una actitud de apertura y sencillez; aceptación de los demás y entrega generosa de sí mismo.
- b) En segundo lugar, la lectura de la Biblia siempre se debe hacer en actitud de fe y en clima de oración: la lectura debe ser creyente. Para esto necesitamos una actitud de apertura a Dios y de fe para reconocer que Dios nos habla hoy en su palabra y en los acontecimientos de la vida.
- c) En tercer lugar, al leer la Sagrada Escritura debemos estar abiertos a la conversión. Si el encuentro con el Señor, a través de su palabra, no va cambiando nuestras vidas, si no nos dejamos interpelar y transformar por ella, entonces nuestro acercamiento a la santa Biblia habrá sido inútil.

I. La Biblia, Palabra viva y Perenne de Dios



¿Consideras que en el templo y en reuniones de grupos se hace una lectura cristiana de la Biblia?

¿Qué tanta convicción hay entre las personas de que “desconocer las Escrituras es desconocer a Cristo”?

¿Sientes que tus sacerdotes tienen un gran entusiasmo porque se conozca y ame la palabra de Dios?

¿En qué se nota que hay hambre de la palabra de Dios?

1. PREPARACIÓN AL TEMA (AMBIENTACIÓN)

Al tener la Sagrada Escritura al alcance de nuestra mano, estamos en posibilidad de abrirla y leerla. Pero ¿todas las lecturas son igualmente fructuosas? ¿Con qué actitud debemos leerla los cristianos? La Sagrada Escritura no es un libro cualquiera; en la Biblia tenemos la palabra viva y perenne de Dios.

Cuando la tomamos en nuestras manos no lo hacemos pensando que es un libro de historias o doctrinas, sino un medio por el cual el Espíritu Santo nos revela lo que es Dios.

¿Cada cuándo lees la Biblia? ¿Qué sucede cuando la lees devotamente?

Cuando observas a uno de la familia leer la Biblia, ¿qué proceso sigue? ¿Con qué intención la lee?

Comenta con las personas de a lado tus respuestas a las anteriores preguntas.



Notas:

Proclamación de Isaías 55,6-11

Volvemos a leer personalmente el texto sagrado, reflexionamos en silencio y leemos las notas que trae la Biblia.

Entre todos tratamos de narrar el texto, de aclarar dudas y responder a lo siguiente:

¿Por qué el profeta se vale de imágenes o comparaciones para dar su mensaje?

¿Qué semejanzas hay entre el agua y la palabra de Dios?

¿Qué es necesario para que la palabra de Dios produzca fruto?

2. ESCUCHAMOS LA PALABRA DE DIOS

Conscientes de que Dios quiere comunicarse con nosotros a través de su Palabra que es “viva y eficaz”, nos preparamos a escucharla con el canto:

“ES FUERTE, SEÑOR, TU PALABRA”

*Es fuerte, Señor, tu palabra;
ella me salvará;
tu palabra, Señor, me vivifica;
espero en tu palabra, Señor.*

3. PROFUNDIZAMOS

Nota: *ve señalando las frases que te llaman la atención.*

1. Los cristianos estamos llamados a seguir a Jesucristo tal como se nos propone en los Evangelios. Este seguimiento de Jesús supone conocerlo de forma vital y experiencial en el contacto con El a través de las Escrituras y de la Eucaristía.

Es una bendición para la Iglesia el número creciente de fieles que tienen diariamente en sus manos la Sagrada Escritura, a fin de adquirir, por la lectura y meditación de los sagrados Libros, el sublime conocimiento de Jesucristo, “pues desconocer las Escrituras es desconocer a Cristo” (Cf. Flp 3,8).

2. Gracias a la voz profética del Concilio Vaticano II, la Biblia ha vuelto a ocupar el lugar que le corresponde en las familias de los creyentes. La historia nos narra que por varios motivos se había alejado a los fieles del contacto con la palabra de Dios y con ello del “sustento y vigor de la Iglesia, firmeza de la fe para sus hijos, alimento del alma, fuente límpida y perenne de vida espiritual” (DV, 21).

3. En la medida que la Biblia ha ido tomando su lugar central en la vida cristiana, también se ha ido consolidando una especial actitud ante Ella: se ha tenido el cuidado, en los grupos bíblicos, de mantener un contacto existencial; es decir, que parte de la vida y lleva a la vida. ¿Cómo describir en pocas palabras esta actitud de partir de la vida y llevarla a la vida? Lo podemos expresar en tres actitudes básicas: acercarnos a la Palabra de Dios desde una metodología vital y comunitaria; enseñarnos a descubrir desde Ella la realidad de la historia de la salvación; iniciarnos en un acercamiento orante y contemplativo.

4. Las tres anteriores actitudes son fundamentales para una lectura correcta y provechosa de la Biblia. ¿Será fácil hacer caso de ellas y ponerlas en práctica? Ciertamente no. Por eso con toda sinceridad hay que afirmar que aunque hoy en día existe más contacto con la Escritura, sin embargo, en muchos casos, se carece de un atento y adecuado asesoramiento, lo que trae como consecuencia que la Palabra no produce el fruto que debiera en el corazón de los fieles y en la comunidad cristiana. Comentemos brevemente cada una de estas tres actitudes básicas:

5. Acercarnos a la lectura y meditación de la Biblia con una metodología vital y comunitaria. Cuando tenemos presente que la Biblia nació, por la inspiración del Espíritu Santo, de la experiencia profunda de fe del pueblo de Israel, un pueblo elegido y guiado por Dios, y que en la fe se esfuerza por responderle a Dios en medio de todos los acontecimientos de la historia, entonces nos es muy fácil caer en la cuenta que para una lectura fructuosa de la Biblia se necesita la vida y la comunidad.

6. La Biblia nació mezclada con la historia del mismo pueblo que, día a día, buscaba ser fiel a Dios y a sí mismo. Ellos pensaban: lo que sucedió en el pasado nos enseña a vivir hoy, nos sirve de ejemplo para ver si estamos viviendo como quiere Dios. Toda persona, al leer con fe la Biblia, cae en la cuenta de que lo que sucedía en la vida del pueblo de Israel, ocurre también en la historia del propio pueblo y de otros pueblos: guerras y luchas para sobrevivir libres; explotación, peleas entre hermanos, desierto, exilio, alejamiento de Dios, errores, pecados, etc.

7. Es ésta la razón por la que cuando leemos y meditamos la Palabra experimentamos que es siempre actual, porque cualquier narración bíblica, puesto que es una experiencia de fe, nos permite analizar nuestra propia experiencia de fe, llegando a la certeza de que contamos con la presencia y acompañamiento del mismo Dios que estuvo cercano con Israel y le ayudó en su caminar hasta llegar a Cristo.

8. Nuestra vida cristiana está entretrejida de “gozos y esperanzas, tristezas y angustias” (GS,1), y la palabra de Dios es la luz que guía nuestros pasos en este caminar comunitario. La Biblia es la que va a dar sentido a la vida y será la que nos motive a llamarnos y comportarnos como hermanos.

9. Enseñarnos a descubrir desde la Biblia la historia de la salvación. La Biblia es la clave para ayudar a comprender el verdadero sentido del hombre, del mundo y de la historia. En la Escritura encontramos la verdad sobre Jesucristo, sobre la Iglesia y sobre el ser humano (Juan Pablo II, Discurso inaugural de la Asamblea de Puebla).

10. Entre los cristianos no siempre hay un conocimiento amplio de la persona de Jesucristo y su obra. Esto puede suceder, porque falta un contacto asiduo con la Escritura. Una formación sólida entre los cristianos debe centrarse en el conocimiento de Jesús de tal manera que “ilumine los ojos de su corazón, para que conozcan cuál es la esperanza a que han sido llamados, cuál es la riqueza de la gloria otorgada en herencia a su pueblo, y cuál la excelsa grandeza de su poder para con nosotros, los creyentes, manifestada a través de su fuerza poderosa” (Ef 1,18-19).

11. Sólo con una atenta y asidua lectura y reflexión bíblica seremos capaces de percibir a Cristo como el centro de la historia, ya que la historia de Israel tiende hacia El y la del Nuevo Pueblo de Dios parte de El. Toda la Escritura tiene a Cristo como centro.

12. Pero también nosotros hoy formamos parte de esta historia, y estamos llamados a construir una historia salvífica, aceptando la invitación de Cristo y comportándonos como sus auténticos discípulos puesto que “fue voluntad de Dios el santificar y salvar a los hombres, no aisladamente, sin conexión alguna de unos con otros, sino constituyendo un pueblo, que le confesara en verdad y le sirviera santamente” (LG,9).

13. Los cristianos somos el Pueblo de Dios, un pueblo que hacemos historia y, gracias a la presencia de Dios, esta historia se convierte en una historia salvífica, porque en comunión con los pastores, aparecemos una Iglesia más corresponsable, más cercana a la realidad, más profética, más preocupada por los pobres, con una vida de mayor comunión y fraternidad y más abierta a la acción del Espíritu Santo.

14. Iniciarnos en un acercamiento orante y contemplativo a la Escritura. La Escritura no es solamente un texto que debe ser leído de acuerdo a las orientaciones que sobre la interpretación ha dado la Iglesia; es también un medio privilegiado de comunión y comunicación con Dios. Una lectura de la Biblia hecha con estas actitudes es lo que se ha llamado en la historia de la Iglesia la Lectio divina.

15. Este acercamiento a la Biblia ha sido para los cristianos un medio muy valioso para intensificar la vida espiritual, porque se insiste en que no hay que tomar a la Biblia como un libro de historia o de doctrina, sino como un libro por el cual el Espíritu Santo revela, en la existencia concreta, la voluntad de Dios. Desde la época de los Padres de la Iglesia se ha hablado de este acercamiento existencial a la palabra de Dios, al indicar los diferentes grados de profundización: lectura, meditación, oración y contemplación. Cada paso significa una interiorización mayor de la palabra de Dios.

16. No cabe duda de que debemos insistir aún más en una lectura contemplativa de la Palabra para estar en mejor sintonía con este patrimonio de la Tradición de la Iglesia; “en esta revelación, Dios invisible, movido de amor, habla a los hombres como amigos, trata con ellos para invitarlos a recibirlos en su compañía” (DV,2).

Por eso el Concilio Vaticano II, al recomendarnos a los cristianos la lectura asidua de la Biblia, señala que debe estar acompañada de la oración “para que se entable el diálogo entre Dios y el

hombre, pues a Dios hablamos cuando oramos, a Dios escuchamos cuando leemos sus palabras” (DV,25).

Ciertamente la Escritura es el libro más rico en experiencias de oración; porque fundamentalmente es la historia del encuentro de Dios con los hombres que se abren a El en la contemplación y el amor.

Al realizar esta lectura vital de la Biblia, caigamos en la cuenta de que entramos en contacto directo con Dios en la trama de una vida personal y es allí donde recibimos la luz para conocer la voluntad de Dios y la fuerza para cumplirla de acuerdo a nuestra vocación y misión en la Iglesia.

4. ACTUAMOS

Anota los tres pensamientos más importantes de lo que se ha reflexionado:

1. _____

2. _____

3. _____

Anota 3 exigencias del tema de hoy:

1. _____

2. _____

3. _____

5. ORAMOS

Oración personal.

Es el momento de expresar aquello que el pasaje y el comentario sobre la vida me hace decirle a Dios.

Oración en común.

Terminamos rezando juntos el Salmo 29 (28)

II. La Sagrada Escritura en la Tarea Evangelizadora de la Iglesia



1. PREPARACIÓN AL TEMA (AMBIENTACIÓN)

En la reunión anterior estuvimos reflexionando en los criterios que se requieren para una lectura cristiana y provechosa de la Biblia, porque si aumenta el número de cristianos que toman en sus manos la Sagrada Escritura, en muchos casos la palabra de Dios no produce el fruto que debiera en el corazón de los fieles y en la comunidad cristiana. Hoy vamos a considerar la importancia que tiene la Sagrada Escritura en la tarea evangelizadora de la Iglesia.

Como agente de pastoral ¿cuál es tu experiencia de Dios?

¿Qué hemos visto y oído que podamos comunicar con entusiasmo y alegría a los demás?

¿Qué opinas de la tarea evangelizadora que se realiza en tu comunidad?

¿Qué lugar ocupa la Biblia en la tarea evangelizadora de tu comunidad?

Comenta con las personas de a lado tus respuestas a las anteriores preguntas.

2. ESCUCHAMOS LA PALABRA DE DIOS.

Seremos una diócesis cada día mejor, si cada uno de los agentes de pastoral asumimos como tarea fundamental lo que Cristo nos ha confiado: el anuncio de la Buena Nueva, es decir, la Evangelización. Los discípulos debemos imitar a nuestro Maestro Jesús.

CANTO: "SOIS LA SEMILLA..."

*Id amigos por el mundo,
anunciando el amor,
mensajeros de la vida,
de la paz y el perdón.
Sed amigos los testigos,
de mi resurrección,
id llevando mi presencia,
con vosotros estoy.*

Proclamación del evangelio de San Lucas 4,16-20

Volvemos a leer personalmente el texto sagrado, reflexionamos en silencio y leemos las notas que trae la Biblia.

Entre todos tratamos de narrar el texto, de aclarar dudas y responder a lo siguiente:

¿En qué consiste la misión de Jesús?

¿Por qué encuentra Jesús rechazo entre los judíos en Nazareth?

3. PROFUNDIZAMOS

Nota: ve señalando las frases que te llaman la atención.

1. La misión evangelizadora de la Iglesia.

Pablo VI en *Evangelii Nuntiandi* nos insiste que: “evangelizar constituye, en efecto, la dicha y vocación propia de la Iglesia, su identidad más profunda” (EN 13). Esta tarea surge con el inicio mismo de la comunidad de discípulos y apóstoles en torno al Resucitado, bajo la fuerza del Espíritu (EA 66).

Los discípulos de todos los tiempos cumplen cabalmente esta tarea si poseen una experiencia profunda con Jesús, Hijo de Dios.

2. La Sagrada Escritura en la misión evangelizadora de la Iglesia.

Sin Sagrada Escritura no hay evangelización. Cuando los miembros de la Iglesia hacen a un lado la Biblia terminan por ser un grupo o un club. Sólo con la palabra de Dios se edifica la comunidad. No se entiende la identidad de la Iglesia, ni se hace efectiva su misión, sin la escucha atenta y la proclamación auténtica de la Palabra. Compromiso de la Iglesia es hacer vida la Palabra que se le ha confiado. Comprendemos muy bien entonces por qué el Concilio se expresa diciendo: “es tan grande el poder y la fuerza de la palabra de Dios, que constituye el sustento y vigor de la Iglesia” (DV 21).

3. La comunidad se encuentra con Cristo Vivo en la Sagrada Escritura.

Los cristianos no vamos detrás de un muerto, sino de uno que está vivo, de Cristo que ha resucitado. Y la Tradición de los Padres y el Magisterio nos han señalado como uno de los medios privilegiados para el encuentro con Cristo a la Sagrada Escritura; ya que toda ella gira en torno a Cristo. Este encuentro, si es auténtico, necesariamente conduce a la conversión (EA 12). “Bebe, por lo tanto, las dos copas, la del Viejo y la del Nuevo Testamento, porque en las dos bebes a Cristo” (S. Juan Crisóstomo).

4. La comunidad escucha y proclama la Palabra bajo la guía del Magisterio.

Toda la comunidad eclesial tenemos la oportunidad de escuchar y proclamar la palabra de Dios. Pero para que los cristianos seamos servidores de la Palabra, siempre debemos actuar conforme a la Verdad, es decir, bajo la guía del Magisterio y en fidelidad a la Tradición. Cuando no lo hacemos así, actuamos apoyados en juicio propio y se cae en muchas desviaciones. El Obispo, en su diócesis, es el principal promotor de que los fieles tengan fácil acceso a la palabra de Dios.

5. La Comunidad, al acercarse a la Sagrada Escritura, se encuentra con Dios y su proyecto de vida.

Muchas veces a la Biblia se le nombra como palabra o revelación de Dios. Y esto no es un error, aunque tampoco es del todo correcto, porque sabemos que Dios ha hablado al hombre mucho antes de que las palabras fueran puestas por escrito. Dios, en su bondad y sabiduría, ha salido de su misterio, Dios ha venido a nuestro encuentro. El ha tomado la iniciativa. Todo ha sido por gracia, por amor. Dios se ha manifestado por medio de acontecimientos y palabras estrechamente unidos. En la Escritura Dios nos habla por medio de hombres inspirados y en lenguaje humano. Tarea del agente de pastoral es conocer cada día más todo lo que se refiere al autor humano: su cultura, situación de la comunidad, finalidad al expresarse, etc. Los cristianos debemos de tener más estudio bíblico: conocimiento, meditación y vivencia.

6. La Comunidad se alimenta y hace viva su fe a través de la Sagrada Escritura y de la Eucaristía.

Tomando en cuenta que en la Iglesia, en ocasiones, se hacía a un lado el conocimiento y el acceso a la palabra de Dios, el Concilio proclamó: “La Iglesia siempre ha venerado la Sagrada Escritura, como lo ha hecho con el Cuerpo de Cristo, sobre todo en la Sagrada Liturgia. Nunca ha cesado de tomar y repartir

a sus fieles el pan de vida que ofrece la mesa de la Palabra de Dios y del Cuerpo de Cristo” (DV 21). El sustento y vigor de la vida cristiana dependen de la palabra de Dios y de la Eucaristía.

Esto significa que la Escritura y la Eucaristía son lugares privilegiados del encuentro con Jesucristo.

7. La Comunidad, al acercarse a la Sagrada Escritura, tiene una fuente para la predicación y la acción pastoral.

Si los agentes de pastoral tenemos por oficio el ministerio de la Palabra, tenemos, por consiguiente, la obligación “de leer y estudiar asiduamente la Escritura para no volverse predicadores vacíos de la Palabra que no la escuchan por dentro” (DV 25).

Si deseamos que la acción pastoral sea realmente fructífera, debemos alimentarnos asiduamente con la palabra de Dios; porque algo tan fundamental no puede dejarse al gusto personal, a motivaciones esporádicas y a entusiasmos pasajeros.

8. La Comunidad escucha y encarna el Evangelio como María.

Para nosotros, cristianos mexicanos, la Virgen de Guadalupe, es el signo de escucha y encarnación del Evangelio. María escucha y acoge la Palabra con libertad de espíritu y madurez humana. María recibe la Palabra en la obediencia y en el gozo. Si cada día estamos en posibilidad de recibir la palabra de Dios, cada día necesitamos de imitar la actitud de María.

4. ACTUAMOS

Anota los tres pensamientos más importantes de lo que se ha reflexionado:

- 1. _____
- 2. _____
- 3. _____

Anota 3 exigencias del tema de hoy:

- 1. _____
- 2. _____

- 3. _____

5. ORAMOS

Oración personal. Es el momento de expresar aquello que el pasaje y el comentario sobre la vida me hace decirle a Dios.

Todos juntos decimos el siguiente himno de la Liturgia de la Horas:

**Con entrega, Señor, a ti venimos,
escuchar tu palabra deseamos;
que el Espíritu ponga en nuestros labios
la alabanza al Padre de los cielos.**

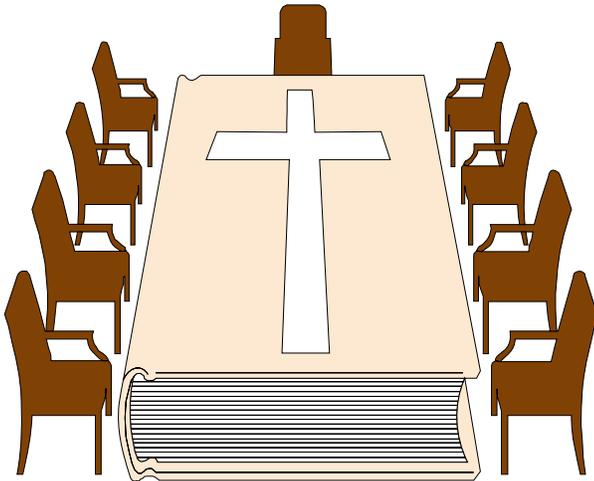
**Se convierta en nosotros la palabra
en la luz que a los hombres ilumina,
en la fuente que salta hasta la vida,
en el pan que repara nuestras fuerzas...**



Notas:

Large empty rectangular box for notes, with a folded top-right corner effect.

III. La Pastoral Bíblica: Tareas y riesgos



Estas son las interrogantes a las que queremos responder con el tema.

¿Qué personas en tu comunidad son reconocidas como animadoras bíblicas?

1. PREPARACIÓN AL TEMA (AMBIENTACIÓN)

Hemos visto que en la Evangelización, tarea fundamental de la Iglesia, la Sagrada Escritura no puede quedarse al margen, porque se le da cabida a la centralidad de la palabra de Dios o no hay verdadero anuncio del Evangelio. Después del tema anterior los agentes de pastoral tenemos más claridad sobre el lugar que debemos dar a la Sagrada Escritura en la tarea evangelizadora. Constatamos que a pesar de que la Biblia está al alcance de muchos cristianos, nuestros Obispos nos advierten sobre la incoherencia de fe que nos aqueja a la mayoría de los seguidores de Jesús; esto significa que el contacto con la palabra de Dios es muy débil y poco estructurado.

¿Qué se entiende por pastoral bíblica? ¿Qué lugar ocupa la pastoral bíblica dentro de la pastoral diocesana? ¿Cuál es la función de la pastoral bíblica en relación con las otras pastorales? ¿Cuáles son los rasgos que deben caracterizar la pastoral bíblica en nuestra diócesis?

¿Existe escuela bíblica en tu comunidad? ¿Se celebra la semana bíblica en tu comunidad?

¿Se ofrecen en venta biblias y material bíblico en la notaría o en la librería parroquial?

¿Existe un equipo animador de la pastoral bíblica en tu parroquia?

Comenta con las personas de a lado tus respuestas a las anteriores preguntas.

2. ESCUCHAMOS LA PALABRA DE DIOS.

En las primeras comunidades cristianas se le daba mucha importancia a la palabra de Dios, aunque no faltaban fallas; por eso los escritores sagrados, en algunas partes de los libros del NT, insistían en la grandeza de la Palabra. Escuchemos el elogio de la palabra de Dios que hace el autor de Hebreos.

Proclamación de Hebreos 4, 12-13

Volvemos a leer personalmente el texto sagrado, reflexionamos en silencio y leemos las notas que trae la Biblia. Respondemos a lo siguiente:

¿Cuáles son los calificativos que da a la palabra de Dios el autor sagrado?

¿Qué significa la comparación de la Palabra con la espada de doble filo?

3. PROFUNDIZAMOS

Nota: ve señalando las frases que te llaman la atención.

1. Lo que es la pastoral bíblica.

La pastoral bíblica es todo aquel trabajo que hace la comunidad eclesial en torno a la Sagrada Escritura, su lectura, interpretación, celebración y vivencia, con el fin de que ella sea “sustento y vigor de la Iglesia, fortaleza de fe para sus hijos, alimento del alma, fuente pura y perenne de vida espiritual” (DV 21). No solamente unas cuantas personas, ni tampoco un equipo, sino toda la comunidad es la responsable de la lectura, interpretación, celebración y vivencia. Estos cuatro pasos son la garantía de que la Palabra no se quedará en un mensaje estéril sin dimensiones comunitarias ni como palabra muerta; ya que la pastoral bíblica no es aprender “cosas” de la Biblia, sino provocar una experiencia de Dios que nos lleva a conformar nuestra vida con la voluntad de Dios.

2. La pastoral bíblica, auténtica pastoral.

Ya vimos en el tema anterior que la Sagrada Escritura no puede ser colocada al margen de la vida de la Iglesia y de su tarea esencial: la Evangelización. La pastoral bíblica, en cuanto ciencia, no puede estar dependiendo del entusiasmo momentáneo de algunos agentes de pastoral que realizan acciones aisladas sin estructura seria y sin coordinación con la pastoral orgánica. La Evangelización debe ser planificada, y dentro de este caminar eclesial, la pastoral bíblica debe ser el “sustento y vigor”, es decir, una verdadera y auténtica pastoral y no sólo un movimiento o apostolado bíblico.

3. Tareas de la pastoral bíblica.

Además de la tarea fundamental de la pastoral bíblica que es la Evangelización, le corresponden algunas tareas preferentes de acuerdo a la realidad de nuestra Iglesia mexicana y de cada una de las diócesis:

- Ofrecer criterios para asumir la Biblia como Palabra Divina, Humana y Actual.
- Ofrecer criterios para que el encuentro con la Sagrada Escritura fomente la adhesión a Jesucristo.
- Ofrecer criterios para que el encuentro con la Sagrada Escritura lleve a la conversión.
- Ofrecer criterios para que el encuentro con la Sagrada Escritura promueva la comunión y la solidaridad.

- Promover la Lectio Divina
- Animar la proclamación digna y la escucha fervorosa de la Palabra en la liturgia.
- Poner al alcance de todos, material adecuado que facilite el encuentro con la Palabra.
- Integrar adecuadamente la pastoral bíblica dentro de la pastoral orgánica.



4. Rasgos de la pastoral bíblica.

Para que Sagrada Escritura verdaderamente se vaya convirtiendo en el alma de la Evangelización, la pastoral bíblica debe poseer los siguientes rasgos:

- La pastoral bíblica debe llevar a un permanente encuentro con Cristo Vivo. Como el encuentro es con Alguien, esto impide que se vuelva una mera cultura bíblica.
- La Sagrada Escritura no podrá ser el sustento y vigor de toda la vida de la Iglesia si no conduce a la conversión, pues no hay encuentro auténtico con Cristo sin signos de verdadera conversión. La pastoral bíblica promueve la conversión.
- La pastoral bíblica debe fomentar la espiritualidad del seguimiento. Todo acercamiento a Cristo Vivo nos invita a seguirle más de cerca, nos compromete a vivir como verdaderos discípulos.
- La pastoral bíblica conduce a la comunión y a la participación. El punto de partida y de llegada en la pastoral bíblica son la comunión y la participación; y esto lo podrá lograr si está abierta a los diferentes carismas y vocaciones con las que el Espíritu enriquece a la Iglesia y si no se olvida que está al servicio de las diferentes acciones pastorales en la comunidad.
- La pastoral bíblica debe promover eclesialmente la Sagrada Escritura en los diferentes niveles de Iglesia, para ello es necesario que exista una coordinación diocesana.

· La pastoral bíblica lleva a un compromiso serio de solidaridad. Es fundamental la pastoral bíblica en una diócesis porque ofrece caminos y medios que ayudan a iluminar la realidad angustiante de los más necesitados ya que es una pastoral centrada en la persona y promotora de su dignidad.

· La pastoral bíblica dinamiza la Nueva Evangelización. En nuestro caminar diocesano hacia el IV Plan de Pastoral, la Sagrada Escritura debe dar calidad al ardor, al método y a la expresión en toda tarea evangelizadora.

- La pastoral bíblica debe estar animada permanentemente por el Espíritu, dador de vida, de amor y libertad.
- La pastoral bíblica acrecienta la conciencia misionera de la comunidad, porque el encuentro con la Palabra es gran alimento del misionero.
- La pastoral bíblica consolida el espíritu y el trabajo ecuménico. Conciencia misionera respetuosa, atenta, abierta y creativa pero sin ingenuidad.
- La pastoral bíblica profundiza, asume y articula la inculturación del Evangelio.
- La pastoral bíblica tiene como tarea preferente ofrecer orientaciones claras sobre la Biblia como: palabra divina, palabra humana y palabra viva y actual. En cuanto palabra divina es palabra eterna, es palabra vivificante que permite a todos los hombres vivir con Dios, es palabra pronunciada y vida manifestada, es la revelación del misterio salvador de Dios. Como palabra humana es una palabra literaria concreta e histórica que ha sido puesta por escrito por personas inspiradas por el Espíritu. En cuanto palabra viva y actual es importante considerar que es una palabra que se dirige a cada uno y exige una respuesta comprometedora; es una palabra que toma en cuenta la realidad, que es leída en comunidad y en constante actualización.

4. ACTUAMOS

Señala los tres pensamientos que te parecieron más importantes:

1. _____

2. _____

3. _____

Señala tres sugerencias para poseer pastoral bíblica en tu comunidad:

1. _____

2. _____

3. _____

Indica dos sugerencias para poseer pastoral bíblica en la diócesis:

1. _____

2. _____

5. ORAMOS

Nos podemos unir a la oración del Cardenal Martini para darle gracias al Señor por su palabra:

Te damos gracias, Señor, porque esta palabra pronunciada hace dos mil años sigue siendo viva y eficaz entre nosotros.

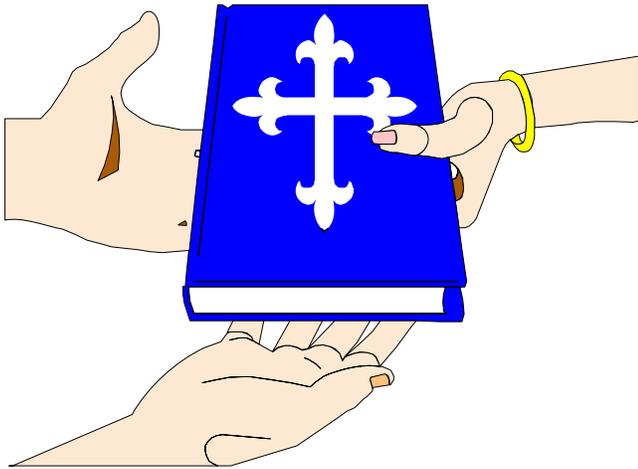
Reconocemos nuestra impotencia e incapacidad para comprenderla y dejarla vivir entre nosotros. Ella es más poderosa y más fuerte que nuestras debilidades más eficaz que nuestra fragilidad, más penetrante que nuestras resistencias.

Por eso te pedimos que nos ilumines con tu Palabra para que la tomemos en serio y nos abramos a aquello que nos manifiesta, para que confiemos en ella y le permitamos actuar entre nosotros de acuerdo con la riqueza de su poder.



Notas:

IV. Espacios de Encuentro con la Sagrada Escritura



¿Qué te parece la escucha de la palabra de Dios en la celebración Eucarística?

¿En la celebración de los Sacramentos se le da importancia a la palabra de Dios?

¿De qué manera la palabra de Dios es alimento durante las reuniones de los GAM?

¿Qué dices de la proclamación de la palabra de Dios en la celebración Eucarística?

¿En tu comunidad hay grupos que practican la Lectio divina o están en grupos bíblicos?

1. PREPARACIÓN AL TEMA (AMBIENTACIÓN)

Hemos visto en el tema anterior cómo todos los agentes debemos estar interesados en que haya pastoral bíblica en los diferentes niveles de Iglesia. Hemos reflexionado en las tareas y los rasgos de la pastoral bíblica, para que efectivamente la Sagrada Escritura sea vigor y sustento de toda acción pastoral. Comprendemos que sólo será posible la pastoral bíblica si se da un encuentro personal y comunitario con la palabra de Dios. Dios nos habla de muchas maneras, sin embargo todo cristiano está en posibilidad de alimentarse especialmente en los siguientes espacios: Encuentro personal y comunitario con la Palabra, la Palabra en la liturgia, la Palabra y los Sacramentos, la Palabra y la Tradición y la Palabra y la vida.

Comenta con las personas de a lado tus respuestas a lo anterior



Notas:

Canto:

“ESCUCHAR TU PALABRA,
es inicio de fe en ti, Señor.
Meditar tu palabra,
es captar tu mensaje de amor.
Proclamar tu palabra, Señor,
es estar embebido de ti.
Proclamar tu palabra, Señor,
es ya dar testimonio de ti, mi Dios (2)

Proclamación de Juan 6,32-50

Volvemos a leer personalmente el texto sagrado, reflexionamos en silencio y leemos las notas que trae la Biblia.

Entre todos tratamos de narrar el texto, de aclarar dudas y responder a lo siguiente:

¿Cómo se aut nombra el mismo Jesús? Señalar expresiones y el versículo

¿Qué necesitamos para alimentarnos del pan de vida?

¿Cuáles son las consecuencias en aquél que cree en Cristo, pan del cielo?

2. ESCUCHAMOS LA PALABRA DE DIOS

La DV en el no. 21 nos dice que “La Iglesia siempre ha venerado la Sagrada Escritura, como lo ha hecho con el Cuerpo de Cristo, pues sobre todo en la sagrada liturgia, nunca ha cesado de tomar y repartir a sus fieles el pan de vida que ofrece la mesa de la palabra de Dios y del Cuerpo de Cristo”; esta referencia eucarística y sacramental tiene su inspiración en el gran discurso del c. 6 del evangelio de Juan.

3. PROFUNDIZAMOS

Nota: ve señalando las frases que te llaman la atención.

1. Encuentro personal y comunitario con la Palabra.

Todo cristiano está llamado a enfrentarse personalmente con la Escritura como palabra de Dios, ahondar en ella, alimentarse de ella y apoyarse en ella para orientar su vida. Cuando se acerca a ella con actitud de discípulo y se pone en práctica produce verdaderos frutos de conversión. El pan de vida es el mismo Cristo, él es el “auténtico pan del cielo”; a lo cual responde un movimiento personal del hombre: “el que viene a mí no volverá a tener hambre” (6,35), que es radicalmente el movimiento de la fe: “el que cree en mí nunca tendrá sed”. “Todos los que me da el Padre vendrán a mí, y yo no rechazaré nunca al que venga a mí” (6,37). “La voluntad de mi Padre es que todos los que vean al Hijo y crean en él tengan vida eterna”. El movimiento de la mujer y del hombre hacia Cristo se realiza concretamente escuchando su palabra y comiendo su cuerpo.

2. Cristo se da en su palabra y se da en su carne:

En ambos casos es el pan de vida, que da vida eterna, porque hace participar en la vida que Cristo recibe y comparte con el Padre. Por eso es legítimo hablar de una sola mesa. San Jerónimo, el enamorado de la palabra de Dios, decía: “comemos su carne y bebemos su sangre no sólo en el sacramento, sino también leyendo la Escritura”. La expresión de san Jerónimo nos advierte sobre la dimensión comunitaria ya que la Biblia no sólo debe ser leída, meditada, estudiada y rezada individualmente, sino, sobre todo, en comunidad.

3. La liturgia realiza la actualización perfecta de los textos bíblicos.

La Escritura no es un libro o conjunto de libros para ser leídos; la Biblia es más. Muchos textos bíblicos han sido antes pasajes recitados en una liturgia, durante las fiestas del pueblo hebreo o en las primeras comunidades cristianas. La Biblia es un libro para ser proclamado. Es en el acto de la proclamación que se hace en medio de la asamblea cuando la Palabra bíblica se manifiesta como Palabra dialogal, un “Tú” que se dirige al “nosotros” que la escucha y que la acoge como palabra viva, interpelante y creadora. El cristianismo es religión de la Palabra viva, proclamada aquí y ahora, en la cual “el Padre que está en el cielo sale amorosamente al encuentro de sus

hijos, para conversar con ellos” (DV 21). La Sagrada Escritura sin celebración de la fe queda en una palabra fría y muerta; pero lo mismo sucede con la celebración sin la presencia de la Palabra.

4. La palabra de Dios se ha constituido en Escritura cuando al proclamarse, ha convocado y reunido a la Iglesia, pues los apóstoles “predicaron el evangelio, suscitaron la fe en Jesús, Cristo y Señor, y congregaron la Iglesia” (DV 17). Escuchar y comprender la Palabra para vivirla se da de un modo privilegiado en la asamblea litúrgica ya que Cristo resucitado y viviente está presente en la asamblea litúrgica.

5. La veneración de la Escritura va más allá de algunos ritos, como la procesión con el Leccionario o con el Evangelionario, la incensación, el escuchar de pie, el colocar el Evangelionario sobre el altar, en colocar la Biblia en una atril en el presbiterio o en la capilla del Santísimo; la DV pide y espera que la veneración se realice en la distribución “sacramental” de la Escritura como pan de vida. ¿Es la Escritura un sacramento? ¿En qué se asemeja y se diferencia de los sacramentos? En principio hay que distinguir entre Palabra y los siete sacramentos.

La palabra de Dios inicia un movimiento que el hombre consume en el sacramento; palabra y sacramento son dos fases de una acción única: el acontecimiento salvífico.

Aunque hay que estar atentos a posibles exageraciones: para los protestantes la palabra sólo tiene una función kerigmática, pura preparación al acontecimiento salvífico; y para algunos católicos, Cristo se hace presente sólo en los sacramentos, ya que Cristo no está presente en su palabra como lo está en los sacramentos.

6. Palabra y Tradición.

La Iglesia distribuye la palabra de Dios como pan de vida. La Iglesia lleva en sí la palabra de Cristo, y es palabra de Cristo dicha al mundo, en su presencia y actividad y proclamación. La Iglesia recibe, es decir, escucha y acepta esa palabra de Dios, en concreto por medio de la Escritura, y así se va realizando continuamente como palabra de Cristo. La Iglesia es una realidad viva, transmisora de una vida total. Esta realidad es la Tradición. Vida que viene del Padre por el Hijo y, por la sucesión apostólica, la recibe la Iglesia, que va al Padre. La verdad que en ella se nos da es la Palabra viva de Dios, que cada vez manifiesta más de sí misma. Podemos

afirmar que la Escritura es el objeto principal de la Tradición. La Iglesia tiene el encargo de transmitir íntegra la revelación por la Escritura, por su enseñanza y por su vida, con su palabra y con sus hechos. El magisterio, que está al servicio de la palabra de Dios, enseña puramente lo transmitido. El Espíritu de Cristo glorificado es quien garantiza la fidelidad.

7. Palabra y catequesis.

En la iniciación fundamentada y sistematizada a la vida cristiana la Escritura ocupa un lugar esencial. En los últimos años el movimiento catequístico ha sido complementado con lo bíblico y lo litúrgico, trayendo como consecuencia el que de tal forma se le ha dado su lugar a la Biblia que termina la catequesis siendo una lectura e interpretación de los textos bíblicos.

8. Lectura de la Biblia en la vida. Biblia y vida se encuentran íntimamente unidas.

Cuando los cristianos toman en sus manos la Biblia y la abren, es para encontrar en ella las cosas de la vida, y en la vida quieren encontrar las cosas de la Biblia.

La Escritura refleja, como en un espejo fiel, todo el actuar humano con sus grandezas y con sus miserias, con sus logros y con sus fuerzas, con su fidelidad y con sus traiciones. Cuando nos acercamos a la Escritura con esta actitud, estamos interpretando la vida con la ayuda de la Biblia. No interesa tanto conocer narraciones y lo que sucedió en el pasado, sino descubrir y revelar las señales de la presencia de Dios en los sucesos de la vida. La pastoral bíblica debe propiciar un encuentro con el hermano,

sobre todo con los pobres ya que la Sagrada Escritura es fuente de comunión y solidaridad. Medios que nos pueden ayudar a tener este acercamiento con la Palabra son la Lectio Divina y los círculos bíblicos.

4. ACTUAMOS

Señala tres pensamientos más importantes del tema

- 1. _____
- 2. _____
- 3. _____

Señala tres exigencias para poner en práctica en tu comunidad lo reflexionado

- 1. _____
- 2. _____
- 3. _____

5. ORAMOS

Oramos todos unidos con la oración del Cardenal Martini:

Madre de Jesús, que confiaste sin reservas, pidiendo que se cumpliera en ti la Palabra que te fue dirigida, danos el espíritu de disponibilidad para que volvamos a encontrar la verdad sobre nosotros mismos.

Haz que podamos ayudar a todos los hombres a encontrar de nuevo la verdad de Dios sobre ellos; haz que la encuentre plenamente el mundo en el que vivimos y al que queremos humildemente servir.

Te pedimos, Padre, por Jesucristo, tu Palabra encarnada, por tu muerte y resurrección, y por el Espíritu Santo que renueva constantemente en nosotros la fuerza de esta Palabra.


Notas:

V. La Pastoral Bíblica y el Proceso de Pastoral Diocesano



1. PREPARACIÓN AL TEMA (AMBIENTACIÓN)

Desde hace veinte años, en nuestra diócesis hemos optado por la planeación pastoral, sabiendo que es un instrumento que nos ayuda permanentemente a renovarnos como Iglesia diocesana. Si la misión de la Iglesia es evangelizar, los Obispos latinoamericanos han expresado que la acción pastoral planificada “es la respuesta específica, consciente e intencional, a las necesidades de la evangelización” (DP 1307).

En tu comunidad se ha trabajado planeando la pastoral; señala tres cosas positivas que ha dejado este modo de trabajar:

Indica tres dificultades para trabajar con un plan pastoral:

¿En qué se ha notado que la Sagrada Escritura ha sido el “alma” de la pastoral en tu comunidad?:

Comenta con las personas de a lado tus respuestas a los cuestionamientos anteriores

2. ESCUCHAMOS LA PALABRA DE DIOS

Toda la actividad que realiza la Iglesia en orden a anunciar y hacer presente la salvación recibe el nombre de “pastoral”. Todas las actividades que tienden a realizar la salvación, divinas y humanas, las debemos realizar los agentes de pastoral contemplando a Jesucristo Buen Pastor.

Proclamación de Juan 10,7-16

Volvemos a leer personalmente el texto sagrado, reflexionamos en silencio y leemos las notas que trae la Biblia.

Entre todos tratamos de narrar el texto, de aclarar dudas y responder a lo siguiente:

¿Quiénes son los falsos pastores según el texto bíblico?

¿De qué manera Jesús es buen pastor?

3. PROFUNDIZAMOS

Nota: ve señalando las frases que te llaman la atención.

1. Toda acción pastoral en una comunidad cristiana necesita una cierta estructuración, aunque sea elemental, y exige una adecuada planificación y programación. De esta manera, quienes formamos parte de la Iglesia trabajamos responsablemente evitando improvisaciones y entusiasmos superficiales y poco duraderos.

Si trabajar pastoralmente con un plan implica un empeño solidario, esto evita el individualismo, los liderazgos absorbentes y los clericalismos estériles.

2. Si alguna actividad salvífica en la Iglesia merece el nombre de “pastoral” en el sentido genuino del término, es el estudio, meditación, predicación y veneración de la santa Biblia, pues ella es el “alma” que sostiene y nutre toda su vida. “Es necesario que toda la predicación de la Iglesia, como la misma religión cristiana, se nutra de la Sagrada escritura y se rija por ella” (DV 21).

3. La pastoral bíblica debe ser el “alma” o principio vital de toda acción pastoral de la Iglesia y de todas las dimensiones de ésta. Esto de ninguna manera puede significar que la Pastoral Bíblica absorba o suplante a las demás pastorales; ni que se crea con el privilegio de ser una “super-pastoral”. La misión de la Pastoral Bíblica es la de servir y dar vida para que los demás la tengan en abundancia.

4. La Pastoral Bíblica debe ofrecer ánimo e inspiración, sustento y fortaleza a todas las demás pastorales de la Iglesia. Aunque hay que reconocer que no todas las pastorales encontrarán el mismo grado de inspiración e igual apoyo en el Escritura, pero ninguna puede prescindir de su inspiración. Si alguna acción eclesial no la encontrara, debería revisar su legitimidad, pues todo lo necesario para la salvación de los hombres se encuentra en su fuente más pura, en la divina Revelación, particularmente en la bíblica.

(DV 4).

5. El equipo promotor de Pastoral Bíblica en la diócesis debe estar abierto al diálogo y estar capacitado para ofrecer a todos los responsables de las otras instancias pastorales la riqueza de inspiración y dinamismo que alberga la santa palabra de Dios.

Por consiguiente, todo agente de pastoral tendrá el oído atento y el corazón abierto a lo que el Espíritu dice a la Iglesia y quiere comunicarle principalmente mediante la lectura de los Libros Santos.

6. El equipo promotor de Pastoral Bíblica en la diócesis debe lograr una coherencia básica y fundamental tanto en los canales de difusión de la Biblia, como en los métodos y criterios de su lectura e interpretación.

No se puede realizar una difusión bíblica anárquica y desordenada, y mucho menos el favorecer grupismos en actitud de enfrentamiento o de mutuo desconocimiento. El tronco común debe ser la pastoral diocesana planificada y allí es donde quedan insertadas vitalmente todas las pastorales para alimentarse sanamente de la Escritura.

7. Si, como hemos visto en el párrafo anterior, la anarquía es perjudicial; no lo es menos el monolitismo en el campo bíblico. Con una actitud monolítica se mata al Espíritu.

Debe favorecerse la variedad en la unidad en: metodología de lectura, métodos de interpretación, acercamientos a la Palabra, celebraciones, etc. Dentro de la unidad indispensable de la acción pastoral diocesana, debe buscarse una sana pluralidad y creatividad bíblica que responda a las necesidades personales y a las situaciones concretas de la vida de cada comunidad. No hay recetas bíblicas que valgan para todos y para todo.

De aquí que el equipo promotor de Pastoral Bíblica deba estar dotado de especial sensibilidad espiritual y humana, que le permita estar continuamente a la escucha de lo que el Espíritu suscita en las comunidades; de este modo vitalizará a las demás pastorales, les dará la perenne frescura del Evangelio y rejuvenecerá a la Iglesia diocesana.

8. El primer responsable y promotor la Pastoral Bíblica es el Obispo en la diócesis, así como el párroco en su parroquia. Tanto el Obispo como todos los sacerdotes y los agentes de pastoral laicos deben estar enterados del proyecto de la Pastoral Bíblica en la diócesis para apoyarlo y fortalecerlo.

9. Corresponde al Magisterio, es decir, a los Pastores de la Iglesia, la interpretación auténtica de la palabra de Dios escrita, e incumbe a los Obispos, en quienes está la doctrina apostólica, instruir oportunamente a los fieles a ellos confiados para que usen rectamente los Libros Sagrados para los hijos de la Iglesia se familiaricen sin peligro y provechosamente de las Sagradas Escrituras y se penetren de su espíritu.

10. Algunos rasgos del agente de Pastoral Bíblica.

El encuentro con la Palabra pide que aquellos agentes que desean ser promotores bíblicos se distin-

gan por ser: 1) creyentes, discípulos y testigos; 2) en permanente formación teológico-pastoral; 3) con sentido de pertenencia eclesial; 4) con amor a la verdad; 5) vivir su compromiso en comunión y participación; 6) con apertura a la pastoral de conjunto; 7) entusiasmado por la nueva evangelización; 8) atento a la realidad con ojos de fe y pastor; 9) sensible a la religiosidad popular; 10) saber trabajar en equipo, creativo y en constante capacitación.

4. ACTUAMOS

Señala tres pensamientos más importantes del tema

1. _____

2. _____

3. _____

¿Qué debemos hacer para que la Pastoral Bíblica sea el "alma" de la pastoral?

5. ORAMOS

Unidos podemos expresar el siguiente compromiso a manera de oración:

- Queremos una Pastoral Bíblica que nos lleve al encuentro con Jesucristo vivo.
- Queremos una Pastoral Bíblica que nos lleve a una auténtica conversión
- Queremos una Pastoral Bíblica que fomente la espiritualidad del seguimiento
- Queremos una Pastoral Bíblica que conduzca a la comunión y participación

- Queremos una Pastoral Bíblica que promueva eclesialmente la Sagrada Escritura en todos los niveles de Iglesia.
- Queremos una Pastoral Bíblica que lleve a la solidaridad, especialmente con los más necesitados
- Queremos una Pastoral Bíblica que dinamice la Nueva Evangelización
- Queremos una Pastoral Bíblica que promueva una actitud misionera
- Queremos una Pastoral Bíblica inculturada
- Queremos una Pastoral Bíblica que oriente para una correcta interpretación cristiano-católica de la Sagrada Escritura
- Queremos una Pastoral Bíblica que apoye la capacitación y la formación.



Notas:

Evangelios del mes de Septiembre



Sábado 1 (Mt. 25, 14-30): «Porque has sido fiel en cosas de poco valor, entra a tomar parte en el alegría de tu Señor».

Domingo 2 (Lc. 14, 1.7-14): «El que se engrandece a sí mismo, será humillado; y el que se humilla, será engrandecido».

Lunes 3 (Lc. 4, 16-30): «Me ha enviado para llevar a los pobres la Buena Nueva. Nadie es profeta en su tierra».

Martes 4 (Lc. 4, 31-37): «Sé que tú eres el santo de Dios».

Miércoles 5 (Lc. 4, 38-44): «También a los otros pueblos tengo que anunciarles el Reino de Dios, pues para eso he sido enviado».

Jueves 6 (Lc. 5, 1-11): «Dejándolo todo, lo siguieron».

Viernes 7 (Lc. 5, 33-39): «Vendrá un día en que les quiten al esposo y entonces sí ayunarán».

Sábado 8 (Lc. 6, 1-5): ¿Porqué hacen lo que está prohibido hacer el sábado?

Domingo 9 (Lc. 14, 25-33): «El que no renuncie a todos los bienes, no puede ser mi discípulo».

Lunes 10 (Lc. 6, 6-11): «Estaban acechando a Jesús, para ver si curaba en sábado».

Martes 11 (Lc. 6, 12-19): «Pasó la noche en oración y eligió a 12 discípulos, a los que llamó apóstoles».

Miércoles 12 (Lc. 6, 20-26): «Dichosos los pobres. ¡Ay de ustedes, los ricos!»

Jueves 13 (Lc. 6, 27-38): «Sean misericordiosos, como su Padre es misericordioso».

Viernes 14 (Lc. 6, 39-42): ¿Puede un ciego, guiar a otro ciego?

Sábado 15 (Lc. 6, 43-49): «¿Por qué me dicen 'Señor, Señor', y no hacen lo que yo les digo?»

Domingo 16 (Lc. 15, 1-32): «Habrá más alegría en el cielo por un sólo pecador que se arrepiente».

Lunes 17 (Lc. 7, 1-10): «Ni en Israel he hallado una fe tan grande».

Martes 18 (Lc. 7, 11-17): «Joven, yo te lo mando: levántate».

Miércoles 19 (Lc. 7, 31-35): «Tocamos la flauta y ustedes no bailaron, cantamos canciones tristes y no lloraron».

Jueves 20 (Lc. 7, 36-50): «Sus pecados le han quedado perdonados, porque ha amado mucho».

Viernes 21 (Lc. 8, 1-3): «Los acompañaban algunas mujeres, que los ayudaban con sus propios bienes».

Sábado 22 (Lc. 8, 4-15): «Lo que cayó en tierra buena, representa a los que escuchan la Palabra, la conservan en un corazón bueno y bien dispuesto, y dan fruto por su constancia».

Domingo 23 (Lc. 16, 1-13): «No pueden ustedes servir a Dios y al dinero».

Lunes 24 (Lc. 8, 16-18): «La vela se pone en el candelero, para que los que entren puedan ver».

Martes 25 (Lc. 8, 19-21): «Mi madre y mis hermanos son aquellos que escuchan la Palabra de Dios y la ponen en práctica».

Miércoles 26 (Lc. 9, 1-6): «Los envió a predicar el Reino de Dios y a curar a los enfermos».

Jueves 27 (Lc. 9, 7-9): «A Juan yo lo mandé decapitar. ¿Quién es entonces éste de quien oigo semejantes cosas?»

Viernes 28 (Lc. 9, 18-22): «Tú eres el Mesías de Dios. -Es necesario que el Hijo del hombre sufra mucho».

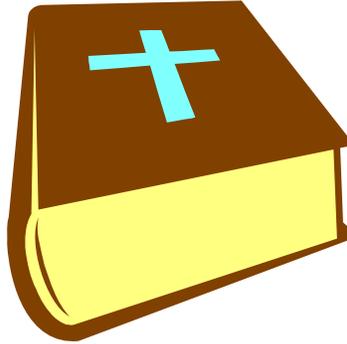
Sábado 29 (Lc. 9, 43-45): «El Hijo del hombre va a ser entregado. -Tenían miedo de preguntarle acerca de este asunto».

Domingo 30 (Lc. 16, 19-31): «Recibiste bienes en tu vida y Lázaro males; ahora él goza de consuelo, mientras que tú sufres tormentos».

Metodología de la Lectio Divina

INTRODUCCION:

Antes de acercarnos al texto sagrado, nos preparamos personal y comunitariamente; nos ponemos en presencia del Señor en oración: con oración de alabanza, con un canto y pidiéndole al Señor nos envíe su Espíritu y prepare nuestros corazones para comprender su Palabra.



1.- LECTURA DEL TEXTO

(Conocer, respetar, situar).

(Se proclama en voz alta el texto. Todos leen el texto ayudados de las notas de la Biblia. Se lee y se comenta el siguiente subsidio).

Es importante entender que nada impide ese amor: ni las distancias, ni las cadenas, ni los prejuicios de la ley. Nada rompe el amor, una vez que ha nacido en dos corazones. Pablo, después de su larga experiencia de amor a Cristo y a la Iglesia, afirma: ¿Quién nos separará del amor de Cristo? ¿Las pruebas o la angustia, la persecución o el hambre, la falta de ropa, los peligros o la espada? Estoy seguro de que ni la muerte, ni la vida, ni los ángeles, ni los poderes espirituales, ni el presente, ni el futuro, ni las fuerzas del universo, sean de los cielos, sean de los abismos, ni criatura alguna, podrá separarnos del amor de Dios, que encontramos en Cristo Jesús, nuestro Señor (Rom 8,35.38-39).

Las dificultades de ese amor parecen fortalecerlo. El Cantar deja muy claro que la amada es la única para su amado. Ella no es sólo la más bella de las mujeres, sino el esplendor de la belleza. La belleza y el brillo de los ojos de la amada inquietan a su amado.

Una sola es mi paloma. Ella es la hija única de su madre, la preferida de la que la engendró (6,9). Esta es una forma de juramento de fidelidad y de elección: sólo ella le interesa, porque vale más que todas las mujeres que están en el harem del rey, sin importarle su número ni su procedencia.

Afirmar la radicalidad de una opción incondicional por un amor único, es una denuncia de la poligamia de la clase dominante. Al decir esto, no forzamos el texto. La legislación machista del divorcio concedía al hombre el derecho de dar la carta de divorcio a su esposa, por adulterio o por cualquier motivo (Mt 19,3).

La mujer, incluso sufriendo los malos tratos de su esposo, jamás podía pedir la separación.

El amor es elogiado por las reinas y concubinas porque es parecido a las cosas bellas que tiene el universo: la aurora, la luna, el sol (6,10). Aun estando en el harem, las mujeres deseaban experimentar el amor, el afecto y la vida compartida en la solidaridad y el compromiso. La poligamia y la prostitución, que despersonalizan a la mujer, reciben una denuncia muy fuerte, y el amor despunta como un astro que deslumbra los ojos, lleno de luz imponente como tropas en orden de batalla.

Finalmente, el amado vuelve al jardín. No sabía ciencia cierta si el invierno ya había terminado. Necesitaba verificar si en los valles ya estaba brotando la vida, si la vid estaba floreciendo y si el momento era propicio para la nueva estación.

Todo es como un viaje al planeta fantástico del amor eterno, del fin del sufrimiento, de la paz absoluta y de la realización de los sueños. No raras veces, la realidad, tan conflictiva, difícil y opresora, obliga a una fuga ilusoria de este mundo por medio de la droga, del sexo y de la marginación. El carro de Aminadab sigue corriendo en nuestros días por la ciudad y el campo, el centro y la periferia, la mansión y el barranco.

Por segunda vez, se describe el cuerpo de la amada. El coro pide que Sulamita se vuelva, porque quiere contemplarla. Esta atracción por su belleza provoca una nueva declaración del encanto y maravi-

lla de cada una de las partes de su cuerpo, comenzando por los pies. Hija de príncipes, qué lindos son tus pies con sus sandalias, porque sobre esos pies descansa un cuerpo amado. La totalidad del cuerpo está formada por las partes. Si son benditos los pies del mensajero que anuncia la paz, como dice el profeta Isaías (52,7), cuánto más cada parte del cuerpo de la amada. Nadie se encanta sólo con los ojos, con el color de la cara, con el perfil del cuerpo. Es la totalidad de la expresión corporal la que manifiesta la gracia y atrae al amor.

Dios no ha creado los seres vestidos. La belleza está más en la naturalidad que en la artificialidad. La comunión del cuerpo con la naturaleza, con los días y estaciones, etc., forma parte del misterio de su materia. Pero el cuerpo es, por excelencia, espacio de amor. Por eso, el placer del amor es una realidad inherente al ser en su totalidad. Y el cantar muestra, con mucha naturalidad, la importancia del cuerpo y de sus partes en la integración del ser y en la expresión del amor.

Cuando el ambiente natural niega la posibilidad a la realización del amor, es muy probable que aparezcan desviaciones o búsquedas evasivas. La amada entiende que su amado está deseoso de su amor, pero la ciudad, el harem y los condicionamientos familiares impiden celebrar ese afecto. Entonces es necesario cambiar de lugar. Ella invita a su amado a volver al campo y a huir, sin preocuparse de los peligros de una posible denuncia. Lo que importa es concretar el sueño que se está truncando.

El amor lleva siempre consigo algo de misterio, de oculto y no totalmente manifiesto. El amor invariablemente tiene algo más, algo que se queda guardado. El amor tiene siempre secretos que van manifestándose poco a poco. Sólo la comunión de vidas permite el descubrimiento del otro.

SI tu fueras hermano mío (8,1), no tendría yo tantos problemas para frecuentar los círculos sociales. En muchos lugares, una joven que se presentara con un joven bien parecido era motivo de sospecha a menos que fueran hermanos. En las calles, en las plazas y en lugares públicos estaba prohibida toda expresión de afecto y de cariño entre un hombre y una mujer. Como mujer, la amada siente y sufre la represión de sus sentimientos: sufre y siente la soledad interior (8,1-3).

El amor verdadero sigue siendo siempre algo por ser alcanzado. Y es bueno no matar esa utopía, siempre que esté en la perspectiva de la verdad. Y

también es bueno no despertar el amor antes de ser celebrado. La sexualidad es algo importante y fundamental en la realización de la vida de la persona. Bloquear o forzar su desarrollo es desvirtuar el crecimiento del amor. Hijas de Jerusalén, les ruego que no despierten ni molesten al Amor hasta que ella quiera (8,4).

(Se puede comentar con los demás lo siguiente: Personajes del texto; sus actitudes; el género literario; se aclara lo que no se ha entendido y se manifiesta lo que nos ha sorprendido).

2.- MEDITACION

(Rumiar, dialogar, actualizar).

(En este segundo momento la preocupación debe ser descubrir el mensaje del texto, tomando en cuenta la situación personal, comunitaria, social, etc. Ayuda para la comprensión traer a la memoria otros textos bíblicos con la misma temática).

Se responde a las siguientes preguntas:

1. **¿Qué tanto se respeta y valora la dignidad de la mujer en nuestra sociedad?. ¿Se le trata como un objeto?.**
2. **¿Buscamos ser sinceros en nuestro trabajo apostólico o buscamos compensaciones en el poder, tener o el placer?.**
3. **¿Qué enseñanza me deja este pasaje para mi vida?.**

3.- ORACION

(Suplicar, alabar, recitar).

(Este es el momento de responder personal y comunitariamente a la Palabra de Dios. Cada uno expresa a Dios aquello que el pasaje bíblico le sugiere).

4.- CONTEMPLACION

(Ver, saborear, actuar, compromiso).

(Es el momento de la respuesta agradecida para con Dios. Lo hacemos concretizando nuestro compromiso personal, y si se puede, uno comunitario).

CONCLUSION: PLEGARIA COMUNITARIA.

(Se procurará terminar el momento de oración y encuentro con Dios con un Salmo, con un canto o con oraciones de alabanza y de acción de gracias).

SÁBADO 1

PARABOLA DE LOS TALENTOS

*** INTRODUCCION**

- Oración espontánea o preparada que nos ponga en un clima de confianza y nos disponga para el encuentro con Dios.

1.- LECTURA DEL TEXTO

(Conocer, respetar, situar). *Mateo 25, 14-30*

Esta Parábola, que tiene sus semejanzas con la de las minas de San Lucas (19,12-27), nos pone en otra dimensión de vida, distinta de la sugerida por la parábola de las diez vírgenes, y es la del trabajo o de producir frutos con la vida que Dios pone a nuestra disposición. En la parábola de las minas esa actividad se acrecentará todavía después del rendimiento de cuentas con el gobierno de las ciudades que el Señor encomienda a los dos primeros siervos.

Jesucristo nos habla en otras ocasiones de la necesidad de trabajar o producir frutos abundantes (Jn 5,16-17; 15,8-16) y sobre la necesidad de trabajar por lo que verdaderamente merece la pena (Jn 6,26-29). El trabajo, por otra parte, exige responsabilidad (Mt 24,45-51), y el premio que Jesús otorga a los que han producido réditos con sus talentos es el gozo de tu Señor, opuesto al llanto y rechinar de dientes (24,21-30). Este gozo equivale, según san Mateo (8,11) a ponerse a la mesa con Abraham y los patriarcas en el Reino de los cielos y, en palabras de Jesús, es el gozo mesiánico del Hijo de Dios: Un gozo colmado (Jn 15,11), que significa compartir su triunfo y su gloria (Jn 16,22; 17,13-24).

Argumento: Un señor que da a sus tres criados una suma de dinero para que trabajen con ella. A su regreso les pide cuentas y uno de ellos no ha producido nada.

Desarrollo: El Señor da una cantidad a los criados según su capacidad de trabajo. Los dos primeros en seguida se ponen a trabajar, el tercero escondió el dinero. Después de mucho tiempo el amo regresa y ajusta cuentas con los criados: los dos primeros han producido el doble, el tercero no ha producido nada e insulta a su amo; los dos primeros son alabados y reciben un premio, el tercero es reprochado y castigado.

* ¿Qué dicen y hacen los personajes? ¿En que ambiente se desarrolla el texto?* Tomar en cuenta las notas de la Biblia.

2.- MEDITACION

(Rumiar, dialogar, actualizar).

Dios nos ha dado diversidad de gracias, cualidades y oportunidades al llamarnos a la vida y a la fe. Dios confía en nuestra responsabilidad y nos deja trabajar de acuerdo a nuestra iniciativa y a nuestra diligencia. Pero ni la vida ni ningún otro don que Dios ha puesto en nuestras manos nos pertenece en propiedad: somos administradores y un día nos va a pedir cuentas de nuestro trabajo. No pide a todos por igual, nos pide la perfección, pero en la medida de los dones que nos ha entregado: cada uno en su propio estado de vida y según gracias diferentes. Como el siervo perezoso, se da el caso de que, por falta de éxito o de realización, a veces echamos la culpa a Dios y decimos que no nos dio tanto como a otros.

Al que tiene se le dará, al que no tiene, aun lo que tiene se le quitará: al que tiene frutos, se le premiará; al que no tiene frutos, se le quitará incluso lo que recibió y será rechazado por su pereza. Y los frutos que Dios espera son de acuerdo con lo que Dios nos ha dado pues todo árbol bueno da frutos buenos. Nos ha dado su vida, su Espíritu, espera frutos que estén de acuerdo a esos dones. Y el árbol que no da buen fruto es cortado y arrojado al fuego (Mt 7,16-20).

* ¿Cuál es el mensaje para nosotros?

3.- ORACION

(Suplicar, alabar, recitar).

¿Nos sentimos satisfechos de cómo hemos trabajado con los dones que Dios nos ha dado: vocación, familia cristiana, Iglesia, educadores, estudios, deseos de perfección? ¿Alguna vez hemos pensado o hasta nos hemos quejado de que Dios ha dado a otros más que a nosotros? Pidamos perdón. Por otra parte, siento la necesidad de dar gracias a Dios y alabar su providencia y bondad por todos esos dones o, quizá, por alguno que normalmente no agradezco.

4.- CONTEMPLACION

(Ver, saborear, actuar, compromiso).

Como aquel hermanos que se admiraba de que Dios hubiera enriquecido tanto a Francisco, nosotros sentimos resonar en nuestro corazón agradecido aquella oración admirativa: ¿Por qué a mí, por qué a mí?

Si no he producido tanto como Dios o los hermanos pueden esperar ¿Cuál ha sido la razón o el impedimento? Aceptar los medios que voy a tomar para trabajar con más fidelidad con los dones de Dios.

* CONCLUSION

Acción de gracias a Dios por su Palabra.

Rezar el Salmo 100.

DOMINGO 2

PARABOLA DE LA ELECCION DE ASIENTOS

INTRODUCCION

Antes de acercarnos al texto sagrado, nos preparamos personal y comunitariamente; nos ponemos en presencia del Señor en oración: con oración de alabanza, con un canto y pidiéndole al Señor nos envíe su Espíritu y prepare nuestros corazones para comprender su Palabra.

1.- LECTURA DEL TEXTO

(Conocer, respetar, situar). *Lucas 14, 8-11*

Esta parábola se sitúa en una ocasión en la que Jesús fue invitado a comer por uno de los principales fariseos de Jerusalén. Después de haber curado a un hombre enfermo, Jesús se fijó en que algunos invitados escogían los primeros lugares por cuenta. Aprovechando esta circunstancia Jesús les dirige esta parábola.

Ya en el A.T. se habían dado normas sobre cómo comportarse en estas ocasiones, como leemos en Proverbios 5,6-7 y Eclesiástico 13,8-10. Sin embargo, el orgullo está siempre al acecho y habrá que pedir siempre que Dios mantenga nuestro corazón en su justa actitud. La enseñanza que Jesús nos ofrece en esta parábola es uno de los principales valores evangélicos, ya que él lo recomienda en diversas ocasiones: al llamar bienaventurados a los mansos (Mt 5,4), al dar gracias a Dios por haber manifestado sus secretos a los pequeños (Mt 11,25), al no reconocer la virtud del fariseo que se reconoce a sí mismo justo (Lc 18, 19ss) y al decirnos que para ser grande hay que hacerse servidor de todos (Mc 10,41-45).

Argumento: no buscar la propia alabanza sino la que venga de los demás. En el contexto espiritual del Reino, nuestra alabanza, el reconocimiento de nuestra virtud, debe proceder de Dios y no de nosotros.

* ¿Qué dicen y hacen los personajes? ¿En que ambiente se desarrolla el texto?

* Tomar en cuenta las notas de la Biblia.

2.- MEDITACION

(Rumiar, dialogar, actualizar).

La vida es, como ya hemos dicho en otras parábolas, semejante a una fiesta. ¿Cómo hemos de comportarnos en ella o en qué condiciones hemos de participar? Es lo que Jesús nos explica en varias ocasiones. En esta oportunidad nos dice que debemos participar con una actitud de humildad y pobreza, como quien no tiene ningún derecho, ya que todo es gracia (Ef 2,4-9). Dentro de la participación en la vida del Reino, San Pablo cuestiona a judíos y gentiles sobre sus razones para gloriarse o sentirse algo ante Dios. No hay razones para ello ya que todos somos salvados por la fe (Rm 3,27-30).

En una ocasión fueron los mismos discípulos, los hijos de Zebedeo, los que querían asegurarse los primeros lugares en el Reino y sabemos cuál fue la respuesta de Jesús (Mc 10,35-40). Hoy, los psicólogos nos dicen que hay que afirmarse en los propios valores, sin disimular los propios méritos y capacidades. Estos y otros criterios que Jesús mismo conoce, como aparece en San Lucas (10, 41ss), nos van a poner en la disyuntiva sobre si nos adherimos a los valores de Cristo o a los del mundo.

3.- ORACION

(Suplicar, alabar, recitar).

Desde la situación de sentirnos invitados por Dios a lo más grande que una criatura puede soñar; a tener en nosotros la riqueza del Reino, a ser hijos de Dios a recibir su Espíritu, a reproducir la imagen de Jesús, esta parábola nos invita a rezar con el publicano: Oh, Dios ¡Ten compasión de mí, que soy pecador!

4.- CONTEMPLACION

(Ver, saborear, actuar, compromiso).

El que se humilla será ensalzado. Que esta parábola te inspire a sentirte pequeño ante un Dios generoso en gracia y misericordioso con tus fallas. Pero, en

medio de esa pequeñez, puedes sentirte seguro y tranquilo, como un niño en brazos de su madre, pues, al Padre le ha parecido bien darles el Reino (Lc 12,32). ¿Qué actitudes mundanas descubres en ti al valorarte frente a los demás? ¿Qué exigencias o derechos tienes ante los demás? ¿Frente a quiénes te sientes superior y por qué?

Vete a sentarte en el último puesto.

CONCLUSION: PLEGARIA COMUNITARIA.

(Se procurará terminar el momento de oración y encuentro con Dios con un Salmo, con un canto o con oraciones de alabanza y de acción de gracias).

LUNES 3

Nota: Ver Boletín 201 pág. 59-60

LA IGLESIA CONTINÚA LA MISIÓN DE JESÚS

INTRODUCCION

En este último encuentro de reflexión sobre los Hechos, queremos no sólo examinar el camino recorrido, sino también ver hacia el futuro para descubrir cómo seguir profundizando en el conocimiento de la Palabra de Dios, de modo que ella nos ayude a vivir con más autenticidad nuestro compromiso cristiano.

Antes de acercarnos al texto sagrado, nos preparamos personal y comunitariamente; nos ponemos en presencia del Señor en oración: con oración de alabanza, con un canto y pidiéndole al Señor nos envíe su Espíritu y prepare nuestros corazones para comprender su Palabra.

1.- LECTURA DEL TEXTO

(Conocer, respetar, situar). *Lc. 4, 14-30.*

(Se proclama en voz alta el texto. Todos leen el texto ayudados de las notas de la Biblia. Se lee y se comenta el siguiente subsidio).

Continuamos la misión que Jesús inició.

Cuando Lucas presenta a Jesús inaugurando su vida pública en la sinagoga de nazaret, no quiere solamente recordar un episodio de su vida. Lo que le sucede a Jesús en aquella ocasión, anticipa de alguna manera lo que le sucederá a la Iglesia a lo largo de su experiencia misionera. Por eso, cuando los primeros cristianos leían este pasaje, sentían reflejada su experiencia y eso les ayudaba a identificarse más con su Señor y a anunciar con más ánimo el Evangelio a pesar del rechazo con el que a menudo se encontraban.

Mediante este pasaje, lucas nos ayuda a comprender el sentido profundo y el alcance de la misión de Jesús, pero también nos hace ver cómo la misión de la Iglesia no puede entenderse sino como continua-

ción de la de su Señor. La misión de la comunidad cristiana es la misma misión de Jesús. Por tanto no es extraño que el anuncio del Evangelio tenga para los cristianos las mismas consecuencias que tuvo para El.

Cuatro rasgos característicos:

Primero: el verdadero protagonista de la evangelización es el Espíritu Santo, que ha ungido a Jesús. Este aspecto lo subraya el texto Isaías, leído en la sinagoga de Nazaret. A lo largo de su evangelio, Lucas presenta siempre a Jesús como alguien movido por el Espíritu de Dios. En el Libro de los Hechos, el Espíritu es también el gran protagonista de la misión. **Segundo:** El contenido del anuncio es sobre todo una buena noticia, que se traduce en gestos concretos de liberación y salvación. La cita de Isaías insiste en este aspecto y la vida de Jesús, con sus palabras y sus gestos, expresa elocuentemente el cumplimiento de este anuncio. En el Libro de los Hechos la misión de los discípulos también consiste en anunciar la Buena Noticia (Hch. 8, 25. 40). También ellos repiten los gestos liberadores de Jesús (Hch. 3,1-11). La Buena Noticia que predicán los primeros cristianos es la Resurrección de Jesús, por medio de la cual Dios ha cumplido todas sus antiguas promesas. Todos los discursos del Libro de los Hechos, que ocupan prácticamente la tercera parte del contenido, hablan de ello. Jesús mismo es la Buena Noticia que produce la liberación y la salvación (Hch. 4,12).

Tercero: los destinatarios de este anuncio son, ante todo, los pobres, los cautivos, los ciegos y oprimidos. Entre ellos se cuentan también los extranjeros y los paganos, despreciados por causas religiosas. Entre estos, Jesús recuerda el caso de una viuda y de un leproso, aún más marginados a causa de su condición social y de su enfermedad. Al dirigirse a

los más marginados, Jesús nos enseñó que Dios tiene corazón y lo suyo es misericordia. En Hechos de los Apóstoles, la misión de la Iglesia se va abriendo progresivamente a los paganos, es decir, a aquellos que no eran israelitas y eran marginados por causas religiosas. Esta apertura no se hizo sin resistencias y conflictos.

Cuarto: el anuncio del Evangelio tropieza muy a menudo con el rechazo y la persecución, que vienen muchas veces de los que están más cerca. Jesús lo experimentó crudamente a lo largo de su vida. Su palabra no resultó cómoda para quienes defendían el orden establecido. Esta experiencia acompañó también la misión de los primeros cristianos y el Libro de los Hechos lo certifica en muchas de sus páginas.

Continuamos la misión de Jesús.

Cuando nosotros revisamos nuestro compromiso cristiano, no podemos perder de vista que ese compromiso se da en el seno de una Iglesia que tiene delante de sí el reto de continuar la misión de Jesús. Por eso, hemos de preguntarnos constantemente si lo que nos mueve es la fuerza del Espíritu o la inercia de nuestros propios intereses; si lo que hacemos y decimos comunica una Buena Noticia que libera y salva, o más bien, damos la impresión de ser gente preocupada principalmente en mantener tradiciones y estructuras que ahogan la vida y el dinamismo nacidos de la experiencia del Señor resucitado. Hemos de revisar constantemente a quiénes estamos favoreciendo con nuestras iniciativas pastorales, y ver si nos acercamos misericordiosamente a los mismos que Jesús se acercaba. Tenemos que examinar si nuestro espíritu es universal o si ponemos barreras y cortapisas que impiden a los hombres y mujeres de nuestro tiempo acercarse a Jesús y a su Evangelio. Finalmente, hemos de comprobar si nuestra vida de cristianos es causa de rechazo o de contradicción, porque puede ser que de tan inofensiva y falta de garra, ya no moleste a nadie ni a nadie provoque. No sea que hayamos pasado por agua el Evangelio.

(Se puede comentar con los demás lo siguiente: Personajes del texto; sus actitudes; el género literario; se aclara lo que

no se ha entendido y se manifiesta lo que nos ha sorprendido. ¿Quién envía Jesús? ¿Para qué lo envía? ¿Quién le da fuerza para realizar esa Misión? ¿A quién beneficia esta misión? ¿Cómo reaccionan los paisanos de Jesús ante sus palabras?).

2.- MEDITACION

(Rumiar, dialogar, actualizar).

(En este segundo momento la preocupación debe ser descubrir el mensaje del texto, tomando en cuenta la situación personal, comunitaria, social, etc. Ayuda para la comprensión traer a la memoria otros textos bíblicos con la misma temática).

Se responde a las siguientes preguntas:

- 1.- ¿La misión de Jesús, afecta en algo a mi vida? ¿Por qué?.
- 2.- ¿Encuentras parecido entre tu familia y tu comunidad, con la comunidad cristiana de los Hechos de los Apóstoles?. ¿En qué si o en qué no?.
- 3.- ¿Qué impresión final te queda de este Libro de los Hechos de los Apóstoles? ¿Deja alguna utilidad para tu vida?.

3.- ORACION

(Suplicar, alabar, recitar).

(Este es el momento de responder personal y comunitariamente a la Palabra de Dios. Cada uno expresa a Dios aquello que el pasaje bíblico le sugiere).

4.- CONTEMPLACION

(Ver, saborear, actuar, compromiso).

(Es el momento de la respuesta agradecida para con Dios. Lo hacemos concretizando nuestro compromiso personal, y si se puede, uno comunitario).

CONCLUSION: PLEGARIA COMUNITARIA.

(Se procurará terminar el momento de oración y encuentro con Dios con un Salmo, con un canto o con oraciones de alabanza y de acción de gracias. Se sugiere el Salmo 67).



VIERNES 7

PARABOLA DE LO NUEVO Y LO VIEJO

*** INTRODUCCION**

- Oración espontánea o preparada que nos ponga en un clima de confianza y nos disponga para el encuentro con Dios.

1.- LECTURA DEL TEXTO

(Conocer, respetar, situar). *Lucas 5, 36-39*

Esta Parábola, que se desarrolla con dos imágenes: la del vestido y la de los pellejos de vino, viene precedida de una discusión sobre el ayuno entre los fariseos y Jesús. El jefe de la discusión está en la observancia de la Ley y de las tradiciones antiguas. Jesús en respuesta cuestiona el valor absoluto de las leyes, con lo que los fariseos no están de acuerdo, al decirles que ahora no es tiempo de ayuno para sus discípulos sino de fiesta, ya que él -el novio- está con ellos.

Para aclarar la cuestión, Jesús pone estas dos parábolas, en las que defiende ese principio fundamental de que él viene para dar inicio a una nueva etapa en la historia de la salvación. Frente a ello está la inmovilidad de los fariseos, que se aferran al valor de la Ley de manera incondicional. A este respecto recordemos la enseñanza de Jesús en su diálogo con Nicodemo, fariseo y magistrado, que, ante la propuesta de Jesús de nacer de nuevo, se resiste a entender y aceptar tal experiencia (Jn 3,3-8). El nacimiento lleva consigo una forma concreta de vida. De ahí que tal experiencia se presente como un reto. Por ejemplo, San Pedro nos habla del amor como señal de ese nuevo nacimiento en el espíritu (I Pe 1,22-23). San Pablo nos hablará de la misma línea, pero refiriéndose a la resurrección (Col 3, 1-3ss), al Hombre Nuevo y la nueva creación (Ef 4,20-24; 2,14-15; Gál 3,27; Rm 13-14; II Cor 5,17).

Argumento: Jesús es portador de una nueva forma de vida, de unos valores nuevos, que los fariseos no aceptan.

Desarrollo: la actitud de los fariseos viene significada en el último versículo: nadie, después de beber el vino añejo, quiere el nuevo. No están abiertos al cambio, prefieren seguir con el vino añejo de la Ley y de las tradiciones.

Desde otro punto de vista, nos dice Jesús que Juan, a pesar de ser el mayor de los nacidos de mujer en el

AT, el más pequeño en el Reino de Dios es mayor que él (Lc 7,28). Con ello indica Jesús que hay momentos y períodos de la historia y de la vida en que hay que dar un viraje total al abrazar nuevos valores. Un ejemplo cercano y claro es el de san Pablo que pasará de ser perseguidor de la Iglesia a ser un celoso apóstol y a considerar basura lo que antes era para él lo más valioso.

A través de estas dos imágenes, Jesús nos dice que la renovación no es algo externo y superficial sino radical. Por ello, no conviene ni se aceptan los remiendos. La renovación de vida, por otra parte, puede significar un comienzo nuevo, desde los cimientos: vino nuevo, pellejos nuevos. Y el romper con el pasado es lo que produce resistencia en quien ha tenido un pasado rico y gratificante, como Nicodemo, arriesgando su vida al servicio de la Ley.

* ¿Qué dicen y hacen los personajes? ¿En que ambiente se desarrolla el texto?

* Tomar en cuenta las notas de la Biblia.

2.- MEDITACION

(Rumiar, dialogar, actualizar).

¿Qué actitud tienes ante el Evangelio? ¿Es para ti una colección de buenos consejos, que los aplicas a tu vida según tu conveniencia o es el retrato de una nueva creatura, nacida del Espíritu, como Jesús? Sólo en el segundo caso, el Evangelio transformará la vida y te hará gozar de la riqueza del Reino.

¿Qué actitud tienes ante la renovación? ¿Es para tí signo de que lo de antes no vale o de que circunstancias y necesidades nuevas exigen medios y criterios nuevos? Sólo en el segundo caso la renovación será oportunidad de progreso.

El Evangelio y el Reino exigen un nuevo recipiente. Son el vino nuevo que exige un corazón nuevo y un espíritu nuevo, ya que la carne no sirve de nada, es el Espíritu lo que da vida (Jn 3,63). Por otra parte, las tendencias de la carne son contrarias a Dios (Rm 8,6-8). Exigen aceptar a Cristo como modelo de hombre nuevo, por ello él mismo nos dice tantas veces que aprendamos de él, que sigamos sus ejemplos (Mt 11,29; Jn 13,15-17).

3.- ORACION**(Suplicar, alabar, recitar).**

Podemos dar gracias por tener la oportunidad de participar de la vida nueva del Reino a través del Evangelio. Podemos pedir que Dios nos dé la actitud de la humildad para ver nuestra vida como gracia y para estar siempre en continua renovación.

4.- CONTEMPLACION**(Ver, saborear, actuar, compromiso).**

La vida del cristiano goza de todas las oportunidades para ser una experiencia viva del Espíritu, por ello podemos alimentar ahora el deseo de que el Espíritu descendan sobre nosotros y nos renueve totalmente, podemos dejar que nuestra alma se sumerja en las aguas del Espíritu que nos purifican y alimentan.

¿En que área de mi vida o en qué actitud necesito renovarme y asumir el Espíritu del Evangelio?

*** CONCLUSION.**

Acción de gracias a Dios por su Palabra.

VIERNES 14**PARABOLA DEL CORAZON BUENO***** INTRODUCCION**

- Oración espontánea o preparada que nos ponga en un clima de confianza y nos disponga para el encuentro con Dios.

1.- LECTURA DEL TEXTO**(Conocer, respetar, situar). Lucas 6, 39-45.**

El Evangelio no da un título específico a esta parábola, aunque la Biblia de Jerusalén encabeza esta perícopa con el título Celo bien ordenado. Bajo el encabezado evangélico Les añadió una parábola, San Lucas nos presenta estos dichos de Jesús, que en San Mateo los encontramos en diferentes contextos o circunstancias. Podríamos decir que el problema tratado aquí es que el celo o deseo de virtud y de perfección debe seguir una lógica, presentada en los principios siguientes:

Un ciego no puede guiar a otro ciego. En San Mateo 15,14 este principio se aplica a los fariseos, que vienen a ser los ciegos que no quieren recibir y entender la doctrina de Jesús (Jn. 9, 39-41).

El discípulo no está por encima del Maestro. En San Mateo 10, 24-25, este principio está enmarcado en el maltrato que recibe Jesús, a quien le han llamado Belcebú y que marca la suerte de sus seguidores. San Juan lo presenta en el mismo contexto y en referencia al rechazo de su doctrina (Jn 15,20), y también la necesidad de hacerse servidores unos de otros, como El (Jn. 13,16).

Saca primero la viga de tu ojo. San Mateo nos ofrece el contexto doctrinal de estas palabras de Jesús al hablarnos de evitar los juicios negativos o conde-

natorios sobre los demás (Mt 7,1-5). No hay árbol bueno que de frutos malos y a la inversa. San Mateo nos ofrece esta sentencia de Jesús en dos ocasiones y contextos distintos. El primero refiriéndose a los falsos profetas (Mt 7,16-18), y el segundo en contra de los fariseos (Mt 12,33-35).

* ¿Qué dicen y hacen los personajes? ¿En que ambiente se desarrolla el texto?

* Tomar en cuenta las notas de la Biblia.

2.- MEDITACION**(Rumiar, dialogar, actualizar).**

Estos cuatro dichos o principios de vida nos invitan o tomar conciencia de nuestra vocación cristiana y sentirnos responsables de ella teniendo en cuenta lo siguiente:

Jesús es la verdad. Sólo él ha aclarado la situación del hombre frente a Dios, frente a sí mismo y frente a los demás. El ha venido a dar cumplimiento a toda la ley y los profetas con su propia vida y en esa línea nos ha enseñado de palabra y de obra el amor a Dios y al prójimo y el valor de nuestra propia vida (Jn 4,34; 15,12; Lc 9,23-25). Si somos sus discípulos, su doctrina debe ser la única fuente de verdad que alimente nuestras vidas.

Jesús es el camino. Por donde ha ido él debemos caminar nosotros y a donde él ha llegado hemos de llegar nosotros (Mt 16,24; Jn 12,26). El nos ha dado ejemplo para que sepamos cómo actuar (Jn 13,15); si él ha ido por el camino del servicio del amor, de la voluntad del Padre, de la persecución, de la cruz, también nosotros (Jn 14,3-5).

Jesús es la luz. Para conocerse a sí mismo y conocer al hermano, necesitamos de la luz de Cristo (Jn 8,12; 9,4-5; 35-39; 1,9). Sin embargo, muchas veces preferimos vivir en la oscuridad, según las pasiones de la carne (Jn 3,19-21; 1Jn 1,6-7), y preferimos juzgar y valorar a las personas según los criterios del mundo (Jn 4,10). Con el juicio con que juzguéis seréis juzgados (Mt 7,22).

Yo soy la vid, vosotros los sarmientos, el que permanece en mí como yo en él, éste da mucho fruto (Jn 15,5-8). Jesús nos ha regenerado a la vida del Espíritu (Jn 3,5-8) y las obras del Espíritu son totalmente diversas a las obras de la carne (Gál 5,16-22). Es necesario, por tanto, vivir en una constante renovación interior del corazón (Mt 15,18-20) y, para ello, estar unido a él, como el sarmiento a la vid, porque él es manso y humilde de corazón (Mt 11,29).

3.- ORACION

(Suplicar, alabar, recitar).

¿Qué quiero decirle ahora a Dios?

Renovar la fe en Jesús, pidiendo como el ciego: Señor, si quieres, puedes curarme.

4.- CONTEMPLACION

(Ver, saborear, actuar, compromiso).

Deja que tu corazón y tu alma sean envueltos en la luz de Jesús, que te reconforte y te capacite para descubrir el verdadero valor de la vida, de las personas, de los acontecimientos.

¿En qué área de tu vida necesitas esa luz de Cristo o retomar el camino de Cristo?

Decídate por un área en la que te dejes guiar por Cristo.

PLEGARIA COMUNITARIA.

DOMINGO 16

PARABOLAS DE LA OVEJA Y DE LA MONEDA PERDIDAS

INTRODUCCION

Antes de acercarnos al texto sagrado, nos preparamos personal y comunitariamente; nos ponemos en presencia del Señor en oración: con oración de alabanza, con un canto y pidiéndole al Señor nos envíe su Espíritu y prepare nuestros corazones para comprender su Palabra.

1.- LECTURA DEL TEXTO

(Conocer, respetar, situar). *Lucas 15, 1-10*

(Se proclama en voz alta el texto. Todos leen el texto ayudados de las notas de la Biblia. Se lee y se comenta el siguiente subsidio).

La Biblia de Jerusalén nos ofrece una introducción a estas dos parábolas y a la siguiente sobre el hijo pródigo precedida del título: las tres parábolas de la misericordia. En la introducción nos dice que estas tres parábolas fueron provocadas por las críticas de los fariseos y los escribas al trato de Jesús con los pecadores. El tema de la misericordia, como hemos visto ya en la parábola del juicio final, es central en la vida del discípulo de Jesús, ya que decide el valor y sentido de nuestra vida en el Reino. Por ello, Jesús nos recomienda la práctica de la misericordia para parecernos a nuestro Padre Celestial y para que

nosotros podamos también conseguirla (Lc 6,36-38; Mt 5,7).

Este es un rasgo de Dios en su trato con su pueblo, que abre el corazón a la confianza de los líderes del mismo (Ex 34,6-9). En medio de la infidelidad del pueblo, Dios le da nuevas oportunidades movido por la misericordia (Os 11,7-9).

Más aún, Jesús dirá a propósito de esas críticas de los fariseos a su trato con los pecadores que Dios prefiere la práctica de la misericordia a otros sacrificios que podamos ofrecerle (Mt 9,13; Os 6,1-6).

Argumento: Alegría en el cielo por la conversión de un pecador.

Desarrollo: Pérdida de una oveja y de una dracma (moneda de bastante valor), búsqueda de la oveja perdida, dejando a las demás encerradas, y al encontrarla la carga sobre sus hombros para llevarla a casa, la mujer revisa toda la casa hasta encontrar la dracma perdida, fiesta por el hallazgo en ambos casos, la misma alegría seda en el cielo por un pecador convertido.

Explicación: toda la atención se pone en la oveja y en la dracma perdidas, la reacción del pastor es de gran alegría y de cariño hacia la oveja, no se pone atención en la posible culpa de la oveja al extraviarse,

la alegría del hallazgo supera la alegría de la vida normal cuando todo está bien.

* ¿Qué dicen y hacen los personajes? ¿En que ambiente se desarrolla el texto?

* Tomar en cuenta las notas de la Biblia.

2.- MEDITACION

(Rumiar, dialogar, actualizar).

(En este segundo momento la preocupación debe ser descubrir el mensaje del texto, tomando en cuenta la situación personal, comunitaria, social, etc. Ayuda para la comprensión traer a la memoria otros textos bíblicos con la misma temática).

Se responde a las siguientes preguntas:

No tener miedo de la conversión en ninguna circunstancia, pues ésta significa nuevas gracias de parte de Dios. ¿Qué actitud tengo ante quien regresa al Señor después de haberse alejado de Dios o de la Iglesia? ¿Somos portadores de esta alegría sincera de Dios? ¿Le mostramos la ternura y cuidados del buen Pastor? ¿Qué celo mostramos por alguien que necesita ayuda espiritual? ¿Sentimos comunitariamente lo que sufre un miembro y celebramos la gracia que recibe?

3.- ORACION

(Suplicar, alabar, recitar).

Agradecemos a Dios los cuidados que derrama sobre nosotros y reconozcamos nuestras fallas pidiendo la guía y gracia de Dios.

4.- CONTEMPLACION

(Ver, saborear, actuar, compromiso).

Imagínate a ese pastor que carga la oveja perdida y siente tanta alegría por el hallazgo de la misma. Identificate como necesitado y sujeto de tanta ternura y solicitud por parte de Dios. Deja que tu alma descansa en ese ambiente de fiesta.

¿Qué te pide el Señor como portador de esos sentimientos suyos hacia algún hermano/a de quien tengas una opinión menos favorable o una dificultad para aceptar sus fallas? ¿Cómo lo puedes hacer? Comienza y goza de la alegría del buen Pastor.

CONCLUSION: PLEGARIA COMUNITARIA.

(Se procurará terminar el momento de oración y encuentro con Dios con un Salmo 23 o 25, con un canto o con oraciones de alabanza y de acción de gracias).

PARABOLA DEL HIJO PRODIGO

INTRODUCCION

Antes de acercarnos al texto sagrado, nos preparamos personal y comunitariamente; nos ponemos en presencia del Señor en oración: con oración de alabanza, con un canto y pidiéndole al Señor nos envíe su Espíritu y prepare nuestros corazones para comprender su Palabra.

1.- LECTURA DEL TEXTO

(Conocer, respetar, situar). *Lucas 15, 11-32*

Completando esa imagen de un Dios misericordioso, que nos han presentado las parábolas anteriores, esta parábola sobre el hijo pródigo, exclusiva de San Lucas, nos presenta a un Dios, no sólo misericordioso, sino también tierno y generoso. Todo ello es parte de la imagen central de un Dios Padre que, en palabras del A.T., amaba a su pueblo con la ternura de una madre (Is 49,13-17), y cuyo corazón se estremece ante la ausencia de su hijo (Jr 31,18-20). De forma todavía más solícita que el padre de la parábola, que espera con ansia el regreso de su hijo, Dios manda decir a su pueblo que regrese; la condición es que reconozca su rebelión (Jr 11,13-19).

Frente a esa actitud benévola y generosa de Dios, está la actitud exigente y justiciera del hermano mayor, que representa al hombre pecador e inseguro que hay en cada uno de nosotros, que se deja llevar de la envidia, que mira la paja en el ojo ajeno y no la viga en el suyo, y que fue condenado tantas veces por Jesús (Mt 6,14-15; 18,32-35).

Argumento: un hijo que deja su casa, malgasta su herencia y regresa para recibir el perdón de su padre y el rechazo de su hermano mayor.

Desarrollo: el hijo que, por razones desconocidas o sin razones, abandona la casa familiar. El dinero, que su padre le da, su herencia, todo lo malgasta y se queda sin lada. La necesidad en que se encuentra es más fuerte que la pena de pedir perdón a su padre. El padre no toma en cuenta su falta y le recibe de nuevo en casa con gran alegría y fiesta. Su hermano, en cambio, murmura de ambos, sobre todo de su padre, que parece pasarse de comprensivo.

* ¿Qué dicen y hacen los personajes? ¿En que ambiente se desarrolla?

* Tomar en cuenta las notas de la Biblia.

2.- MEDITACION

(Rumiar, dialogar, actualizar).

No se menciona para nada a la madre de la familia; por ello, podemos descubrir en el padre y una

madre. ¿Con qué me identifico: con el hijo pródigo o con el hijo mayor?

Si con el primero, ¿Qué razones tuviste para apartarte del amor de Dios? o ¿Qué razones tienes para ser malagradecido con Dios, para intentar de tantas formas independizarte de él, buscar tu propia felicidad?

Si con el segundo, recuerda que Jesús nos dijo: sean misericordiosos. ¿Será que te sientes orgulloso de ti mismo, de tus obras, de tu buena conducta, como el fariseo, y no has descubierto la dicha de vivir en la gratitud de Dios, en su amor inmerecido?

Sabes vivir apreciando la abundancia de gracia que, como el hijo mayor, tienes a tu alcance? ¿Cuántas gracias se te pasan inadvertidas? ¿Cuando pides perdón a Dios tienes conciencia de su amor no correspondido?

3.- ORACION

(Suplicar, alabar, recitar).

En una forma u otra todos hemos ignorado de distintas formas ese amor tan especial de Dios: necesitamos pedir perdón. Quizá necesitamos pedir la luz del corazón para vivir siempre gozando el amor providente y paterno de Dios. Quizá, sobre todo, necesitamos agradecer y alabar a Dios por su amor tan inmerecido de nuestra parte.

4.- CONTEMPLACION

(Ver, saborear, actuar, compromiso).

Hoy el objeto de nuestra contemplación no puede ser otro que el amor infinito de Dios: Descansa en él, alma mía, como niño pequeño en brazos de su madre, porque su amor no tiene fin. Puedes imaginarte a ti mismo acogido por tu Padre Dios con el mismo amor que el hijo pródigo. El hijo pródigo se preguntaba: ¿Qué hago yo aquí como un miserable muriéndome de hambre? Tradúcelo a tu vida y decide. Me levantaré e iré a mi Padre...

CONCLUSION: PLEGARIA COMUNITARIA.

(Se procurará terminar el momento de oración y encuentro con Dios con un Salmo, con un canto o con oraciones de alabanza y de acción de gracias).

MARTES 18

Nota: Ver Boletín 197 pág. 50-52

ENTRAÑABLE MISERICORDIA DE NUESTRO DIOS

INTRODUCCION

El rostro de Dios Padre tiene los rasgos de la vida. Dios Padre genera la vida porque El es amor. La ternura y la misericordia de Dios no es un concepto, sino que se palpa o se experimenta en cada instante de la vida, así sean momentos muy difíciles. El darnos cuenta de que estamos en las manos de Dios, de que nada de nuestra vida le es indiferente, es motivo de gran esperanza.

Antes de acercarnos al texto sagrado, nos preparamos personal y comunitariamente; nos ponemos en presencia del Señor en oración: con oración de alabanza, con un canto y pidiéndole al Señor nos envíe su Espíritu y prepare nuestros corazones para comprender su Palabra.

1.- LECTURA DEL TEXTO

(Conocer, respetar, situar). *Lucas 7, 11-17*

(Se proclama en voz alta el texto. Todos leen el texto ayudados de las notas de la Biblia. Se lee y se comenta el siguiente subsidio).

En las normas que le fueron dadas al antiguo pueblo de Israel de parte de Yhwh, estaba mandado que el marido tenía obligación, entre otras cosas, de darle a su mujer comida y vestido. La mujer, al quedarse viuda se encontraba, por consiguiente, en una situación precaria y en medio de serios peligros.

Existían dos categorías de viudas: las que teniendo hijos vivían con ellos, y aquellas que eran «verdaderamente viudas», es decir solas, y que tenían necesidad de ser asistidas por los demás. La viuda de Naím, a la muerte de su hijo, se había quedado sola.

Los evangelistas señalan de diferentes maneras la ternura de Dios. San Lucas, en el texto que hemos

leído nos presenta al Señor «conmoverse hasta las entrañas» frente a la viuda de Naím que sale a enterrar a su hijo único.

El término empleado para designar la misericordia divina significa las entrañas maternas (rahamim). El culmen de la emoción en el campo de la piedad se expresa por la compasión «visceral» de la madre por su hijos. El hecho de «conmoverse las entrañas» refleja el aspecto maternal del amor y la ternura. A una madre, en el momento de dar a luz se le conmueven las entrañas.

Es esta compasión la que nos ayuda a comprender la profundidad del amor divino: «¿Cómo podré dejarte, Efraín; entregarte a ti, Israel?... Me da un vuelco el corazón, se me conmueven las entrañas» (Os 11,8). Las entrañas maternas impiden que Dios se deje llevar por su cólera y por eso exclama por el profeta: «¡Si es mi hijo querido Efraín, mi niño, mi encanto! Cada vez que le reprendo me acuerdo de ello, se me conmueven las entrañas y cedo a la compasión» (Jr 31,20).

Es el mismo sentimiento de Jesús cuando el evangelista nos relata los episodios en la aflicción de la viuda y cuando el padre recoge de nuevo a su hijo perdido (Lc 15, 20s).

Jesús, desde lo más profundo de su ser se conmueve ante la madre traspasada por el dolor. Esta escena propia del evangelio de Lucas, evoca otra igualmente significativa, la del evangelio de Juan cuando, en presencia de María que acaba de perder a su hermano, Jesús se estremeció por dentro y conmovido se echó a llorar (Jn 11, 33-35).

La resurrección del hijo de la viuda, nos trae a la mente otras narraciones de la ternura divina, especialmente aquella del I libro de los Reyes, donde el profeta Elías devuelve la vida al hijo único de una viuda (I R 17,17-24). Por tanto, para Lucas, Jesús es el nuevo Elías. El es el gran profeta de los tiempos nuevos. Por medio de Jesús la bondad se comunica al pueblo. La multitud no se equivoca. Ella da gloria a Dios diciendo: «Un gran profeta ha surgido entre nosotros; Dios se ha ocupado de su pueblo».

Inmediatamente pensamos en el cántico del profeta Zacarías: «Bendito el Señor, Dios de Israel, porque se ha ocupado de rescatar a su pueblo... Por la entrañable misericordia de nuestro Dios, nos visitará desde lo alto un amanecer que ilumina a los que

habitan en tinieblas y en sombras de muerte, que endereza nuestros pasos por un camino de paz» (Lc 1, 68. 78-79).

(Se puede comentar con los demás lo siguiente: Personajes del texto; sus actitudes; el género literario; se aclara lo que no se ha entendido y se manifiesta lo que nos ha sorprendido).

2.- MEDITACION

(Rumiarse, dialogar, actualizar).

(En este segundo momento la preocupación debe ser descubrir el mensaje del texto, tomando en cuenta la situación personal, comunitaria, social, etc. Ayuda para la comprensión traer a la memoria otros textos bíblicos con la misma temática: I R 17,17-24; Lc 15, 11-32; Jn 11, 32-46).

Se responde a las siguientes preguntas:

a) Dios es esencialmente misericordioso ¿Por qué? b) ¿Cuál es la reacción del pueblo ante las muestras de ternura de Jesús? c) ¿Siento que soy sensible como Jesús ante las necesidades de los demás?

d) ¿En qué momentos de mi vida he sabido ser expresión de la ternura de Dios para los necesitados? e) ¿La compasión que guardo para los demás ha sido con «entrañas de misericordia» o sólo algo externo? f) ¿Qué medios o estructuras existen en la comunidad para poner en práctica la misericordia de Dios? g) ¿Estoy satisfecho con el grado de vivencia de este aspecto en la comunidad?

3.- ORACION

(Suplicar, alabar, recitar).

(Este es el momento de responder personal y comunitariamente a la Palabra de Dios. Cada uno expresa a Dios aquello que el pasaje bíblico le sugiere).

4.- CONTEMPLACION

(Ver, saborear, actuar, compromiso).

(Es el momento de la respuesta agradecida para con Dios. Lo hacemos concretizando nuestro compromiso personal, y si se puede, uno comunitario).

CONCLUSION: PLEGARIA COMUNITARIA.

(Se procurará terminar el momento de oración y encuentro con Dios con un Salmo, con un canto o con oraciones de alabanza y de acción de gracias).

DOMINGO 23

PARABOLA DEL ADMINISTRADOR INFIEL

INTRODUCCION

Antes de acercarnos al texto sagrado, nos preparamos personal y comunitariamente; nos ponemos en presencia del Señor en oración: con oración de alabanza, con un canto y pidiéndole al Señor nos envíe su Espíritu y prepare nuestros corazones para comprender su Palabra.

1.- LECTURA DEL TEXTO

(Conocer, respetar, situar). Lucas 16, 1-13

(Se proclama en voz alta el texto. Todos leen el texto ayudados de las notas de la Biblia. Se lee y se comenta el siguiente subsidio).

La parábola es exclusiva de San Lucas y no tiene otros pasajes paralelos en los sinópticos. Además del buen uso de las riquezas y de la fidelidad en las responsabilidades, temas que se mencionan en los vv. 9-13, el tema central de esta parábola es la astucia o, en otras palabras, la inteligencia de este hombre para obrar injustamente y defraudar a su amo mirando por su futuro incierto.

La primera referencia a la astucia la encontramos en el Génesis al narrarnos la tentación primera. La serpiente era el más astuto de todos los animales del campo que Yahveh Dios había hecho (3,1). Tanto en este caso como en la parábola que nos ocupa la astucia es una forma de usar las propias capacidades para el engaño, para el mal o para intereses personales.

En el caso del Génesis la astucia tiene como móvil la envidia, que también la experimentan los que le siguen o le pertenecen (al diablo), (Sab 2,23-24).

Por otra parte, la astucia se pone al servicio del engaño y de la seducción, que arrastra al mal (Gn 3,13; Ap 12,9-10), como aparece en esta parábola (V4-7) y como Jesús lo ratifica hablando con los judíos en San Juan 8,44-45. Pablo, lamentándose de algunos problemas en la comunidad de Corinto, recuerda el engaño de que Eva fue víctima y de los que ellos mismos pueden serlo por razón de algunos operarios engañosos (Cor 11,3-6.12-15).

Argumento: a partir de la conducta de un administrador o gerente corrupto que, antes de ser despedido, supo asegurarse el futuro, se nos invita a la fidelidad y a aprovechar bien las oportunidades de servir al Reino.

Desarrollo: el administrador de un hombre rico es acusado de malversar la hacienda, ante la amenaza de

ser despedido, él perdona a varios deudores parte de lo que deben, el amo se entera y alaba su proceder por su talento en proveer para su futuro.

* **¿Qué dicen y hacen los personajes? ¿En qué ambiente se desarrolla el texto?**

* Tomar en cuenta las notas de la Biblia.

2.- MEDITACION

(Rumiar, dialogar, actualizar).

Después de este relato (v 1, 8), el mismo Evangelio con palabras de Jesús, nos hace la aplicación: a los que tienen bienes de este mundo, Jesús recomienda hacer limosna para ganarse amigos en el cielo, la fidelidad es el tema fundamental de esta historia, fidelidad que comienza por las cosas y responsabilidades pequeñas, quien no es fiel con las cosas de este mundo, no lo será con las del Reino.

Ser fiel con lo ajeno es lo mismo que ser fiel con las cosas de este mundo, pues lo nuestro es los bienes del Reino, pero nuestra vida y servicio no pueden dividirse entre Dios y otros, entre el Reino y el mundo, la carne y el espíritu; más concretamente, ¿en qué áreas de tu vida necesitas más fidelidad?: Estudio, trabajo, relaciones comunitarias, servicio, vida espiritual, formación, vida eclesial (apostolado, testimonio, vida de comunidad), compromisos de tu vida religiosa (carisma, votos, legislación)

3.- ORACION

(Suplicar, alabar, recitar).

Quizá tengas que dar gracias a Dios por la abundante riqueza de vida espiritual que te ha dado; quizá tengas que pedirle perdón por la falta de fidelidad o correspondencia.

4.- CONTEMPLACION

(Ver, saborear, actuar, compromiso).

La paciencia de Dios con tu infidelidad o la abundancia de su gracia con la que te ha distinguido. ¿Vives en fidelidad? ¿Puedes combinar tu fidelidad a Dios con otros intereses o actitudes? ¿Qué debes hacer concretamente para ser verdaderamente fiel?

CONCLUSION: PLEGARIA COMUNITARIA.

(Se procurará terminar el momento de oración y encuentro con Dios con un Salmo, con un canto o con oraciones de alabanza y de acción de gracias).

PARABOLA DEL EJEMPLO DE LA LAMPARA

* INTRODUCCION

- Oración espontánea o preparada que nos ponga en un clima de confianza y nos disponga para el encuentro con Dios.

1.- LECTURA DEL TEXTO

(Conocer, respetar, situar). *Lucas 8, 16-18*

Esta parábola o semejanza, tiene varios pasajes paralelos en los otros Evangelios. Distingamos primero las partes de la misma. La primera parte nos recuerda lo que se hace cuando se enciende una lámpara. Como se aprovecha su luz. La segunda nos dice que todo en la vida y en la historia va a salir a la luz.

La tercera nos hace una advertencia sobre la necesidad de oír bien para tener en nosotros la gracia que acompaña a las enseñanzas de Jesús. La primera parte la encontramos en el evangelio de San Mateo como aplicación de las palabras que Jesús dirige a sus discípulos sobre su misión en el mundo: vosotros sois la luz del mundo (Mt 5,14). San Mateo incluye otra recomendación sobre la luz: brille así vuestra luz delante de los hombres, para que vean vuestras buenas obras y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos (Mt 5, 16).

También la trae San Lucas (11,33-36) pero dirigida a la propia vida, concretamente a los ojos como instrumento de bondad o malicia. San Juan habla repetidamente de la luz y nos presenta a Jesús como la luz y nos habla de la responsabilidad de recibir su luz (Jn 8,12; 9,4-5; 39,41; 1Jn 1,5.7.8-11). Sobre la segunda parte nos habla también San Mateo (10,26-27) y el mismo San Lucas (12ss), ambos en el contexto del discípulo de Jesús que ha de dar franco testimonio de su fe sin miedo a quienes amenacen su vida corporal. La tercera parte la encontramos en diversos contextos en San Mateo y San Marcos y de nuevo en San Lucas, en diversos contextos, (Mt 13,12; 25,29; Mc 4,24.25; Lc 19,26).

Argumento: Para qué es la luz de una lámpara.

Explicación: Nos presenta la experiencia común doméstica sobre el uso de la luz, a saber, que la luz se prende para iluminar un lugar y por ello se coloca en un punto de la habitación o que proyecte la luz lo más posible sobre las personas, las cosas o lugares. Nadie prende la luz de día ni la coloca en un rincón o dentro de un mueble. La luz está al servicio de las personas que la necesitan para leer, caminar, trabajar, convivir, etc.

* ¿Qué dicen y hacen los personajes? ¿En que ambiente se desarrolla el texto?

* Tomar en cuenta las notas de la Biblia.

2.- MEDITACION

(Rumiar, dialogar, actualizar).

Todo lo oculto y secreto se va a ver y conocer. ¿Por qué? Porque Jesús, luz del mundo, ha venido para iluminar la realidad de cada uno. Jesús ha venido para dar vida y darla en abundancia; por ello, será levantado en alto, puesto a la vista de todos, proclamado Salvador y Señor de toda la creación, para que todo el que crea en él tenga vida. Nadie tiene razón para andar en tinieblas, para permanecer en la oscuridad, para errar el camino de la vida. Jesucristo, con su luz, ilumina a todo hombre que viene a este mundo (Jn 1,9).

Esta luz ha sido confiada a la Iglesia, en tal forma que Jesús ha mandado a sus discípulos a predicar el Evangelio a todo el mundo, para iluminar las realidades de la vida del hombre: trabajo, sufrimiento, enfermedad, salud, familia, contrariedades, éxito, persecución, servicio, etc. con la luz de su enseñanza y de su vida.

¿Sientes tu la responsabilidad de compartir esa luz, de llevarla a quien la necesite?

Tu, como seguidor suyo, has sido llamado a vivir en la luz ¿Puedes poner tu vida ante la luz de Cristo sin miedo al juicio? ¿Vives en la luz de la verdad, de la responsabilidad, de la coherencia, de la sinceridad? Son los valores evangélicos la luz bajo la cual evalúas tus actitudes y el sentido de tu vida?

3.- ORACION

(Suplicar, alabar, recitar).

El mensaje de esta Palabra se ha de traducir en una petición de luz, en una reafirmación en la luz, en un agradecimiento por conocer la luz del Evangelio.

4.- CONTEMPLACION

(Ver, saborear, actuar, compromiso).

Siente cómo la luz que da vida, que inspira seguridad y esperanza, brilla sobre ti y déjate sumergir en el calor de esa luz, que es Cristo. Déjate inundar y renovar por esa luz. ¿Qué áreas de tu vida necesitan ser mejor iluminada? o ¿a donde te pide el Señor que lleves la luz que has recibido? ¿Te inspira esa luz alguna actitud o tarea nueva en tu vida? Decide como realizarla.

* CONCLUSION.

Acción de gracias a Dios por su Palabra, sugerencia Salmo 27.

DOMINGO 30

PARABOLA DEL RICO Y LAZARO

INTRODUCCION

Antes de acercarnos al texto sagrado, nos preparamos personal y comunitariamente; nos ponemos en presencia del Señor en oración: con oración de alabanza, con un canto y pidiéndole al Señor nos envíe su Espíritu y prepare nuestros corazones para comprender su Palabra.

1.- LECTURA DEL TEXTO

(Conocer, respetar, situar). *Lucas 16, 19-31*

Dentro del ambiente temático de este capítulo, es decir, la relación con las riquezas o bienes de este mundo, San Lucas nos ofrece esta parábola, que presenta el lado trágico y oscuro de las riquezas: la avaricia, que no permite abrir el corazón al necesitado y que Jesús ya condenó, junto con la codicia (Lc 12,15; 6,24-25).

También se pone de relieve aquí la responsabilidad de los ricos respecto a los pobres y la dependencia de éstos de la compasión de aquellos, como ya se puso de relieve en la parábola del hijo pródigo, cuándo se dice que éste deseaba hartarse de lo que caía de la mesa del rico (16,21), pero nadie se lo daba (15,16).

Es de notar en esta parábola la referencia a la vida del más allá como la que decidirá de la verdadera suerte de los ricos y los pobres, (22-23). El seno de Abraham es el símbolo de la compañía de los justos y bienaventurados (Gn 47,30; Jn 1,18), mientras que el hades es la mansión de los muertos condenados, de los rechazados (Mt 8,11-12). Entre unos y otros hay un abismo insalvable, el abismo de un destino que ya no se puede cambiar (Mt 25,26).

Argumento: relación entre un rico y un pobre por nombre Lázaro. El primero lo tiene todo en esta vida, el segundo se muere de hambre, pero con la muerte de ambos su condición cambia completamente.

Desarrollo: El rico vive con todos los lujos. El pobre vive a la puerta de la casa del rico, muriendo por fin de hambre. El pobre, al morir, va al cielo, el rico va al infierno.

Al ver el rico que Lázaro está en el cielo, se atreve a pedir a Abraham que se lo mande para aliviarle en sus sufrimientos, pero se le niega el alivio, recordándole su condición diferente en la tierra.

El rico hace una última súplica: que alguien vaya a prevenir a sus hermanos todavía vivos para que no caigan en su misma situación, pero la respuesta es también negativa pues el aviso no tendría ningún resultado positivo.

* ¿Qué dicen y hacen los personajes? ¿En que ambiente se desarrolla el texto?

* Tomar en cuenta las notas de la Biblia.

2.- MEDITACION

(Rumiar, dialogar, actualizar).

¿Cuáles son tus actitudes ante las necesidades ajenas? ¿Cómo aprovechas las gracias de conversión que Dios te da día tras día? ¿Tu conducta está guiada por la fe en Dios o por miedo al castigo? ¿Tienes conciencia y responsabilidad del tiempo presente, del hoy, del momento de salvación que supone cada día, cada oportunidad, cada gracia?

3.- ORACION

(Suplicar, alabar, recitar).

Ante muchas oportunidades perdidas de hacer el bien, de progresar en la vida del Espíritu, necesito pedir perdón y, ante las oportunidades presente, necesito pedir la luz del Espíritu para discernir su valor y su sentido.

4.- CONTEMPLACION

(Ver, saborear, actuar, compromiso).

Mis caminos no son vuestros caminos, dice el Señor ¡Qué distinta forma de valorar la vida y las personas tiene Dios de nosotros! ¡Quién sois vos y quién soy yo!

¿Qué circunstancias de mi vida he desaprovechado? ¿Qué criterios mundanos me motivan al valorar al prójimo o mi propia vida?

Compromiso concreto para responder mejor a la gracia presente en mi vida.

CONCLUSION: PLEGARIA COMUNITARIA.

(Se procurará terminar el momento de oración y encuentro con Dios con un Salmo, con un canto o con oraciones de alabanza y de acción de gracias).

Elenco de Lectio Divina editadas en el Boletín Diocesano de Pastoral



1.- SAN MATEO

* **Nombre de la lectio:** 1ra. Bienaventuranza: «Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ello es el Reino de los Cielos».

Cita bíblica: 5,3

Boletín núm.: 203 **págs.:** 48-49

* **Nombre de la lectio:** 2da. Bienaventuranza «Bienaventurados los mansos, porque ellos poseerán en herencia la tierra».

Cita bíblica: 5,4

Boletín núm.: 203 **págs.:** 50-52

* **Nombre de la lectio:** 3ra. Bienaventuranza «Bienaventurados todos lo que están aflijidos, porque ellos serán consolados».

Cita bíblica: 5,5

Boletín núm.: 203, **Págs.:** 52-54

* **Nombre de la lectio:** 4ta. Bienaventuranza «Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia porque ellos serán saciados».

Cita bíblica: 5,6

Boletín núm.: 203, **Págs.:** 54-56

* **Nombre de la lectio:** 5ta. Bienaventuranza «Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos obtendrán misericordia».

Cita bíblica: 5,7

Boletín núm.: 203, **Págs.:** 54-58

* **Nombre de la lectio:** 6ta. Bienaventuranza «Bienaventurados los puros de corazón, ya que ellos verán a Dios».

Cita bíblica: 5,8

Boletín núm.: 203, **Págs.:** 58-60

* **Nombre de la lectio:** 7a. Bienaventuranza «Bienaventurados los que trabajan por la paz, porque ellos serán llamados hijos de Dios».

Cita bíblica: 5,9

Boletín núm.: 203, **Págs.:** 60-61

* **Nombre de la lectio:** 8a. Bienaventuranza «Bienaventurados los perseguidos por la causa de la justicia, porque de ellos es el Reino de los cielos».

Cita bíblica: 5,10

Boletín núm.: 203, **Págs.:** 64-64

2.- SAN MARCOS

* **Nombre de la lectio:** Jesús ungido por el Espíritu Santo.

Cita bíblica: 1, 9-11

Boletín núm.: 196, **Págs.:** 58-60

3.- SAN LUCAS

* **Nombre de la lectio:** María de Nazaret

Cita bíblica: 1,2

Boletín núm.: 201, **Págs.:** 60-61

* **Nombre de la lectio:** La sinagoga de Nazaret

Cita bíblica: 4, 14-22

Boletín núm.: 201, **Págs.:** 59-60

* **Nombre de la lectio:** Entrañable misericordia de nuestro Padre.

Cita bíblica: 7, 11-17

Boletín núm.: 197, **Págs.:** 50-52

* **Nombre de la lectio:** Somos extranjeros y peregrinos en esta tierra.

Cita bíblica: 9, 51-62

Boletín núm.: 209, **Págs.:** 69-70

* **Nombre de la lectio:** Parábola del buen Samaritano.

Cita bíblica: 10, 25-37

Boletín núm.: 201, **Págs.:** 51-52

* **Nombre de la lectio:** El Padre se alegra al encontrar lo que había perdido.

Cita bíblica: 15, 1-7

Boletín núm.: 196, **Págs.:** 71-73

* **Nombre de la lectio:** El hijo prodigo.

Cita bíblica: 15, 11-32

Boletín núm.: 201, **Págs.:** 45-47

* **Nombre de la lectio:** Purificación de los diez leprosos.

Cita bíblica: 17, 11-19

Boletín núm.: 201, **Págs.:** 48-50

* **Nombre de la lectio:** El fariseo y el publicano.

Cita bíblica: 18, 9-14

Boletín núm.: 201, **Págs.:** 55-56

* **Nombre de la lectio:** Zaqueo

Cita bíblica: 19, 1-10

Boletín núm.: 201, **Págs.:** 47-48

* **Nombre de la lectio:** El buen ladrón.

Cita bíblica: 23, 12-47

Boletín núm.: 201, **Págs.:** 57-58

* **Nombre de la lectio:** Los discípulos de Emaús.

Cita bíblica: 24, 13-35

Boletín núm.: 201, **Págs.:** 53-54

* **Nombre de la lectio:** Salgamos al encuentro del Señor.

Cita bíblica: 24, 13-27

Boletín núm.: 229, **Págs.:** 53-57

* **Nombre de la lectio:** Reflexionemos el encuentro con Jesucristo vivo.

Cita bíblica: 24, 28-32

Boletín núm.: 229, **Págs.:** 58-62

* **Nombre de la lectio:** Proyectemos nuestro encuentro con Jesucristo vivo.

Cita bíblica: 24, 28-32

Boletín núm.: 229, **Págs.:** 63-66

4.- SAN JUAN

* **Nombre de la lectio:** Reconozcamos la misericordia del Padre.

Cita bíblica: 1, 5-2,2

Boletín núm.: 196, **Págs.:** 73-75

* **Nombre de la lectio:** Purifiquemos la memoria.

Cita bíblica: 1, 2-5,2

Boletín núm.: 216, **Págs.:** 55-56

* **Nombre de la lectio:** Ven, llena de tu gracia los corazones que has creado.

Cita bíblica: 3, 1-8

Boletín núm.: 193, **Págs.:** 21-23

* **Nombre de la lectio:** La Eucaristía: Pan de vida; El Sacerdote: Pan partido para los hermanos.

Cita bíblica: 6, 26-58

Boletín núm.: 218, **Págs.:** 61-64

* **Nombre de la lectio:** La adúltera, figura del pueblo al que Dios ofrece su perdón.

Cita bíblica: 7, 35-8,11

Boletín núm.: 220, **Págs.:** 36-38

* **Nombre de la lectio:** Jesús el hijo de Dios, es la puerta que nos conduce a la casa del Padre.

Cita bíblica: 10, 1-10

Boletín núm.: 209, **Págs.:** 67-68

* **Nombre de la lectio:** Del encuentro con Jesucristo, a la solidaridad con todos.

Cita bíblica: 15, 1-17

Boletín núm.: 223, **Págs.:** 67-71

* **Nombre de la lectio:** Ven, luz de los corazones.

Cita bíblica: 16, 14-15

Boletín núm.: 193, **Págs.:** 16-18

* **Nombre de la lectio:** Todo lo que tiene el Padre también es mío.

Cita bíblica: 16, 48-15

Boletín núm.: 216, **Págs.:** 53-54

5.- HECHOS

* **Nombre de la lectio:** Ven, Espíritu Santo.

Cita bíblica: 2, 2-4

Boletín núm.: 193, **Págs.:** 19-21

* **Nombre de la lectio:** Los creyentes vivía unidos y lo tenían todo en común.

Cita bíblica: 2, 42-47; 4, 32-35; 5, 12-16

Boletín núm.: 196, **Págs.:** 67-69

* **Nombre de la lectio:** Estaban llenos de gracia y de poder.

Cita bíblica: 7, 51-60

Boletín núm.: 196, **Págs.:** 65-69

* **Nombre de la lectio:** Pablo animado por el Espíritu.

Cita bíblica: 9, 1-19

Boletín núm.: 196, **Págs.:** 60-61

* **Nombre de la lectio:** Cornelio y un nuevo Pentecostés.

Cita bíblica: 10, 1-48

Boletín núm.: 196, **Págs.:** 62-63

* **Nombre de la lectio:** Donde está el Espíritu..., allí está la libertad.

Cita bíblica: 16, 11-24

Boletín núm.: 196, **Págs.:** 65-67

* **Nombre de la lectio:** Cultivemos y esclarezcamos la memoria histórica de nuestra fe.

Cita bíblica: 22, 1-21

Boletín núm.: 216, **Págs.:** 47-48

6.- 1 CORINTIOS

* **Nombre de la lectio:** Eran constantes en la fracción.

Cita bíblica: Cor. 11, 17-32

Boletín núm.: 218, **Págs.:** 59-61

7.- GALATAS

* **Nombre de la lectio:** Aprendiendo a ser libres.

Cita bíblica: 6, 1-10

Boletín núm.: 184, **Págs.:** 79-80

8.- EFESIOS

* **Nombre de la lectio:** Ven, Espíritu creador de nueva vida.

Cita bíblica: 1, 3-14

Boletín núm.: 193, **Págs.:** 23-25

9.- HEBREOS

* **Nombre de la lectio:** Ofrenda y oferente.

Cita bíblica: 10, 1-25

Boletín núm.: 218, **Págs.:** 65-67

* **Nombre de la lectio:** Jesucristo, Sacerdote y víctima.

Cita bíblica: 10, 6-7

Boletín núm.: 218, **Págs.:** 33-35

10.- GENESIS

* **Nombre de la lectio:** Dios quiere que vivamos como hermanos.

Cita bíblica: 4, 1-26

Boletín núm.: 197, **Págs.:** 52

* **Nombre de la lectio:** Mi señor, te ruego que no pases sin detenerte.

Cita bíblica: 18, 1-15

Boletín núm.: 211, **Págs.:** 64-65

11.- EXODO

* **Nombre de la lectio:** Unidos y organizados.

Cita bíblica: 18, 13-27

Boletín núm.: 184, **Págs.:** 81-82

12.- DEUTERONOMIO

* **Nombre de la lectio:** Dios como Padre, crea a su pueblo.

Cita bíblica: 7, 7-16

Boletín núm.: 196, **Págs.:** 75-76

13.- OSEAS

* **Nombre de la lectio:** Todas mis entrañas se estremecen.

Cita bíblica: 11, 1-11

Boletín núm.: 216, **Págs.:** 51-52

* **Nombre de la lectio:** Amor paterno de Dios.

Cita bíblica: 111, 1-11

Boletín núm.: 196, **Págs.:** 69-71

Elenco de Lectio Divina

(Proporcionadas por el Sr. Cura Juan Roberto Chávez.
Parroquia San Miguel. Atotonilco el Alto, Jal.)

* APOCALIPSIS

- 1.- Dichosos los que escuchen el mensaje de este libro. 1,1-8 y 22, 6-21.
- 2.- ¡Poned los ojos en el Resucitado! 1, 12-20.
- 3.- El Espíritu habla a las Iglesias. 2, 1-7.
- 4.- Juicio de Amor. 3, 14-22.
- 5.- El Libro y el Cordero. 5 1-14.
- 6.- Cuatro caballos que cabalgan en la historia. 6, 1-8.
- 7.- Al son de trompetas. 8, 6-13.
- 8.- Un libro abierto, dulce y amargo a la vez. 10, 1-11.
- 9.- La Mujer y el Dragón. 12, 1-18.
- 10.- El Cántico de los Vencedores. 15, 1-4.
- 11.- La Caída de Babilonia. 18, 9-20.
- 12.- La Celebración de la Victoria. 19, 1-10.
- 13.- El regalo de la Nueva Creación. 21, 1-8.
- 14.- Los habitantes de la Nueva Jerusalén. 22, 1-5
15. ¡ Estén Alerta! 3, 1-6.

* BIENAVENTURANZAS

- 1ª Bienaventuranza: Mt. 5,1-12.
- 2ª Bienaventuranza: Mt. 5,1-12.
- 3ª Bienaventuranza: Mt. 5,1-12.
- 4ª Bienaventuranza: Mt. 5,1-12.
- 5ª Bienaventuranza: Mt. 5,1-12.
- 6ª Bienaventuranza: Mt. 5,1-12.
- 7ª Bienaventuranza: Mt. 5,1-12.
- 8ª Bienaventuranza: Mt. 5,1-12.

* ESPIRITU SANTO

1. Jesús ungido por el Espíritu. Mc. 1, 9-11
- 2.- Pablo, animado por el Espíritu. Hch. 9.1-19.
- 3.- Cornelio y un nuevo pentecostés. Hch. 10, 1-48.

4. Donde está el Espíritu..., ahí está la libertad. Hch. 16, 11-24.
- 5.- El Padre les enviará otro consolador. Jn. 14,1-26.
- 6.- Su nombre será consejero admirable. Is. 9,1-6.
- 7.- La libertad según el Espíritu. Gál. 5,1-26.
- 8.- Después de orar les impusieron las manos. Hch. 6,1-7.
- 9.- Ven, luz de los corazones. Jn. 16, 4-15.
- 10.- Ven, Espíritu Santo. Hch. 2,1-4.
- 11.- Ven, Espíritu creador de vida nueva. Jn. 3,1-8.
- 12.- Ven, llena de tu gracia los corazones que has creado. Ef. 1,3-14.
- 13.- Vivir según el Espíritu. Gál. 5,13-25
- 14.- Esteban, lleno de gracia y poder. Hch. 7, 51-60.

* EVANGELIOS

- 1.- ¿Cómo nacieron los evangelios? Lc. 1, 1-4.
- 2.- ¿Quién es Jesús? Mc. 8, 27-30.
- 3.- Venid detrás de mí. Mc. 1, 14-20.
- 4.- No he venido a llamar a los justos sino a los pecadores. Mc. 2, 13-37.
- 5.- Les hablaba por medio de parábolas. Mc. 4, 26-32.
- 6.- No todos aceptaron a Jesús. Mc. 6,1-6.
- 7.- Comieron todos hasta quedar saciados. Mc. 6, 30-44.
- 8.- También los pajarillos comen las migajas de los hijos. Mc. 7, 24-30.
- 9.- Si alguno quiere venir detrás de mi... Mc. 8, 31-38.
- 10.- Maestro, haz que recobre la vista. Mc. 10, 46-52.
- 11.- Mi casa es casa de oración para todos los pueblos. Mc. 11, 15-19.
- 12.- El Mandamiento más importante. Mc. 12, 28-34.
- 13.- Para qué muere Jesús? Mc. 14, 32-42.

- 14.- Una vida entregada en favor de todos. Mc. 14, 12-25.
 15.- ¡Ha Resucitado! Mc. 16,1-8.

*** HECHOS**

- 1.- Serán mis testigos. Hch 1, 3-8
 2.- Todos quedaron llenos del Espíritu Santo. Hch 2, 1-13.
 3.- Anunciaban la Palabra con toda libertad. Hch 4, 23-31.
 4.- Ministerios: Don del Espíritu Santo para la Iglesia. Hch 6, 1-7.
 5.- Jesús es la clave para comprender las Escrituras. Hch 8, 26-40.
 6.- Evangelizar es anunciar a Jesucristo. Hch 10, 34-43.
 7.- El evangelio es para todos. Hch 11,1-8.
 8.- La comunidad es responsable de la misión. Hch 13,1-3; 14,26-28.
 9.- Los conflictos y divisiones en la Comunidad. Hch 15,1-6.
 10.- Entren y quédense en mi casa. Hch 16,11-40.
 11.- El relevo en el servicio a la comunidad. Hch 20,17-38.
 12.- La conversión es un encuentro personal con Jesucristo. Hch. 22, 1-21.
 13.- La Iglesia continúa la Misión de Jesús. Lc. 4, 14-30.

*** JUAN**

- 1.- Jesús, Palabra del Padre. Jn. 1, 1-51.
 2.- Volver a nacer. Jn. 3, 1-12.
 3.- Jesús, Agua que da Vida. Jn. 4, 1-15.
 4.- Jesucristo, vida del Padre. Jn. 6, 51-59.
 5.- Jesús, Misericordia del Padre. Jn. 8, 1-11.
 6.- Jesús, el Buen Pastor. Jn. 10,11-18.
 7.- Jesús, Resurrección y Vida. Jn. 11, 17-27.
 8.- Jesús, modelo y ejemplo de servicio. Jn. 13, 1-7.
 9.- Unidos a Jesús para dar fruto. Jn. 15, 1-17.
 10.- Jesús, intercede por nosotros. Jn. 17, 20-23.
 11.- Jesús, muere en la cruz por nosotros. Jn. 19, 25-37.
 12.- Testigos de Jesús resucitado. Jn. 20, 10-18.

- 13.- Les anunciamos lo que hemos visto y oído. I Jn. 1, 1-4.
 14.- El amor de Dios se ha hecho hombre. I Jn. 4, 7-21.

*** MISERICORDIA**

- 1.- Los creyentes vivían unidos y lo tenían todo en común. Hch. 2,42-47; 4,32-35; 5,12-16.
 2.- Amor paterno de Dios. Oseas 11, 1-11
 3.- Reconocer el amor misericordioso. I Jn. 1, 5 - 2, 2.
 4. El Padre se alegra al encontrar lo que se había perdido. Lc. 15,1-7
 5.- Entrañable misericordia de nuestro Dios. Lc. 7, 11-17
 6.- Dios quiere que vivamos como hermanos. Gn. 4,1-26
 7.- Unidos y organizados. Ex. 18,13-27
 8.- Dios, como Padre, crea a su pueblo. Dt. 7, 7-16.

*** PARABOLAS**

- 1.- Parábola del sembrador. Mt. 13, 3-28
 2.- Parábola de la cizaña. Mt. 13,24-30.36-43
 3. Parábola del grano de mostaza. Mt. 13,31-32
 4.- Parábola de la levadura. Mt. 13, 33ss.
 5. Parábola del tesoro y la perla. Mt. 13,44-46
 6.- Parábola de la red. Mt. 13,47-50
 7. Parábola del siervo sin entrañas. Mt. 18,23-35
 8. Parábola de los trabajadores de la viña. Mt. 20,1-16
 9.- Parábola de los dos hijos. Mt. 21,28-32
 10. Parábola de los viñadores homicidas. Mt. 21,33-43
 11. Parábola del banquete nupcial. Mt. 22,1-14
 12. Parábola de la higuera. Mt. 24,32-44
 13. Parábola del mayordomo. Mt. 24,45-51
 14. Parábola de las diez vírgenes. Mt. 25,1-13
 15. Parábola de los talentos. Mt. 25,14-30
 16. Parábola del juicio final. Mt. 25,31-46
 17. Parábola de lo nuevo y lo viejo. Lc. 5,36-39
 18. Parábola del corazón bueno. Lc. 6, 39-45.

19. Parábola de la lámpara. Lc. 8,16-18
20. Parábola del buen samaritano. Lc. 10,29-37
21. Parábola del amigo inoportuno. Lc. 11,5-13
22. Parábola del rico insensato. Lc. 12, 13-21
23. Parábola de la higuera estéril. Lc. 13,6-9
24. Parábola de la elección de asientos. Lc. 14,8-11
25. Parábola de la oveja y de la moneda perdidas. Lc. 15,1-10
26. Parábola del hijo pródigo. Lc. 15,11-32
27. Parábola del administrador infiel. Lc. 16,1-13
28. Parábola del rico y Lázaro. Lc. 16, 19-31
29. Parábola del juez inicuo y la viuda inoportuna. Lc. 18,1-8
30. Parábola del fariseo y publicano. Lc. 18,9-14
31. Parábola de la semilla que crece por sí sola. Mc. 4,26-29
32. Parábola de la medida. Mc. 4,24-25

* PERSONAJES

- 1.- Adán y Eva. Gn. 1,24-31.
- 2.- Caín y Abel. Gn. 4,1-16.
- 3.- Abraham y Sara. Gn. 12,1-9 y 15,1-6.
- 4.- Sara y Abraham. Gn. 18,1-15 y 21,1-7.
- 5.- Las Parteras de Egipto. Ex. 1,15-22.
- 6.- Moisés, el liberador del Pueblo. Ex. 3,1-12.
- 7.- Miriam, profetiza y cantora. Ex. 15,19-21.
- 8.- Josué, el sucesor de Moisés. Josué 1, 1-9.
- 9.- El Profeta Samuel. I Sam. 12,1-5 y 12,20-25.
- 10.- El Rey David. II Sam. 11,1-17.
- 11.- El Profeta Elías. I Re. 19,1-14.
- 12.- El Profeta Jeremías. Jer. 20, 7-18.
- 13.- Los discípulos(as) del profeta Isaías. Is. 41,8-14.
- 14.- Rut, pobre, viuda y extranjera. Rut 1, 1-18.
- 15.- Jonás, el Profeta fugitivo. Jonás 4, 1-11.
- 16.- Isabel, la Madre de Juan Bautista. Lc. 1, 39-45.
- 17.- Juan el Bautista, precursor. Lc. 3, 1-18.
- 18.- María, la Madre de Jesús. Lc. 1, 26-38.
- 19.- Jesús, el Hijo de María. Jn. 14, 1-13.

- 20.- Jesús, el Hijo de Dios. Mc. 15, 29-30.
- 21.- Pedro, el primero de los Apóstoles. Mt. 14, 24-34.
- 22.- Judas, el traidor. Mt. 27, 1-10.
- 23.- Pablo, el misionero ambulante. Flp. 3, 1b-16.
- 24.- Juan, el apóstol del amor. Jn. 15, 12-27 y 1ª Jn. 4, 19-21.
- 25.- La Hija de Sión. Ap. 21, 1-7.

* VARIAS

1. También yo soy tu pueblo, Señor. Ex. 19, 1-24.
2. Los Diez Mandamientos. Ex. 20, 1-21.
3. El pueblo que recibe la Ley de Dios. Ex. 23, 1-9.10-19.
4. La Promesa del Señor: Tiempo Nuevo. Ex. 23, 20-33.
5. Renovar la Alianza con Dios. Ex. 24, 1-18.
6. Un retrato del Pueblo. Ruth 1, 1-5.
7. Volver a la tierra en busca de pan. Ruth 1, 6-22.
8. Recoger las sobras de la cosecha un derecho de los pobres. Ruth 2, 1-23.
9. Una noche fecunda en la carpa de Booz. Ruth 3, 1-18.
10. Garantizar la posesión de la tierra al pueblo. Ruth 4, 1-12.
11. Un niño nació y el mundo volvió a comenzar. Ruth 4, 13-22.
12. El encuentro con la más bella. Cant. 1, 5 - 2,7.
13. La pesadilla. Cant. 2, 8 - 3, 5.
14. El Amor es una conquista. Cant. 3, 6 - 5, 1.
15. Enfermo de amor.
16. Ella es la única.
17. Al fin solos. Cant. 8, 5-13.
18. Mujer, fecundidad que libera. Gn. 16, 1-16.
19. Jesús, el Hijo de Dios, es la puerta que nos conduce a la casa del Padre.
20. Hay más felicidad en dar que en recibir. Hch. 20, 17-38.
21. ¡Apacienten el rebaño que les he confiado! I Pedro 5,1-11.

Lineamenta Sínodo de Obispos

EL OBISPO SERVIDOR DEL EVANGELIO DE JESUCRISTO PARA LA ESPERANZA DEL MUNDO

APORTACIÓN DE LA DIÓCESIS DE SAN JUAN DE LOS LAGOS

CAPITULO 1 CONTEXTO ACTUAL DE LA MISION DEL OBISPO

Sumario

- Una nueva valoración de la figura del obispo
- Nuevas instancias y dificultades para el ministerio episcopal
- Emergencias en la comunidad cristiana
- *Disminución del fervor y subjetivación de la fe*
- *La vida matrimonial y familiar*
- *Las vocaciones el ministerio presbiterio y a la vida consagrada*
- *El desafío de las sectas y de los nuevos movimientos religiosos*
- El contexto de la sociedad de los hombres
- *El diferente escenario mundial*
- *Algunas direcciones de las esperanzas humanas*
- Los Obispos, testigos y servidores de la esperanza

1.- ¿Qué importancia le concede el obispo a su compromiso de anunciar el Evangelio? ¿Considera tal compromiso como prioritario? ¿Le apartan los demás compromisos de éste? ¿Qué aspectos de la vida diocesana crean dificultades a la misión evangelizadora del obispo? ¿Cuáles por el contrario contribuyen a ella?

Se ha concedido más importancia al anuncio del evangelio: -ejem. Mayor uso de los M.C.S.- Mensajes colectivos, homilías. Se tiene conciencia del Obispo como maestro auténtico que proclama con autoridad la Palabra de Dios y es administrador de la vida cristiana.

Favorecen a su ministerio: Organización en zonas pastorales; contenido de las asambleas de la Conferencia Episcopal; comunicación con los agentes y fieles de su diócesis; abundancia de vocaciones y

clero, la religiosidad popular, así mismo el contar con un plan diocesano de Pastoral.

Dificultades: Asuntos de oficina, celebraciones de solemnidad, saturación de compromisos, falta más espacio de contacto directo con el pueblo; el funcionamiento inadecuado de algunos organismos diocesanos; activismo sobre la planificación; influencia y presencia de sectas y grupos pseudoreligiosos en la Diócesis.

2.- ¿Qué imagen predominante de la misión del obispo tiene la gente? ¿La imagen que tiene la gente de la misión del obispo, coincide con la imagen que el mismo obispo tiene de ella?

PARA LA GENTE:

Es quien gobierna la Diócesis; distribuye a los sacerdotes; participa y solemniza las fiestas patronales; está más cerca de Dios. Nuestra gente piensa que los obispos son para gobernar la diócesis, para predicar, ordenar sacerdotes. En la gente sencilla hay una actitud de grande reverencia.

En sentido negativo: Es un departamento de quejas. Alguien con quien es muy difícil hablar. Imagen lejana de un ser demasiado alto.

PARA EL OBISPO:

Es el que tiene la principal responsabilidad en la diócesis. Es el pastor supremo, cabeza diocesana, un padre que se acerca a sus hijos; alguien que ha recibido la plenitud del sacerdocio.

3.- ¿Cómo reacciona la gente a las enseñanzas del obispo acerca de cuestiones de fe o de moral? ¿Se hacen distinciones entre las enseñanzas del obispo y las del Papa?

La gente sencilla acepta las enseñanzas con mucho respeto y aprecio. La gente reacciona bien al

magisterio cuando el obispo trata algún tema; se aceptan de buena voluntad las indicaciones del obispo en cuanto a fe o moral.

No faltan pequeños grupos que toman con indiferencia y desinterés estas indicaciones llegando hasta el rechazo (por ejemplo, en relación a métodos anti-conceptivos).

Los M.C.S. tratan morbosamente y ridiculizan las opiniones de los obispos.

Los fieles no distinguen entre disposiciones del Obispo o del Papa.

4.- ¿Cuáles son las relaciones entre el obispo y los teólogos: de estima recíproca? ¿De contestación? ¿En qué área?

Poco se sabe de esta relación. Los obispos se valen de los avances de los teólogos. Se valora la misión del teólogo.

Unos parecen los pensadores y otros los ejecutores; a veces los obispos rechazan totalmente a algunos teólogos.

Urge que el obispo tenga un equipo que le informe sobre los avances de las distintas teologías.

5.- ¿Cuáles son los desafíos socio-culturales que se presentan ante el ministerio del obispo, especialmente a propósito del anuncio del Evangelio? ¿Cómo responde el obispo a estos desafíos? ¿Qué circunstancias favorecen este anuncio? ¿Y cuáles lo obstaculizan?

Crear una pastoral de testimonio, de total entrega, de atención a los marginados.

Una formación religiosa profunda. Atacar el secularismo ateo. Que la evangelización se revitalice con entusiasmo a la base.

Que el obispo sea maestro de virtudes.

Una comunicación profunda con todos los organismos.

Que los obispos retomen su autoridad moral para responder a la situación actual.

Desafíos socio culturales: emigración, sobre todo, a U.S.A.; las empresas que absorben el tiempo del cristiano; la educación estudiantil, ante todo los nive-

les superiores, tan faltos de valores cristianos, la pobreza creciente, el sectarismo, la ignorancia religiosa, el mal uso de los M.C.S., el ateísmo práctico en muchos bautizados, permisivismo moral, carencia de vocaciones a la vida consagrada y sacerdotal, pérdida del sentido de lo trascendente, etc.

Otros desafíos son:

- Que la Iglesia por su ministerio de obispo, tenga siempre un mensaje de optimismo fundado en la esperanza cristiana. Buscar que se reafirmen y respeten los derechos humanos fundamentales y la dignidad y valor de la persona humana. Hablar siempre ante los gobiernos para buscar el equilibrio justo en la economía de los pueblos.

- Descubrir e impulsar los signos de vida, de espiritualidad y otros grandes valores que se dan en nuestros días.

- El Obispo responde a estos desafíos: Como Buen Pastor, buscando la oveja más pobre y desvalida; optando preferencialmente por los pobres, pero sin exclusivismos. Siendo signo, sembrador y servidor de esperanza por medio de su servicio evangelizador, revitalizando la catequesis, tutelando los valores del pueblo, teniendo un espíritu caritativo y abierto a todos.

- Le favorece la Pastoral Organizada. Presentar la única riqueza de Cristo.



CAPITULO II: RASGOS DE IDENTIFICACION DEL MINISTERIO DEL OBISPO

Sumario:

- El ministerio del Obispo en relación a la Trinidad Santa
- El ministerio episcopal en relación a Cristo y a los Apóstoles
- El ministerio episcopal en relación a Cristo y los Apóstoles
- El ministerio episcopal en relación a la Iglesia
- El obispo en relación a la Iglesia
- El obispo en relación con su presbiterio
- El obispo en relación a los consagrados

- El obispo en relación a los fieles laicos
- El obispo en relación al Colegio Episcopal y a su Cabeza
- Siervos de la comunión para la esperanza

6. ¿Cómo vive el Obispo su relación con el presbiterio y con cada sacerdote, especialmente en la proclamación de la fe? ¿Cuáles deberían de ser sus preocupaciones principales en este campo?

6a. Primeramente su relación nace del vínculo del único sacerdocio de Cristo y a la misión apostólica que le confiere este sacerdocio. El Concilio Vaticano II define al Obispo como «el Padre de los presbíteros», que los llama mediante la unidad a la fraternidad, amistad, mutua colaboración y consejo. El presbítero le debe al Obispo la cooperación subordinada por el vínculo sacramental y jerárquico que los une.

El Presbítero es un colaborador del Obispo y éste lo hará presente en la Comunidad Parroquial que se lo solicite.

6b. Primeramente es responsable de la santificación de su presbiterio y de su formación permanente.

- Buscar constantemente una comunión afectiva y efectiva.
- Ser para su presbiterio antes que nada ejemplo de oración, de celo apostólico, de llevar a la práctica la Pastoral de Conjunto programada y de colaborador con todos los fieles sin distinción.
- Iluminado por el Espíritu Santo y conociendo la capacidad de cada uno de sus presbíteros, actúe de modo de que cada uno de sus presbíteros esté en el lugar y función de ser más útil para la salvación de los fieles y para dar una respuesta a las urgencias pastorales de cada comunidad.
- Fomentar entre su presbiterio, la Fraternidad, ya que sacramentalmente los une; y la colaboración presbiteral indispensable para una eficaz acción pastoral de conjunto, para hacer sentir a los sacerdotes aislados, que no están solos, sino que son miembros de un presbiterio diocesano, decanal o parroquial. La distancia no debe ser motivo para aislarse.
- Discernir la vocación de los candidatos al diaconado y presbiterio, ya que es el primer responsable de su formación espiritual, teológica y pastoral y podríamos agregar, humana.
- Delegar y confiar sus tareas ministeriales, haciendo que su presencia esté orgánicamente insertada en la vida de la Iglesia Particular.

- Conocer por su persona el impulso que se le ha dado a la nueva evangelización, que pide el Papa Juan Pablo II para enfrentar los retos del Tercer Milenio en donde está siendo representado.

El Obispo «Padre» de los presbíteros. La gracia sacramental llega al presbiterio a través del ministerio del Obispo. En virtud de este vínculo sacramental y jerárquico, los sacerdotes, necesarios colaboradores y consejeros, ayuda e instrumento, asumen según su grado, los oficios y la solicitud del obispo y lo hacen presente en cada comunidad.

La relación sacramental-jerárquica se traduce en búsqueda constante de la comunión afectiva y efectiva del obispo con su presbiterio. El obispo es ejemplo de oración, celo apostólico, dedicación a la Pastoral diocesana, en colaboración con todos sus fieles

El obispo promueve la relación fraternal con todos y c/u, el espíritu de colaboración en una eficaz acción pastoral.

Los diáconos, parte importante en la Iglesia, ordenados para el ministerio, están unidos estrechamente en el sacramento al obispo y a su presbiterio. El Obispo es el primer responsable del discernimiento de su vocación y formación

7.- ¿Cómo vive el Obispo su relación con los institutos de vida consagrada, particularmente en la proclamación de la fe: catequesis, doctrina del magisterio, etc.?

La vida consagrada es expresión privilegiada y Don del Espíritu Santo en la Iglesia Universal y Particular, haciendo presente los rasgos característicos de Jesús, virgen, pobre y obediente, para la vida y santidad de la misma Iglesia.

Con la vida consagrada la Iglesia Universal y Particular se amplía y se enriquece, querida por Cristo.

Cuando el Obispo promueve y protege la vida religiosa, según sus propios carismas, está cumpliendo su misión pastoral.

La vida consagrada que vive su vocación en el seno de determinada Iglesia Particular, también lo hace para la Iglesia Universal; ya que éstas están formadas a imagen de la Iglesia Universal.

Las personas consagradas son para su Iglesia Particular y por consecuencia Universal, anuncio vivido del Evangelio, testigos elocuentes en la vida cristiana humana.

Es motivo de esperanza para los Institutos de vida consagrada cuando el Obispo respeta y tutela sus carismas propios.

La vida consagrada está situada «en el corazón mismo de la Iglesia como elemento decisivo para su misión» (vita consecrata), se hacen presentes en el mundo y viviendo los consejos evangélicos.

Al promover la vida religiosa y protegerla según sus propias características, el obispo cumple su propia misión pastoral. Las personas consagradas, allí donde se encuentren, viven su vocación para la Iglesia Universal en el seno de una determinada Iglesia Particular.

Es motivo de esperanza para los institutos que el obispo se dedique a la tutela de la fidelidad a su carisma, especialmente para los que se encuentran en dificultad.

8.- ¿Sostiene el Obispo a los laicos en su anuncio del Evangelio en el ámbito temporal? ¿Cómo entiende el Obispo la contribución prestada a la Evangelización por los laicos, por las asociaciones de fieles, por los movimientos laicales?

Sí, se apoya a los laicos en su anuncio del Evangelio, ya que reconoce y valora las actividades realizadas en materia de evangelización que se realiza en las parroquias, guiadas por los párrocos. Además, entiende la contribución prestada a la evangelización por los laicos en comunión eclesial.

La presencia pastoral del Obispo con su presbiterio nos sostiene para que seamos cristianos de esperanza fuerte, y nos ayuda a vivir en la certeza que el Señor está siempre junto a sus hijos. Por ese motivo es importante que encontremos en el Obispo y en su presbiterio un fuerte apoyo para la unidad de nuestra vida y para la firmeza de nuestra fe.

Los laicos están comprometidos, desde el momento de su bautismo, a dar testimonio fiel en todos los campos de su fe en Jesucristo.

Después del Concilio se han desarrollado nuevas formas de participación en la vida eclesial. Ciertamente ante la exigencia de la «Nueva Evangelización» es indispensable esta colaboración.

Todos los grupos, asociaciones y movimientos, participan responsablemente en la misión de la Iglesia, coordinados, para llevar la luz del Evangelio. Al obispo corresponde lograr la buena inserción en la comunidad diocesana.

Ante el desaliento y las dificultades, la presencia pastoral del obispo, con su presbiterio, debe sostener-

los para que sean cristianos de esperanza fuerte, y ayudarlos a vivir en la certeza de que el Señor está siempre con sus hijos. El obispo debe reservar un interés especial hacia los católicos que se equivocan o que «están» lejos, buscándolos también con la ayuda de otros fieles laicos y esforzándose por ayudarlos a participar activamente en la Iglesia.

El Obispo, consciente de la necesidad de una formación integral de los fieles laicos, debe estar atento a sostener, particularmente en el plano espiritual, a cuantos colaboran más de cerca en la misión eclesial.

9.- ¿Cómo expresa el Obispo su comunión con el Romano Pontífice? ¿Se siente sostenido el Obispo por la Santa Sede? Cómo se adhiere el Obispo al ministerio del Sucesor de Pedro, apoyándolo en el sostenimiento de la fe, de la disciplina de la Iglesia y de la nueva evangelización?

Expresan su comunión con el Romano Pontífice: colaborando en el Sínodo de los Obispos, en la visita Ad límina.

Está sostenido por la Santa Sede: al relacionarse con los demás obispos (colegio episcopal), está en comunión eclesial con su Iglesia Particular y la Iglesia Universal.

El Obispo se adhiere al ministerio del Papa: encargándose del cuidado de la porción del pueblo de Dios que se le confía, la hace crecer en comunión en el Espíritu, por medio del Evangelio y la Eucaristía. Siendo, también, principio y fundamento de unidad en la fe, los sacramentos y el régimen eclesial, representando y gobernando a su Iglesia Particular, con la potestad recibida.

El obispo es principio, fundamento y vínculo de unidad en la Iglesia Particular que le ha sido confiada y con la Iglesia Universal, custodiando siempre la comunión jerárquica con la cabeza del Colegio Episcopal y con los miembros de éste.

El obispo nunca está solo. Está relacionado simultáneamente con la Iglesia particular y con la Iglesia Universal.

En el Colegio Episcopal cada obispo se encuentra y está, en el ejercicio de su misión episcopal, en comunión viva y dinámica con el Obispo de Roma, sucesor de Pedro y Cabeza del Colegio, y con todos los otros hermanos obispos dispersos por el mundo.

El obispo, unido a los otros hermanos obispos, encuentra junto con toda la Iglesia, en la Cátedra de

Pedro, el principio y fundamento visible de la unidad en la fe y en la comunión.

Del testimonio común de los propios obispos dependen la credibilidad en la predicación, la eficacia del ministerio pastoral y la comunión a la que el obispo está llamado a servir entre los propios fieles.

10.- ¿Cómo vive el Obispo su relación con los otros Obispos en la Iglesia Universal? ¿Y en la Conferencia Episcopal? ¿Con los Obispos vecinos? ¿Se siente sostenido el Obispo por los hermanos en el Episcopado?

El Obispo es enlace con la Iglesia Particular y la Iglesia Universal.

Se relaciona también mediante concilios provinciales y plenarios y Conferencias Episcopales.

En la obra de la Evangelización, respondiendo eficazmente a las dificultades pastorales comunes (Evangelización en las diferentes regiones pastorales).

Mediante expresiones de fraternidad sacramental desde la estima mutua hasta las múltiples atenciones de caridad.

Mediante el intercambio de sacerdotes, unificación de seminarios y otros servicios de apostolado.

En el Colegio Episcopal, cada Obispo, sostenido por el Papa y sus hermanos en el episcopado, encuentra la ayuda necesaria para cumplir con su misión. Este ministerio de comunión está sostenido por la esperanza que debe alimentar cotidianamente el compromiso de cada obispo para construir la Iglesia.

Las relaciones de intercambio entre los obispos van más allá de los encuentros institucionalizados; se encuentran múltiples expresiones de fraternidad sacramental y atenciones de caridad, ayuda recíproca con el intercambio de sacerdotes, unificación de los seminarios y otros servicios de apostolado, cuando sea útil. Particular atención debe ser reservada por parte de los obispos a sus hermanos obispos más necesitados; los que sufren aislamiento, incompreensión, soledad, enfermos o ancianos; ellos, además de seguir formando parte del Colegio Episcopal, siguen dando mucho a la Iglesia, en oración, experiencia y consejo.

La figura del obispo aparece en la riqueza de ser hombre de comunión, en torno al cual se edifica la unidad de los fieles; por tanto, el obispo es servidor, constructor, promotor, defensor y custodio de la Iglesia comunión que, precisamente en esto, es germen, principio y fermento de comunión en la humanidad.

CAPITULO III EL MINISTERIO PASTORAL DEL OBISPO EN LA DIOCESIS

Sumario

- *El obispo enviado para enseñar*
- *El obispo enviado para santificar*
- *El obispo enviado para regir y guiar al pueblo de Dios.*

11.- Con qué atención, espíritu de fe y de amor anuncia el Obispo la palabra de Dios en el contexto socio-cultural contemporáneo?

El obispo es servidor de la verdad. Por ello, lejos de manipular y anunciarla a su capricho, la proclama con rigurosa fidelidad y la propone a todos, a tiempo y a destiempo, sin prepotencia, sino con humildad, valentía y perseverancia, siempre esperando la Palabra del Señor.

A través del Plan Diocesano de Pastoral hecho por todos, pero teniendo como cabeza al Obispo. El cual pretende encarnar el Evangelio en cada situación. El Obispo denuncia el mal a la luz de la Palabra de Dios.

El Obispo se cuestiona, anuncia y atiende la realidad de su Diócesis, regionalizando, y el mismo hecho de aumentar las Vicarías, Parroquias y Decanatos, son esfuerzos claros de encarnar la Palabra.

Como Pastor y siervo de la comunidad de la comunidad Diocesana.

Ejercita en persona y nombre de Cristo.

La mayoría de los Obispos aman a su pueblo, hay una buena atención, un espíritu de fe y un amor del Obispo al anunciar la Palabra de Dios.

El Obispo debe tomar en cuenta las costumbres y tradiciones del pueblo. La predicación del Evangelio sobresale entre los principales deberes del Obispo. Los laicos, especialmente los que se dedican a la educación, reciben la garantía de su fe a través de los Obispos.

Con el espíritu de Buen Pastor que ama y por eso alimenta con la Palabra y enseña basándose en la Palabra de Dios, ella debe dirigir el ritmo de su anuncio. El Obispo debe ser un maestro de la fe bien inculturada.

Con espíritu de humildad, perseverancia y valentía, teniendo a Cristo como centro. Respeto y apoyo a la piedad popular. En el contexto socio-cultural la colegialidad. Unido a la caridad. El Obispo debe ser servidor de la verdad, por ello lejos de manipularla y

anunciarla a su capricho, la proclama con rigurosa fidelidad y la propone a todos.

12.- ¿En qué modo el Obispo recurre y utiliza los medios de comunicación social para que ellos sean verdaderos instrumentos de la difusión de la Palabra de Dios?

Se está iniciando el acercamiento y uso de los M.C.S. Urge que los Obispos cuenten con un equipo capacitado para trabajar en los M.C.S. Que el Obispo transmita en los medios impresos, su Homilía. Esclarecer el sentido pastoral de los M.C.S.

Por otra parte, hace falta usar más los M.C.S. para dar el Obispo su mensaje. Tomar en cuenta el contexto socio-cultural en el que los M.C.S. tienen mucha influencia y donde no existen, como en las prelaturas, usar sus propios medios. Buscar espacios en donde la radio y la T.V. son accesibles. Que recurra a todos los medios apoyándose en un equipo bien formado y capacitado. Que ilumine los acontecimientos coyunturales con la Palabra de Dios.

13.- ¿Cómo es considerada la función sacramental del Obispo un anuncio del Evangelio de la esperanza? ¿Con qué prioridades?

Su persona y su ministerio son muy estimados y muy alentadores para nuestro pueblo. El Obispo es cabeza en la administración de Sacramentos, su cercanía en las visitas a las comunidades, sobre todo a los más pobres, hace presente a Cristo.

La función de santificar es inherente al ministerio del Obispo. Precisamente en relación con los Sacramentos, los cuales se ordenan algunos a la perfección del individuo y otros a la perfección de la colectividad. El Obispo es el principal administrador de los misterios de Dios en su Iglesia Particular, principalmente de la Eucaristía. Santificar al pueblo. Dispensador de las Sagradas Ordenes. Confirmaciones. Asegurar la caridad pastoral.

Que resplandezca la verdad frente a los errores y falsedades que circulan en su tiempo. Favorecer la unidad. El compromiso de educar en la fe con una verdadera catequesis.

14.- ¿Cómo la función de gobierno del Obispo se considera un anuncio del Evangelio de la esperanza? Dificultades concretas.

Ejerciendo su magisterio y educando en la fe a las personas y a las comunidades a él confiadas, prepara a los fieles laicos que renovados interiormente, transformarán a su vez el mundo a través de las soluciones que corresponden a ellos ofrecer conforme a sus respectivas competencias.

El Obispo ocupa el primer puesto como servidor, como el Buen Pastor. Acomodándose a la mentalidad, objetivo del Verbo encarnado que quiere la salvación de todos sin excepción, que por eso quiere que su Iglesia viva unida a El, por el Amor. Porque es un servicio basado en la caridad. Una de las dificultades es la multiplicidad de las actividades.

Regir la Iglesia Particular encomendada, implica determinaciones, reglas, restricciones, caminar por la vía estrecha. Señalamientos de gobierno motivados por la esperanza.

Exige estilos y formas de vida realizados como imitación de Cristo: convivir con su pueblo.

Realiza desde el servicio considerando la caridad pastoral a imitación de Cristo. Tiene como objetivo el bien de las personas y de las comunidades. Comunión eclesial, sacerdotes, religiosos y fieles. Mediante la caridad y el servicio y las dificultades concretas; de algunos rebeldía tanto del pueblo como del Clero.

DIFICULTADES CONCRETAS:

La crisis económica. Materialismo práctico.

Poca conciencia de la «dimensión social de la fe». Tendencia a formar una Iglesia centralista.

Los M.C.S. se fijan mucho en los «defectos y fallas de la Iglesia»

Rebeldía y falta de colaboración de parte de algunos agentes: Presbíteros y Laicos.

CAPITULO IV

EL OBISPO, MINISTRO DEL EVANGELIO PARA TODOS LOS HOMBRES

Sumario

- *El deber misionero del obispo*
- *El diálogo interreligioso*
- *Responsabilidades hacia el mundo*

15.- ¿Se siente responsable el obispo de la Missio ad Gentes en todo el mundo? ¿Cómo implica en esta tarea a su diócesis?

Creemos que sí se han sentido responsables los obispos:

Se apoya económicamente y con sacerdotes a algunas diócesis necesitadas; se promueven grupos de misiones diocesano y parroquiales. Ha hecho falta una apertura más universal; un plan mejor, que motive y favorezca la inquietud misionera de los

sacerdotes; comunicación e intercambio con las comunidades misioneras religiosas; se ha privilegiado el apoyo en lo económico pero con deficiencias en lo evangélico.

Es necesario encauzar, orientar y aprovechar con este fin la religiosidad popular.

16.- ¿Cómo se compromete el Obispo concretamente en el diálogo ecuménico, interreligioso y con la sociedad civil, en orden al anuncio del Evangelio?

En nuestra región no existe el diálogo ecuménico, ya que lo único que existe son algunas sectas y con ellas no se puede dialogar. Con la sociedad civil, ha habido acercamientos aislados, pero falta llevar un proceso de más cercanía con algunos sectores buscando el bien común, por ejemplo en el campo político, magisterial, con médicos, empresarios. Ha habido acercamientos funcionales pero no procesos.

17.- ¿Siente el Obispo la promoción del hombre en su dignidad y en sus derechos como un anuncio de la esperanza evangélica? ¿Cómo?

En el ministerio episcopal han tenido muy en cuenta la D.S.I. (Orientaciones sobre el aborto, defensa de los derechos humanos, de los indígenas, contra la guerra, etc.). Ha habido preocupación por la asistencia social de los sacerdotes. Ha habido esta preocupación en el campo de la promoción humana; ante algunas desgracias ha habido motivación a la solidaridad por parte de los obispos.

Se percibe a nivel general notoria pasividad ante abusos y violaciones de los derechos humanos. Falta compromiso ante situaciones concretas.

El Obispo, representante de Cristo Buen Samaritano, se preocupa de evangelizar a todo hombre, defender y promover la dignidad de los más débiles, los pobres, el tesoro de la Iglesia.

Mediante el compromiso personal con su solicitud pastoral debe promover nuevas formas de apostolado donde se hace presente la indigencia bajo aspectos nuevos.

18.- ¿Pone el Obispo el anuncio de la persona de Cristo al centro de todo el ministerio?

Sí, de hecho en nuestra diócesis en su objetivo general aparece Jesucristo como nuestra única opción y en esto han sido cuidadosos de velar por el Cristocentrismo del anuncio evangélico, tanto en sus homilías, como en orientaciones.

El tener a Cristo como centro de la Evangelización da la impresión que es más teórico que práctico.

Sí, se nota en la aportación de Documentos que ha hecho la Iglesia Latinoamericana a toda la Iglesia.

Despertar y gran empeño en los «Procesos pastorales».

Se está atento a las orientaciones y acontecimientos de toda la Iglesia (Gran Jubileo, etc.)

Todo lo que hace el Obispo siempre está buscando hacerlo en imitación a Cristo, aunque no descarta sus debilidades y errores.

CAPITULO V

EL CAMINO ESPIRITUAL DEL OBISPO

Sumario:

- *Exigencia de santidad en la vida del obispo*
- *Dimensiones de la espiritualidad del obispo*
- *Ministro del Evangelio de la esperanza*
- *La esperanza en el camino espiritual del obispo*
- *Alegres en la esperanza, como la Virgen María.*

19. - ¿Cuál es el centro unificador de la espiritualidad del Obispo, cómo es su forma concreta de estar en relación con Dios y con la realidad que lo rodea?

El Obispo ha de ser fiel a su ministerio, siendo ejemplo y fuente de santidad, mediante la docilidad al Espíritu Santo. -Viviendo y llevando a cabo su misión magisterial en comunión con el colegio episcopal. -Configurado con Cristo el Buen Pastor. -Siguiendo los pasos de los auténticos discípulos de Cristo. -Su espiritualidad tendrá su origen, centro y culmen en la vivencia y práctica de los sacramentos. -El Obispo ama a su Iglesia una en todos y toda en uno. -En la vivencia de las virtudes teologales, en su triple misión de: Evangelizar, celebrar y guiar al Pueblo de Dios a él encomendado. -Siendo padre a imagen del Padre, Pastor a imagen de Dios Hijo y ministro carismático movido por el Espíritu Santo. Testigo de la Resurrección, vivir en comunión con su Iglesia particular: Presbiterio y comunidad.

De Maestro auténtico de la fe, que anuncia, enseña y defiende la verdad sin concesiones ni compromisos. De santificador y administrador fiel de los Dones divinos. Es imagen viva de Jesús.

En Cristo, la oración, su unión con toda la Iglesia, la caridad pastoral como Cristo el Buen pastor. La Sagrada Escritura, los Sacramentos y en especial la Eucaristía.

Viviendo la esperanza y servicio, y decir como San Pablo: «Todo lo puedo en aquel que me conforta». Debe ser animado por aquella misma esperanza de la que ha sido constituido servidor en la Iglesia y en el mundo. Celebración y vivencia de los Sacramentos.

20.- ¿Qué iniciativas concretas favorecen la unión espiritual del Obispo, sobre todo con los presbíteros y diáconos, con los consagrados y con los laicos, especialmente si están en asociaciones y fundaciones eclesiales?

Portador de un sano optimismo vivido y comunicado. -Obediencia, pobreza, prudencia pastoral, fortaleza y esperanza. -Orando por su Iglesia a él encomendada. -Imitando a Jesús en la elección de sus apóstoles. -Presentándose como un centro visible de unidad, hermanado con los demás Obispos. -Manifestándose como verdadero Pastor en los momentos especiales de la manifestación de la gracia de Dios, como son: La Misa Crismal, las Ordenaciones sacerdotales y Confirmaciones. -Reconciliado y reconciliando. -Vida y alegría en el centro y culmen de nuestra vida cristiana: La Eucaristía.

El Obispo debe vivir su específica espiritualidad, orientada a que se vivan la fe, esperanza y caridad.

Visitas Pastorales; presencia en Fiestas Patronales, en los retiros de Sacerdotes, Misa Crismal, Ordenaciones y Confirmaciones.

Seguir el ejemplo de Cristo el Buen Pastor, inspirando confianza y viviendo en comunión, especialmente con los agentes de pastoral. El Obispo debe buscar y vivir a la escucha con el Presbiterio, con los Diáconos, con los Seminaristas y Consagrados y donde sea posible con los laicos. Comunión y participación en sus diversas expresiones. Estar en diálogo permanente y en constante comunicación más humana y menos burocrática.

21.- ¿Que sugerencias se pueden dar para ayudar al Obispo a crecer en su camino espiritual? ¿Al inicio de su mandato? ¿Con el pasar de los años?

El secreto de su misión estará en la inviolabilidad de la esperanza. -Viviendo su ministerio. Santo, fuerte y dócil al Espíritu. -Tomando como alimento la Sagrada Escritura en comunión con su presbiterio. -Autenticidad en el seguimiento de Cristo y Amistad verdadera. -Confianza como verdadero discípulo, en la Madre del Verbo, María Santísima. Imitándola en la alegría y en la esperanza de ser testimonio viviente del poder divino.

Alimentarse en la Palabra de la Verdad. Recurrir constantemente a la lectura asidua y estudio atento a la Palabra Divina. Orar por el pueblo que le ha sido confiado. Someter al Padre todas sus iniciativas pastorales. Atención especial a los Consagrados y Consagradas.

Fomentar las virtudes: Obediencia, Continencia, Fortaleza, Esperanza. Predicar el Evangelio con franqueza; poner su confianza en la Divina Providencia; confiarse a la Sma. Virgen; renovarse constantemente en su vocación como Pastor.

No deje de recordar el día que recibió su Sacerdocio. Al comenzar su episcopado lo haga con alegría, fuerza y esperanza; al paso de los años y al final, que disfrute la satisfacción de haber servido bien.

Como bautizado, como obispo y sacerdote, tiene la necesidad de vivir en constante oración; que participe en momentos fuertes de Espiritualidad, como en Ejercicios, Retiros, etc.

Que se dé cuenta que es humano y se relacione bien con Dios y con la comunidad.

22.- ¿Qué santos Obispos se pueden tomar como modelo de parte del Obispo para alimentar una espiritualidad propia?

San Carlos Borromeo: Pastor celoso y responsable, manifestado en la entrega a su gente. Beato Rafael Guízar y Valencia.

San Francisco de Sales. Vasco de Quiroga. Monseñor Romero. Juan XXIII. Pablo VI. San Ambrosio. San Ignacio de Antioquía, San Agustín. San Pío X. Tata Vasco. Francisco Orozco y Jiménez

23.- ¿Qué otros puntos importantes, en relación al tema establecido merecen ser propuestos para la reflexión del Sínodo?

Que todo empeño en el Obispo, se enfoque preferencialmente a su presbiterio, pues son sus brazos y su voz.

Atención a los Obispos Eméritos.

El Obispo y los ministerios laicales (promoverlos).

Facultades de las Conferencias Episcopales.

Acuerdos de los Obispos para la distribución equitativa del Presbiterio.

Reestructuración de rituales para sacramentos.

Autoridad y corresponsabilidad del Obispo (Vicarios Episcopales).

El Obispo y su relación con la autoridad civil.

Colegialidad de los Obispos.

Anacleto González Flores

y el conflicto religioso de 1926-1929



Abanderado de la lucha pacífica, artífice incansable de la unión y organización de los católicos, enérgico defensor de la libertad religiosa y activo difusor de la doctrina social de la Iglesia, el abogado jalisciense Anacleto González Flores nació en Tepatlán en 1888 y murió en Guadalajara a los 39 años de edad, torturado y ejecutado en el Cuartel Colorado, sin ninguna formalidad.

En 1908 ingresó al Seminario de San Juan de los Lagos, mismo que abandonó para estudiar Leyes en Guadalajara en 1913. Viviendo en medio de penurias económicas, aliviadas en parte con modestos empleos, no suspendió su ritmo de intenso estudio y apostolado.

En torno suyo fue congregándose lo que más tarde sería el núcleo inicial de la ACJM en Guadalajara, que lo reconoció como su guía. Difusor entusiasta del Partido Católico Nacional desde 1911 y del Demócrata en 1918, pronto se constituyó en uno de los católicos más activos en el campo cívico con la fundación de círculos obreros, cooperativas y círculos de estudio.

Cuando en 1918 el gobierno del Estado de Jalisco pretendió aplicar el artículo 130 constitucional, limitando el número de sacerdotes y reglamentando el uso de los templos, Anacleto González con la ACJM desplegó todo un movimiento de resistencia pacífica que se

extendió por todo el Estado y que incluía el boicot, el luto y los manifiestos, mientras la arquidiócesis de Guadalajara impedía la eficacia de la nueva reglamentación suspendiendo el culto en los templos y trasladándolo a las casas. Después de 8 meses de intensa lucha, el Decreto 1913 y su reglamento debieron ser derogados.

De éste éxito se sirvió para diseñar la estrategia a seguir cuando en 1925 se repitió la historia en Jalisco; esa misma táctica de lucha pacífica, de recursos dirigidos al Congreso y de boicot económico, se implementó a nivel nacional en 1926. Para entonces ya había fundado la Unión Popular, inspirándose en la *Volksverein* alemana, algu-

nos meses antes de que a nivel nacional surgiese la Liga, que también tendría el objetivo de unir y coordinar a los católicos, como se había probado en Jalisco.

Cuando en 1926 iniciaron los alzamientos cristeros en el occidente del país, sobre todo en Jalisco, habiendo sido agotado todo medio pacífico, ante la propuesta insistente de la Liga de secundar su opción por la vía armada, y convencido de que el episcopado no condenaba la lucha, aceptó el cargo de delegado regional de la Liga, y por lo tanto se convirtió en el brazo de apoyo de la insurrección católica en defensa de la libertad religiosa. Oculto desde finales de octu-



bre de 1926, fue capturado y fusilado el 1º de abril de 1927.

Primero lo torturaron para obligarlo a revelar nombres y escondites (de Orozco y Jiménez, sobre todo), pero en vano; fue desnudado, suspendido de los pulgares y azotado, traspasado por la espalda lentamente con la navaja de la bayoneta; uno de esos piquetes llegó hasta el corazón; le destrozaron la boca y le desollaron pies y manos, al punto que pudo escribir con sangre en el cemento "Viva Cristo Rey".

Después de advertirles que con su muerte no moriría la causa, tuvo el coraje de hablarles a los soldados sobre Dios, el Juez justo, sobre la Iglesia, y sobre la inmortalidad del alma; ellos lo escuchaban en silencio. Cuando decidieron la muerte de él y de los otros cuatro jóvenes de la ACJM, Anacleto pidió que fueran fusilados ellos primero para confortarlos; después de un terrible marrazo en el pecho; todavía se pudo semi incorporar y gritar: "Por segunda vez oigan las Américas este grito: «Yo muero pero Dios no muere» ¡Viva Cristo Rey!"; finalmente lo fusiló el General Ferreira mientras ofrecía perdón y su intercesión; de este modo moría Anacleto, "el que vivió por su palabra, murió por su silencio".

El 25 de agosto siguiente Francisco Orozco y Jiménez publicó su 17ª. Carta Pastoral, en la que pregonaba "la gloria y la incomparable aureola con que mi amada Esposa, la Iglesia de Guadalajara, ciñe su frente, con los nombres imperecederos de siete denodados sacerdotes y siete seglares"; entre ellos incluía a Anacleto González Flores¹.

1. LA CRISTIADA

"Colocados en la imposibilidad de ejercer nuestro sagrado ministerio sometido a las prescripciones de ese decreto [ley Calles], tras de haber consultado a nuestro Santo Padre, Pío XI, que ha aprobado nuestra actitud, ordenamos que, a partir del 31 de julio del año en curso, y hasta nueva orden, todo acto de culto público que exija la intervención de un sacerdote que-

de suspendido en todas las iglesias de la República"².

El 31 de julio de 1926, hace 75 años, por decisión del episcopado, todo culto público fue suspendido en los templos del país. Lo hicieron los obispos como una medida de protesta contra las leyes, que coartaban la libertad de la Iglesia; no se trataba únicamente de la propiedad de los templos, de la libertad de enseñanza o de la personalidad jurídica de la Iglesia; el verdadero peligro que advertían los obispos era que la ley Calles facultaba a las autoridades municipales para poner como ministro sagrado a quien les viniera en gana, fuera o no ministro ordenado, estuviera o no en comunión con su obispo; además, se había limitado el número de sacerdotes por habitante, de tal modo que era materialmente imposible atender a los fieles, y la inmensa mayoría de los sacerdotes se convertían en delincuentes al ejercer sin la aprobación gubernamental.

Los católicos lo habían intentado todo: los abogados habían argumentado con base en las mismas leyes que la Ley Calles era anti-constitucional; se había pedido una consulta nacional, una prórroga, se habían presentado un ocurso y más de dos millones de firmas al Congreso; se había presionado con el boicot y se había pedido el apoyo de las embajadas. Todo fue inútil; les habían sido cerradas todas vías: la del voto, el derecho de petición; la vida y los intereses ciudadanos de los católicos eran gravemente amenazadas; así se fue afirmando la convicción de que los medios pacíficos conducían a un punto muerto. En el horizonte había tres posibilidades: el martirio, la apostasía o la rebelión armada como legítima defensa.

Anacleto González Flores optó por lo primero y sembró hambre de gloria y sed de martirio en la Unión Popular. No fue el único, pero sí el más fogoso y más grande de los seglares católicos de esos años; el influjo de su palabra y de su personalidad rebasó con mucho a cualquiera otro; incluso su muerte, junto con la del padre Pro, se convirtió en el símbolo máximo del pueblo católico aplastado por la dictadura.

Pero la gente de la Unión Popular, la ACJM y la Liga (las tres organizaciones más impor-

tantes de católicos) optaron por la lucha a fondo; una parte de los católicos tomó las armas, otros los apoyaban proporcionándoles armas, información, protección y víveres; otros más se les oponían.

El 15 de agosto de 1926 en Valparaíso, Zacatecas, Pedro Quintanar desconoció al gobierno e hizo un llamado a la rebelión. En Durango, todo el pueblo de Santiago Bayacora en la zona de Mezquital se declaró en rebeldía en septiembre de 1926; junto con sus familias se internaron en la abrupta serranía, donde no pudieron ser derrotados³. En septiembre los yaquis de Sonora se alzaron contra el gobierno; Calles masacró y exterminó la etnia. En octubre de 1926 ya se habían levantado en Jalisco grupos cristeros en Tlajomulco, Ameca, Cocula, Ciudad Guzmán, Chapala, Atengo, Ayutla y Tecolotlán. A finales de ese año, la Liga decidió encauzar y fomentar el movimiento armado y ordenó un levantamiento general en toda la República el 1° de enero de 1927; lo había hecho arrastrada por el optimismo idealista de Capistrán Garza; fue un "engaño colosal" que determinó la adhesión de la Unión Popular de Anacleto por solidaridad con un supuesto levantamiento nacional y con los jefes ya alzados. En los primeros diez días de 1927 se alzaron grupos en 7 poblaciones de los Altos. Vino a combatirlos el mismo Joaquín Amaro, Ministro de Guerra y Marina, hacia el mes de abril.

Podemos decir que la cristiada fue la respuesta de un pueblo que a la hora decisiva hizo una clara opción por Jesucristo, sin medir sacrificios, sin calcular las posibilidades de éxito o de fracaso, sin condicionar su fidelidad a la Iglesia, sin distinguir edad, sexo o condición social. Cómo no conmovirse ante los pastores que no huyen cuando sus ovejas son amenazadas, que las asisten en medio de indecibles fatigas; cómo no soportar la caridad y la fe de aquellos seminaristas que perseveraron en medio de grandes tribulaciones y negras perspectivas; ello es no la única, pero sí la más decisiva prueba de que no buscaban el sacerdocio por intereses mezquinos, como tanto se ha insistido, sino por motivos de fe.

Si algo brilla con toda claridad en la revuelta Cristera, es la defensa de la libertad:

la libertad de conciencia, pero también la libertad de asociación, de expresión, de prensa, de educación, de profesión, de voto... Y los derechos de propiedad, de petición, de educar a los hijos según las convicciones de los padres, de elegir a los propios gobernantes, de ser tratado de acuerdo a leyes justas y dentro de un régimen de derecho. Anacleto González Flores es sin duda el más alto exponente seglar de esta vigorosa defensa cívica de la libertad

Es cierto que la vía más acorde con el evangelio es la paz. Pero si muchos no fueron capaces de resistir la violencia pacíficamente y perdonando, y más bien optaron por defender la verdad con las armas y la violencia porque les pareció que era el último recurso, no creo que podamos condenarlos. Podemos reclamar los excesos, pero no tenemos derecho y nadie lo tuvo de exigirles a los cristeros que perdonen y resistan la injusticia, reiterada, cerrada a todo arreglo. Todos podemos exigir justicia, equidad, legitimidad; pero nadie tiene derecho de exigir lo que es gratuidad absoluta, acto libre de amor, misericordia, mansedumbre; ese es el mérito de los santos y de los mártires, pero no el deber de los ciudadanos.

Por otra parte, la lucha de los cristeros hería las pretensiones del gobierno revolucionario de representar la voluntad popular; era una virtual negación de su legitimidad y de la revolución.

2. EL CATOLICISMO SOCIAL

El catolicismo social del que González Flores fue heredero y uno de los actores principales, representa al polo combativo católico en el cual el gobierno, con razón o sin ella, reconoció un rival, una amenaza y el blanco ideal en su lucha contra la Iglesia. En efecto, el catolicismo social inyectó en la Iglesia un nuevo espíritu, que transformaba la resistencia en acometida, que pretendía restituir a la Iglesia su posición primera, recristianizar la sociedad y sus instituciones, devolver a la Iglesia su rol de rectora social, proponer un modelo social alternativo al liberalismo y al comunismo; he aquí el motivo del odio. Por eso promovió sindicatos, cajas de ahorro, partido católico, educación,

hospitales... El Estado revolucionario, supuesto detentor del monopolio de la justicia social, no podía tolerar concurrentes y rechazó la Iglesia como institución social.

Además, después de 1917, comenzando en la arquidiócesis de Guadalajara, la Iglesia en todo el país lanzó una rápida, honda y vigorosa acción pastoral, sin parangón en los últimos siglos; esta re-evangelización demostró que la Iglesia no había perdido su poder moral; hizo renacer la búsqueda de los sacramentos, las devociones, la catequesis y la educación, que formaba no sólo para el apostolado, sino también para el compromiso socio-político. La Iglesia se hizo particularmente presente en el campo. Organizó misiones populares, entronizaciones, coronaciones, Congresos, fiestas, se promovió la devoción a Cristo Rey, cuyos soldados manifiestaban su fe sin temor ni atenuantes, listos a un combate abierto: "¡Catacumbas nunca más!". La consigna era moralizar el país, profundizar en la fe, luchar por la justicia contra las tendencias ateas y laicas.

Por su parte, Calles era uno de esos políticos revolucionarios, hijos de un caldo cultural mezcla de iluminismo y positivismo, que consideraban a la Iglesia católica como causante del atraso de México, una rémora que retarda el paso triunfante de la Revolución hacia el progreso científico. Lázaro Cárdenas pensaba lo mismo, pero mientras que Calles intentó acabar violentamente con ese obstáculo para acelerar el futuro, Cárdenas consideró más prudente encauzar todas las energías a la lucha económico-social; el final de la religión sería fruto espontáneo del progreso.

Si consideramos la fortaleza del catolicismo social, el resurgimiento católico de los años veinte y la mentalidad callista, están dadas las premisas de un enfrentamiento.

3. JALISCO: DE GALLINERO DE LA REPUBLICA

A JAQUECA DE LA FEDERACION

En 1919 los católicos de Jalisco, luego de una tenaz resistencia que duró ocho meses, lograron que fueran derogadas las leyes

locales que reducían el número de sacerdotes e imponían el control gubernamental sobre los templos; los católicos enfrentaron con éxito un gobierno que ensayaba la aplicación persecutoria de la Constitución.

Anacleto González Flores no se cansaba de repetir que la trascendencia de este hecho consistía en que había enseñado a los católicos el valor y el poder de la unidad. De nada sirve el número cuando no se protesta contra los atropellos, o la protesta es algo momentáneo y desarticulado: es urgente la solidaridad, la disciplina y la cooperación. Continuar en esa línea permitiría no sólo hacer imposible la aplicación de la ley, sino lograr su modificación total sin violencia, con la fuerza de la movilización pacífica. Así que la arquidiócesis de Guadalajara, en vez de dispersar las fuerzas unidas por la lucha, decidió organizarse, crecer, fortalecerse, unirse para defender su libertad.

En Jalisco, por tanto, se anticipó la crisis nacional en dos ocasiones; la acusación de inconstitucionalidad de la Ley Calles en 1926, la petición de modificar la Constitución, la viva conciencia entre los líderes católicos de que urgía unirse y movilizarse pacífica pero tenazmente, son casi la copia de lo que había sucedido en Jalisco 8 años antes, en tiempos del gobernador Bouquet, y unos meses antes con Zuno. Los católicos jaliscienses, enfrentados prematuramente al gobierno, no sólo inyectaron coraje a los ambientes católicos mexicanos, amedrentados por la tormenta carrancista; la derrota en Jalisco habría significado su derrota nacional. El impacto psicológico fue grande; tomó por sorpresa a los revolucionarios que, acostumbrados a combatir con la fuerza, no sabían cómo enfrentar "al pueblo armado de su número y de su voluntad"⁴.

En el origen de esta lucha ciertamente está una sociedad profundamente católica como era la jalisciense, dotada de un indomable sentido de su dignidad, sostenida e impulsada por el temple de un arzobispo como Orozco y Jiménez, hábil e incansablemente trabajada y organizada por las asociaciones de laicos, como la ACJM y la Unión Popular y liderada por laicos como Palomar y Vizcarra y sobre todo González Flores.

En los años veinte, en Jalisco el conflicto religioso inició a finales de 1924; el gobernador José Guadalupe Zuno clausuró el Seminario, lo que ocasionó la formación de un Comité de lucha, que Anacleto González Flores transformó, como ya vimos, en una institución versátil y permanente: la Unión Popular, que anticipaba a nivel estatal lo que sería meses más tarde la Liga a nivel nacional. Unos meses antes un sacerdote alemán, el padre Neck, había impartido una serie de conferencias sobre la *Volksverein*. Fue el punto de arranque; Anacleto se puso en acción, afirmando que:

“día llegaría en que aun la reunión de tres en un cuarto sería imposible, y para entonces, cuando todas las organizaciones de funcionamiento visible fueran aniquiladas, tendría que permanecer una imposible de destruir, porque estuviera en todas partes sin radicar en ninguna, sin local, asambleas ni solemnidades”⁵.

Los jóvenes estudiantes de la ACJM emplearon las vacaciones en las Jornadas de Verano, que sembraron por todos lados la Unión Popular en 1925. Anacleto González y Miguel Gómez Loza se dieron a la tarea de unir y coordinar las diversas organizaciones del arzobispado bajo la bandera pacifista: cofradías, sindicatos, cooperativas, asociaciones de laicos. Pronto se incorporaron a la Unión Popular los obispados de Zacatecas, Colima, Tepic y Aguascalientes. El Jefe Anacleto decía de su obra:

“La Unión Popular, por su estructura, por sus estatutos, por su organización es, ante todo una escuela de esperanza, de optimismo, de aliento, de caracteres, de constancia, de firmeza por esto cada socio y sobre todo cada jefe debe tener entendido que dado el primer paso no habrá que retroceder”⁶.

El funcionamiento y los recursos de la Unión Popular se caracterizaban por la simplicidad, universalidad y maleabilidad⁷, principios claros incluso para los iletrados. No

exigía juntas ni manifestaciones, ni protocolos, ni se giraban oficios; sólo un hombre que aparecía visitando las casas de una manzana urbana, vendiendo un periódico a los que se habían suscrito, y transmitiendo de viva voz las disposiciones. El jefe de manzana tenía un contacto estrecho con sus subordinados, y con su superior inmediato, el jefe de zona; el cual, a su vez, se remitía al jefe de parroquia y éste con el Jefe del Directorio de cinco miembros que regía a la Unión.

El Jefe era elegido democráticamente, pero debía ser obedecido como si fuese el Jefe supremo, sin discusión; la Unión Popular era un inmenso laboratorio de jefes y llegó a contar con 100,000 afiliados; durante la persecución religiosa fue la base de la administración cristera, la escuela católica y el sostenimiento militar de los libertadores⁸. Su lema: “¡Viva Cristo Rey!”.

4. EL PENSAMIENTO SOCIAL CRISTIANO DE GONZALEZ FLORES

El pensamiento de González Flores es un pensamiento que opone tradición y democracia a la “la noche de caníbales” de la revolución: si la revolución es odio al pasado, el cristianismo es afirmación de las raíces y la identidad; si la revolución es pensamiento libre y positivismo, el cristianismo es la verdad sin capitulaciones; si la revolución es barbarie, destrucción, violencia y odio, el cristianismo es civilización, verdad y libertad; a la barbarie de las armas contrapone la civilización de las ideas; la revolución es un alud que destruye los valores, el cristianismo es la casa de las libertades y del progreso moral.

En segundo lugar, es un “pensamiento fuerte”, de pocas ideas, pero tan perfectamente definidas y eficazmente propuestas, que despertaron el coraje cívico de los católicos e hicieron del catolicismo social, renacido después de 1917, la más rotunda afirmación del derecho y la libertad religiosa. González Flores quiso levantar un pueblo que altivamente alabara a Cristo Rey, orgulloso de ser fiel, dispuesto a pagar el precio de la osadía de ser cristiano en la calle y a la luz del sol.

1) CRISTIANISMO CONTRA REVOLUCIÓN

Toda la obra de Anacleto González Flores está impregnada de combatividad; pero la lucha de la que habla no es la violenta, sino un combate en el orden de las ideas, de las mentalidades; lo cual no quiere decir que sea exclusivamente una lucha intelectual, por el contrario, es eminentemente práctica; porque Anacleto no es un apologista, es un cristiano sin complejos, dueño del coraje suficiente para defender metódica e inteligentemente la libertad de la Iglesia en dos niveles: arrebatarse a los revolucionarios el argumento de la "popularidad" de las leyes y destruir la raíz ideológica del laicismo con la educación católica, la instrucción religiosa, la prensa y la palabra: educar en la fe, formar la mentalidad de los jóvenes y de los niños, establecer el reinado de Cristo en primer lugar en las mentes y luego, como su consecuencia, en la sociedad.

Para Anacleto González el cristianismo es acometida y osadía. Por eso condena el pasivismo del católico que se deja asfixiar y se conforma con las migajas de libertad que se le dejan, no por virtud, sino por su pusilanimidad y apocamiento.

Anacleto critica el absolutismo de la "democracia" revolucionaria, que sustituyó el absolutismo de uno por el absolutismo aplastante y demoleedor de todos; aunque prácticamente se trata sólo de la soberanía de un caudillo que se siente propietario del país o de una oligarquía devoradora, que de palabra señala que pesan y valen lo mismo el sabio y el ignorante, el santo y el malvado, el inteligente y el imbécil, la sal y el diamante, pero que de hecho los que gobiernan son

ineptos, y lo hacen contra el espíritu nacional, del cual la Constitución es su "contradicción abierta, hostil, inicua".

Uno de los aportes decisivos y más originales de Anacleto González Flores fue su insistencia en la necesidad de unirse las organizaciones católicas, de conocerse, de actuar en bloque si querían defender la libertad religiosa. Esta idea aparece constantemente en sus escritos, y ciertamente supo concretarla a la hora decisiva y con estructuras concretas como la Unión Popular.



2) LA LIBERTAD RELIGIOSA COMO SÍNTESIS DE LAS LIBERTADES

"La libertad religiosa es la más íntima, la más espontánea y la más incontenible de todas las libertades"; es la "fibra vital más honda, más íntima y más profunda de hombres y de pueblos"⁹ porque une al hombre con Dios, por eso coartarla es el crimen más grande. Los valores humanos nacen del Evangelio; por eso toda la moustrosidad de la revolución se expresa en

la persecución religiosa, pues combatir al catolicismo es combatir a la sociedad. Si la revolución persigue al catolicismo, resulta lógico que se oponga a la libertad, a la verdad, a la moralidad y a los valores humanos, puesto que estos valores han nacido del cristianismo¹⁰.

Para remediar estos males, sobre todo en el campo más urgente de la niñez y la juventud, propone una acción recia y entusiasta: las tres cruzadas de la Unión Popular¹¹ contra la mala prensa, la escuela laica y el libro malo; es una cruzada que ataca el problema más urgente y clave del resto: la instrucción religiosa.

3) EL MAESTRO DE LA FORTALEZA

“El maestro Cleto” se siente atraído especialmente por los jóvenes; a ellos consagra buena parte de sus energías, les descubre la belleza de un ideal alto y noble, y busca atraerlos a la generosidad, a la grandeza, al trabajo exigente de sí mismos. Les inculca el amor al esfuerzo para adquirir valores para inyectarlos en la filosofía, en la cátedra, en los libros, escuelas, universidades, parlamentos, periodismo, política, organización social; pues México se encuentra en la hora del derrocamiento de los valores humanos. Anima a los jóvenes a forjarse una personalidad con la ayuda del maestro, el libro, la meditación, la amistad, el sacrificio y la acción.

La fina rudeza de su figura poseía el magnetismo que le permitía intimar fácilmente; nunca reprendía a nadie; a sus jóvenes los escuchaba serenamente y si debía aconsejarlos, lo hacía indirectamente, contándoles alguna anécdota o recordando lo iluminador que sobre el tema resultaba lo que decía tal libro. Enemigo de las fiestas formales era, sin embargo, populachero; le gustaba tocar guitarra y cantar. Sabía armonizar los dichos del pueblo con las sentencias insignes.

En él aparecía constantemente la expresión de vigilancia y decisión, de dominio y recogimiento; el rostro grave, los puños frecuentemente contraídos, la dulzura en las pupilas y la mirada penetrante y vaga. La pureza en sus conversaciones era ejemplar, no se permitía ni la alusión ni el chiste; en cuanto a los bienes materiales, vivía pobremente y sin intereses.

4) EL VOTO PACÍFICO DE LOS MÁRTIRES

Si la convicción de la urgencia de unirse, organizarse y luchar para defender la libertad religiosa es la idea más relevante y omnipresente en la obra y en la acción de Anacleto González Flores, el pacifismo es la característica de esa acción: lucha pacífica hasta el martirio si es necesario.

El 22 de abril de 1926 González Flores publicó en el periódico católico de Ciudad de México *El País* un artículo titulado “El plebiscito de los mártires”, uno de sus escritos más

intensos. En México —decía— las elecciones han sido burla mecánica, abrumadora y constante; por eso, desilusionado de la democracia de los números, el pueblo acude a la democracia de los mártires; y su muerte “será la más solemne e indudable condena de los artículos antirreligiosos de la Constitución”¹². El mismo gobierno no ha dejado otra salida que el “plebiscito de sangre” para negar una Constitución hecha por quienes “se arrogaron una representación que jamás solicitaron, que jamás tuvieron y que jamás pudieron tener”¹³.

El valor del voto hecho con la vida no consiste sólo en evidenciar con toda su fuerza las convicciones del pueblo; trae consigo también el florecimiento de la fe y es el anuncio del resurgimiento católico. Unos meses después, miles de católicos comenzaron a votar con su sangre en el plebiscito de la libertad.

5. EL APORTE DE GONZALEZ FLORES A LA CRISTIADA

1. El pueblo de México, que había sabido soportar la imposición de muchos gobiernos y la impunidad de muchos delitos, no pudo reprimirse más cuando fue tocado en sus convicciones religiosas; no podía concebir que alguno atentara impunemente contra la fe católica. Y estos hombres y mujeres comunes, campesinos, obreros o profesionistas, se alzaron contra “el mal gobierno”; lo hicieron “para que Dios volviera”. Tomaron escopetas viejas y machetes, partieron como en una procesión litúrgica a enfrentar al “demonio” del gobierno; cada vez que fueron vencidos, se reorganizaron y crecieron; el ejército federal pudo derrotar en dos o tres meses varias rebeliones de generales perfectamente armados y disciplinados, pero en tres años no pudo acabar con los cristeros.

Los hombres que se lanzaron a luchar lo dejaron todo: los hijos, la casa, el futuro; muchos lo perdieron todo, incluso la vida. Pero también en las ciudades muchos se desprendieron interiormente de todo y, sin tomar las armas, anhelaron morir por Cristo, alojar a sus sacerdotes, ayudar con medicinas y víveres a los “libertadores”, someterse al luto y a la penitencia, buscar de mil modos

los sacramentos en medio de grave peligro de la vida.

Anacleto González Flores es fundamental en esta historia de fe y de amor a la Iglesia, amor tan grande, que era capaz de dar la vida por ella. El despertó en los jaliscienses hambre y sed de martirio; él infundió en los jóvenes de la ACJM un valor y una osadía temeraria; él golpeó con el látigo de su palabra las conciencias de los "esclavos" para despertar en ellos el sentido de su dignidad; él formó toda una generación de hombres y mujeres que valoraban la libertad y la fe más que la propia vida. Más aún, él creyó en la fuerza de la paz y del coraje, de la palabra y de la unidad, de la justicia y de la verdad; y si al final debió rendirse ante los hechos, nunca renunció a su ideal pacífico. En su ideario de lucha pacífica contra la persecución religiosa se inspiraron en los años 30's la Base, el Sinarquismo y el PAN.

2. Las autoridades acusaban a Anacleto González de ser uno de los responsables de la sublevación; culpaban también al arzobispo tapatío Francisco Orozco y Jiménez y a otros más. Y en parte tenían razón; ellos eran culpables de ser cristianos, y de haber infundido en quienes los rodeaban, una viva conciencia de su dignidad de personas y de sus derechos y la certeza de que Dios está sobre todas las cosas. Anacleto era culpable de haber organizado a los católicos, de haberles quitado el miedo y de haber formado jefes; era culpable de pensar, hablar y actuar en modo distinto a los revolucionarios.

En este sentido, el aporte principal de Anacleto González Flores a la lucha por la libertad religiosa fue su personalidad, su temperamento, su liderazgo. Los métodos y los principios con que luchó no eran del todo suyos; los tomó de los católicos irlandeses y alemanes que tanto admiraba y del catolicismo social; su originalidad consistió en que supo transmitir a los católicos una viva conciencia de sus derechos, formuló una propuesta clara para defenderlos, la inculcó tenaz e incansablemente en el mayor número posible de personas y por los más diversos medios a su alcance, y la llevó a la práctica con decisión, constancia e inventiva.

De este modo, el movimiento católico en Jalisco recibió de él su férrea voluntad y,

gracias al carisma de su personalidad, formó o congregó en torno suyo a aquellos que encabezarían la defensa de la Iglesia. Si México pudo seguir siendo católico a pesar de los pesares, mucho se debe a la obra de González Flores; él perseveró firme cuando varios jefes católicos debieron abandonar el país en los días más negros de la revolución y de la persecución, y no le tembló el pulso a la hora de organizar la protesta.

Podemos decir que esa personalidad encarnaba los rasgos comúnmente atribuidos a los alteños y que, a través de Anacleto González, Los Altos aportaron a México lo mejor de sí: el sentido de su dignidad, su coraje arrogante en la defensa de sus derechos, el amor a la libertad a costa de la misma vida y su catolicismo sin miedos ni atenuantes.

3. En cuanto a su método de formación y de lucha, podemos descubrir tres características o convicciones, que él mismo propuso y llevó a la práctica. En primer lugar, el poder de la palabra; este principio lo llevó a comprometerse en la instrucción religiosa y profana de niños y jóvenes, a empeñarse en la prensa fundando diversas publicaciones, a difundir el libro, a crear círculos de oratoria y toda una generación de oradores al servicio de la causa católica; pero sobre todo lo condujo al empeño constante en la formación de los jóvenes de la ACJM y de los obreros que habrían de ser la élite que garantizara la conservación y consolidación del catolicismo.

Una segunda convicción de González Flores fue la urgencia de unidad si se quería hacer valer la voz y los derechos de los católicos; según él, era necesaria la unión de éstos y la cohesión de sus organizaciones para formar un bloque unido capaz de imponerse sobre las minorías sectarias anticatólicas. De ahí el empeño por formar grupos de jóvenes, cooperativas de trabajadores, cajas de ahorro, sindicatos, uniones de católicos, etc; y de ahí también el esfuerzo constante por mantenerse en contacto y unidos a las otras asociaciones seculares.

La última de las tres grandes convicciones de Anacleto González es que la voluntad católica se ha de manifestar, y esto por

medios pacíficos: luto, boycott, actos multitudinarios, ocursos, carteles, etc.

Tal vez hoy nos parezca lógico que el licenciado González Flores propusiera el método pacífico; pero en su tiempo no lo era; la resistencia pacífica era una proeza en el contexto sanguinario y violento de la revolución, donde un alud de rencores e impunidad lo arrastraba todo. Su propuesta pacifista partía de la convicción de que la violencia conduce siempre y en todas partes a la tiranía (injusticia social, política y económica).

4. A nivel nacional, la importancia de Anacleto González Flores consiste en que mostró la eficacia de su método y lo inaplicable de las leyes contrarias a la libertad religiosa, en Jalisco en 1918-1919; esto contribuyó no poco a la distensión carrancista y la relativa calma durante el gobierno de Adolfo de la Huerta y de Alvaro Obregón.

De hecho, la estrategia católica a nivel nacional en 1925 y 1926 siguió casi al pie de la letra lo que se había hecho en Jalisco, tanto en 1918 como en 1925: en Jalisco se había formado la Unión Popular que aglutinaba a los católicos y a las organizaciones católicas, mientras que a nivel nacional se fundó la LNDLR con objetivos idénticos y evocando expresamente la experiencia de Jalisco.

Contra la aplicación de las leyes anticatólicas, en Jalisco se había ejercido presión pacífica con recursos como el boycott, las peticiones y manifiestos; lo mismo se realizó en todo el país; sólo que en muchos Estados la presencia católica no poseía ni el nivel de organización, ni el peso ni los liderazgos que tenía Jalisco; además, el gobierno también había aprendido la lección y no estaba dispuesto a perder de nuevo.

Finalmente, los argumentos usados por los católicos para defenderse recordaban igualmente a los expresados por los abogados católicos jaliscienses en 1918: inconstitucionalidad de las leyes, contrarias al derecho natural y a las garantías individuales, derecho de petición, etc.

5. ¿Por qué decidió apoyar la lucha armada? Este es el nudo por resolver; pudieron orillarlos a esto diversos factores: el agota-

miento de los medios pacíficos mientras el gobierno se mostraba intransigente y violento; el inicio de los alzamientos espontáneos de distintos jefes en diferentes lugares; la urgencia de mantener la unidad de acción una vez que la Liga se había decidido por la lucha armada; engañado, creyó que tal era la última orden de Orozco y Jiménez.

Es posible que una acumulación de varios de estos factores lo hayan conducido a renunciar a sus principios; sin embargo, el factor que determinó su participación pacífica en el conflicto fue la urgencia de mantener la unidad.

Es cierto que su superior inmediato, el arzobispo Orozco y Jiménez, le había prohibido apoyar la lucha armada en cuanto Jefe de la UP; pero Anacleto, aunque era un hombre de obediencia probada, no confundía la jurisdicción eclesiástica en el campo religioso y la autonomía de los seglares en el campo civil. Además, los obispos no habían condenado la lucha armada de los católicos, por considerarla defensa legítima, si bien tampoco la habían apoyado; finalmente, se le dijo a González Flores que su arzobispo le pedía unirse a la Liga para mantener la unidad de acción¹⁴.

Cuando ya no podía detener la lucha armada, consideró que debía optar entre la supervivencia de la Iglesia o de su propio pacifismo; y quiso poner al servicio de la causa su liderazgo para evitar la ruptura, en vez de permitir a los socios de la Unión Popular que libremente tomaran las armas a título individual, sin comprometer a la asociación y a sus Jefes (como lo habían hecho los Caballeros de Colón o la Adoración Nocturna). Se trataba, de nuevo, de la unidad; y de legítima defensa.

González Flores sabía que pocas veces en la vida hay decisiones ideales, lo concreto siempre tendrá sus límites: "con esta baraja sucia, me juego la última carta de Dios", decía. En la Cristera, esos límites alcanzaron el nivel más dramático: en junio de 1926, la Iglesia perdería en cualquiera de las opciones posibles; a los ojos de todos era evidente que se habían equivocado quienes habían apostado a que las persecuciones disminuirían. En esos meses, el gobierno impidió todo

arreglo posible, y orilló a los católicos a una situación donde el único modo de vivir el evangelio era el martirio, y aún el martirio podría comprometer el futuro de la fe, teniendo en cuenta que pocos tendrían la fuerza para soportarlo siquiera como mera posibilidad.

6. Es cierto que Anacleto González no afrontó la muerte al estilo del padre Miguel Agustín Pro, por ejemplo; más que una ofrenda a Dios o una participación en los dolores de Cristo, se trataba de participar en un plebiscito de sangre y "votar con la vida" por la libertad de conciencia y por la Iglesia. Alguien lo ha llamado "martirio cívico"; podríamos aceptarlo si tal carácter cívico le viene del deseo de instaurar en México el reinado social de Cristo Rey.

Pero más allá de las diferencias, los "mártires" de la Cristiada tienen en común el amor a la Iglesia; la muerte de Anacleto González, como la de tantos otros, no sólo es por la libertad, es también la muerte por la unidad de la Iglesia; muchos de ellos murieron no sólo con el grito de Cristo Rey y Santa María de Guadalupe, sino también con el de "¡Viva el Papa!". Si los obispos tomaron medidas tan drásticas como suspender los cultos, fue precisamente porque reconocieron en las

leyes la pretensión de sustituir la comunión con Roma por el sometimiento al Estado en una especie de Iglesia Estatal, si no es que un intento de protestantizar al país; esta decisión, como sabemos, fue determinante a la hora del alzamiento católico.

Finalmente, una consideración sobre el grito final de Anacleto González Flores. Ese "Yo muero pero Dios nunca muere", es la herencia mayor que nos dejó; votó con la vida por esa verdad, consciente de que su sacrificio, en cuanto testimonio supremo, se convertiría en un imponente voto que conduciría al triunfo de Cristo Rey en México. Su grito final fue su confesión de fe y su testamento, la afirmación de la debilidad suprema del hombre y de la potencia de Dios, la invitación a considerar el sentido de la vida; era, en fin, la última enseñanza del "Maestro Cleto". Anacleto González, que murió perdonando a sus enemigos; que ofreció su muerte, como la propia vida en su momento, no por odio o intereses personales, sino como el mayor amor y el mayor servicio que podía ofrecer a "la causa de Dios y de la patria", hasta en el último momento supo ofrecer una enseñanza ("maestro" al fin de cuentas), antes de votar con la vida en la democracia de los muertos.

CITAS:

1 Citado en TIBERIO MA. MUNARI, *Derramaron su sangre por Cristo, Xaverianas, Guadalajara, 1995, 113-114.*

2 Carta del Episcopado Mexicano del 25 de julio de 1927, citada en JEAN MEYER, *La Cristiada. El conflicto entre la Iglesia y el Estado 1926-1929, Siglo XXI, México 141996, II, 268.*

3 EVERARDO GAMIZ, *Historia del Estado de Durango (¿1953?), 303.*

4 ANACLETO GONZÁLEZ FLORES, *La Cuestión Religiosa en Jalisco, 323.*

5 ANTONIO GÓMEZ ROBLEDO, *Anacleto González Flores. El Maestro, 132.*

6 ANACLETO GONZÁLEZ FLORES, *El plebiscito de los mártires, 278-279.*

7 Cfr. ANTONIO GÓMEZ ROBLEDO, *Anacleto González Flores. El Maestro, 134-137.*

8 JEAN MEYER, *La Cristiada. Los cristeros, Siglo XXI, México 131996, III, 162-165.*

9 ANACLETO GONZÁLEZ FLORES, *El plebiscito de los mártires, 147 y 148.*

10 Cfr. ANACLETO GONZÁLEZ FLORES, *El plebiscito de los mártires, 43.*

11 Cfr. ANACLETO GONZÁLEZ FLORES, *El plebiscito de los mártires, 196-198 y 218.*

12 ANACLETO GONZÁLEZ FLORES, *El plebiscito de los mártires, 11.*

13 ANACLETO GONZÁLEZ FLORES, *El plebiscito de los mártires, 258*

14 El Comité Episcopal el 15 de enero de 1927 declaraba que un gobierno que exaltaba la revuelta en sí misma no tenía ningún argumento para condenar la lucha armada, mucho menos cuando ésta era legítima y se había iniciado una vez que se habían agotado los medios pacíficos. Si bien aclaraba que los obispos ni la mandaban ni la impulsaban, negaba que la lucha de los católicos implicase desobediencia a sus pastores: los católicos "nos deben obediencia en el terreno religioso, pero en el ejercicio de sus derechos cívicos y políticos son perfectamente libres"; EVARISTO OLMOS VELÁZQUEZ, *La Liga Nacional Defensora de la Libertad Religiosa, 177.* "Este levantamiento no es una actividad religiosa, y los Obispos no son jefes militares, los católicos creyeron con razón que no necesitaban contar con sus aprobación y apoyo para levantarse en armas"[sic en el texto]; AQUILES P. MOCTEZUMA, *El Conflicto de 1926, 343.*

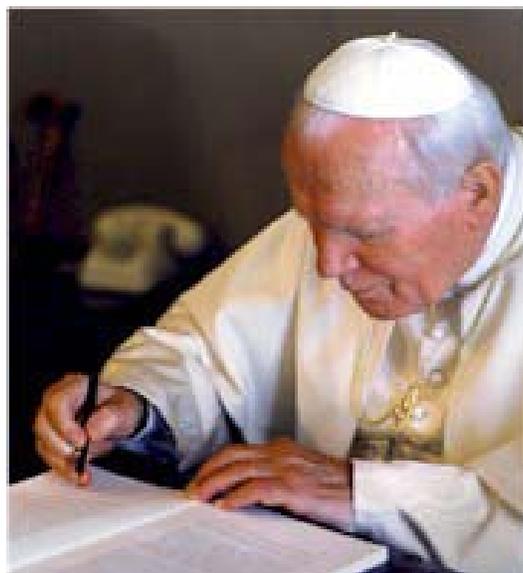
Novo millennio ineunte



Carta apostólica de S.S. Juan Pablo II al concluir el Gran Jubileo del Año 2000

6 de enero del 2001, Solemnidad de la Epifanía del Señor

*A los Obispos,
a los sacerdotes y diáconos,
a los religiosos y religiosas y
a todos los fieles laicos.*



1. Al comienzo del nuevo milenio, mientras se cierra el Gran Jubileo en el que hemos celebrado los dos mil años del nacimiento de Jesús y se abre para la Iglesia una nueva etapa de su camino, resuenan en nuestro corazón las palabras con las que un día Jesús, después de haber hablado a la muchedumbre desde la barca de Simón, invitó al Apóstol a «remar mar adentro» para pescar: «Duc in altum» (Lc 5,4). Pedro y los primeros compañeros confiaron en la palabra de Cristo y echaron las redes. «Y habiéndolo hecho, recogieron una cantidad enorme de peces» (Lc 5,6).

¡Duc in altum! Esta palabra resuena también hoy para nosotros y nos invita a recordar con gratitud el pasado, a vivir con pasión el presente y a abrirnos con confianza al futuro: «Jesucristo es el mismo, ayer, hoy y siempre» (Hb 13,8).

La alegría de la Iglesia, que se ha dedicado a contemplar el rostro de su Esposo y Señor, ha sido grande este año. Se ha convertido, más que nunca, en pueblo peregrino, guiado por Aquél que es «el gran Pastor de las ovejas» (Hb 13,20). Con un extraordinario dinamismo, que ha implicado a todos sus miembros, el Pueblo de Dios, aquí en Roma, así como en Jerusalén y en todas las Iglesias locales, ha pasado a través de la «Puerta Santa» que es Cristo. A él, meta de la historia y único Salvador del mundo, la Iglesia y el Espíritu Santo han elevado su voz: «Marana tha - Ven, Señor Jesús» (cf. Ap 22,17.20; 1 Co 16,22).

Es imposible medir la efusión de gracia que, a lo largo del año, ha tocado las conciencias. Pero ciertamente, un «río de agua viva», aquel que continuamente brota «del trono de Dios y del Cordero» (cf. Ap 22,1), se ha derramado sobre la Iglesia. Es el agua del Espíritu Santo que apaga la sed y renueva (cf. Jn 4,14). Es el amor misericordioso del Padre que, en Cristo, se nos ha revelado y dado otra vez. Al final de este año podemos repetir, con renovado regocijo, la antigua palabra de gratitud: «Cantad al Señor porque es bueno, porque es eterna su misericordia» (Sal 118,1).

2. Por eso, siento el deber de dirigirme a todos vosotros para compartir el canto de alabanza. Había pensado en este Año Santo del dos mil como un momento importante desde el inicio de mi Pontificado. Pensé en esta celebración como una convocatoria providencial en la cual la Iglesia, treinta y cinco años después del Concilio Ecuménico Vaticano II, habría sido invitada a interrogarse sobre su renovación para asumir con nuevo ímpetu su misión evangelizadora.

¿Lo ha logrado el Jubileo? Nuestro compromiso, con sus generosos esfuerzos y las inevitables fragilidades, está ante la mirada de Dios. Pero no podemos olvidar el deber de gratitud por las «maravillas» que Dios ha realizado por nosotros. «Misericordias Domini in aeternum cantabo» (Sal 89,2). Al mismo tiempo, lo ocurrido ante nosotros exige ser considerado y, en cierto sentido,

interpretado, para escuchar lo que el Espíritu, a lo largo de este año tan intenso, ha dicho a la Iglesia (cf. Ap 2,7.11.17 etc.).

3. Sobre todo, queridos hermanos y hermanas, es necesario pensar en el futuro que nos espera. Tantas veces, durante estos meses, hemos mirado hacia el nuevo milenio que se abre, viviendo el Jubileo no sólo como memoria del pasado, sino como profecía del futuro. Es preciso ahora aprovechar el tesoro de gracia recibida, traduciéndola en fervientes propósitos y en líneas de acción concretas. Es una tarea a la cual deseo invitar a todas las Iglesias locales. En cada una de ellas, congregada en torno al propio Obispo, en la escucha de la Palabra, en la comunión fraterna y en la «fracción del pan» (cf. Hch 2,42), está «verdaderamente presente y actúa la Iglesia de Cristo, una, santa, católica y apostólica».[1] Es

especialmente en la realidad concreta de cada Iglesia donde el misterio del único Pueblo de Dios asume aquella especial configuración que lo hace adecuado a todos los contextos y culturas.

Este encarnarse de la Iglesia en el tiempo y en el espacio refleja, en definitiva, el movimiento mismo de la Encarnación. Es, pues, el momento de que cada Iglesia, reflexionando sobre lo que el Espíritu ha dicho al Pueblo de Dios en este especial año de gracia, más aún, en el período más amplio de tiempo que va desde el Concilio Vaticano II al Gran Jubileo, analice su fervor y recupere un nuevo impulso para su compromiso espiritual y pastoral. Con este objetivo, deseo ofrecer en esta Carta, al concluir el Año Jubilar, la contribución de mi ministerio petrino, para que la Iglesia brille cada vez más en la variedad de sus dones y en la unidad de su camino.

*I. EL ENCUENTRO CON CRISTO,
HERENCIA DEL GRAN
JUBILEO*

*II. UN ROSTRO PARA
CONTEMPLAR*

III. CAMINAR DESDE CRISTO

IV. TESTIGOS DEL AMOR

CONCLUSIÓN

I. EL ENCUENTRO CON CRISTO, HERENCIA DEL GRAN JUBILEO

La plenitud de los tiempos
Purificación de la memoria
Los testigos de la fe
Iglesia peregrina
Los jóvenes
Peregrinos de diversas clases
Congreso Eucarístico Internacional
La dimensión ecuménica
La peregrinación en Tierra Santa
La deuda internacional
Un nuevo dinamismo

4. «Gracias te damos, Señor, Dios omnipotente» (Ap 11,17). En la Bula de convocatoria del Jubileo auguraba que la celebración bimilenaria del misterio de la Encarnación se viviera como un «único e ininterrumpido canto de alabanza a la Trinidad»[2] y a la vez como camino de reconciliación y como signo de genuina esperanza para quienes miran a Cristo y a su Iglesia».[3] La experiencia del año jubilar se ha movido precisamente en estas dimensiones vitales, alcanzando momentos de intensidad que nos han hecho como tocar con la mano la presencia misericordiosa de Dios, del cual procede «toda dádiva buena y todo don perfecto» (St 1,17).

Pienso, sobre todo, en la dimensión de la alabanza. Desde ella se mueve toda respuesta auténtica de fe a la revelación de Dios en Cristo. El cristianismo

es gracia, es la sorpresa de un Dios que, satisfecho no sólo con la creación del mundo y del hombre, se ha puesto al lado de su criatura, y después de haber hablado muchas veces y de diversos modos por medio de los profetas, «últimamente, en estos días, nos ha hablado por medio de su Hijo» (Hb 1,1-2).

¡En estos días! Sí, el Jubileo nos ha hecho sentir que dos mil años de historia han pasado sin disminuir la actualidad de aquel «hoy» con el que los ángeles anunciaron a los pastores el acontecimiento maravilloso del nacimiento de Jesús en Belén: «Hoy os ha nacido en la ciudad de David un salvador, que es Cristo el Señor» (Lc 2,11). Han pasado dos mil años, pero permanece más viva que nunca la proclamación que Jesús hizo de su misión ante sus atónitos conciudadanos en la Sinagoga de Nazaret, aplicando a sí mismo la profecía de Isaías: «Hoy se cumple esta Escritura que acabáis de oír» (Lc 4,21). Han pasado dos mil años, pero siente siempre consolador para los pecadores necesitados de misericordia —y ¿quién no lo es?— aquel «hoy» de la salvación que en la Cruz abrió las puertas del Reino de Dios al ladrón arrepentido: «En verdad te digo, hoy estarás conmigo en el Paraíso» (Lc 23,43).

La plenitud de los tiempos

5. La coincidencia de este Jubileo con la entrada en un nuevo milenio, ha favorecido ciertamente, sin ceder a fantasías milenaristas, la percepción del misterio de Cristo en el gran horizonte de la historia de la salvación. ¡El cristianismo es la religión que ha entrado en la historia! En efecto, es sobre el terreno de la historia donde Dios ha querido establecer con Israel una alianza y preparar así el nacimiento del Hijo del seno de María, «en la plenitud de los tiempos» (Ga 4,4). Contemplado en su misterio divino y humano, Cristo es el fundamento y el centro de la historia, de la cual es el sentido y la meta última. En efecto, es por medio él, Verbo e imagen del Padre, que «todo se hizo» (Jn 1,3; cf. Col 1,15). Su encarnación, culminada en el misterio pascual y en el don del Espíritu, es el eje del tiempo, la hora misteriosa en la cual el Reino de Dios se ha hecho cercano (cf. Mc 1,15), más aún, ha puesto sus raíces, como una semilla destinada a convertirse en un gran árbol (cf. Mc 4,30-32), en nuestra historia.

«Gloria a ti, Cristo Jesús, hoy y siempre tú reinarás». Con este canto, tantas veces repetido, hemos contemplado en este año a Cristo como nos

lo presenta el Apocalipsis: «El Alfa y la Omega, el Primero y el Último, el Principio y el Fin» (Ap 22,13). Y contemplando a Cristo hemos adorado juntos al Padre y al Espíritu, la única e indivisible Trinidad, misterio inefable en el cual todo tiene su origen y su realización.

Purificación de la memoria

6. Para que nosotros pudiéramos contemplar con mirada más pura el misterio, este Año jubilar ha estado fuertemente caracterizado por la petición de perdón. Y esto ha sido así no sólo para cada uno individualmente, que se ha examinado sobre la propia vida para implorar misericordia y obtener el don especial de la indulgencia, sino también para toda la Iglesia, que ha querido recordar las infidelidades con las cuales tantos hijos suyos, a lo largo de la historia, han ensombrecido su rostro de Esposa de Cristo.

Para este examen de conciencia nos habíamos preparado mucho antes, conscientes de que la Iglesia, acogiendo en su seno a los pecadores «es santa y a la vez tiene necesidad de purificación».[4] Unos Congresos científicos nos han ayudado a centrar aquellos aspectos en los que el espíritu evangélico, durante los dos primeros milenios, no siempre ha brillado. ¿Cómo olvidar la conmovedora Liturgia del 12 de marzo de 2000, en la cual yo mismo, en la Basílica de san Pedro, fijando la mirada en Cristo Crucificado, me he hecho portavoz de la Iglesia pidiendo perdón por el pecado de tantos hijos suyos? Esta «purificación de la memoria» ha reforzado nuestros pasos en el camino hacia el futuro, haciéndonos a la vez más humildes y atentos en nuestra adhesión al Evangelio.

Los testigos de la fe

7. Sin embargo, la viva conciencia penitencial no nos ha impedido dar gloria al Señor por todo lo que ha obrado a lo largo de los siglos, y especialmente en el siglo que hemos dejado atrás, concediendo a su Iglesia una gran multitud de santos y de mártires. Para algunos de ellos el Año jubilar ha sido también el año de su beatificación o canonización. Respecto a Pontífices bien conocidos en la historia o a humildes figuras de laicos y religiosos, de un continente a otro del mundo, la santidad se ha manifestado más que nunca como la dimensión que expresa mejor el misterio de la Iglesia. Mensaje elocuente que no

necesita palabras, la santidad representa al vivo el rostro de Cristo.

Mucho se ha trabajado también, con ocasión del Año Santo, para recoger las memorias preciosas de los Testigos de la fe en el siglo XX. Los hemos conmemorado el 7 de mayo de 2000, junto con representantes de otras Iglesias y Comunidades eclesiales, en el sugestivo marco del Coliseo, símbolo de las antiguas persecuciones. Es una herencia que no se debe perder y que se ha de transmitir para un perenne deber de gratitud y un renovado propósito de imitación.

Iglesia peregrina

8. Siguiendo las huellas de los Santos, se han acercado aquí a Roma, ante las tumbas de los Apóstoles, innumerables hijos de la Iglesia, deseosos de profesar la propia fe, confesar los propios pecados y recibir la misericordia que salva. Mi mirada en este año ha quedado impresionada no sólo por las multitudes que han llenado la Plaza de san Pedro durante muchas celebraciones. Frecuentemente me he parado a mirar las largas filas de peregrinos en espera paciente de cruzar la Puerta Santa. En cada uno de ellos trataba de imaginar la historia de su vida, llena de alegrías, ansias y dolores; una historia de encuentro con Cristo y que en el diálogo con él reemprendía su camino de esperanza.

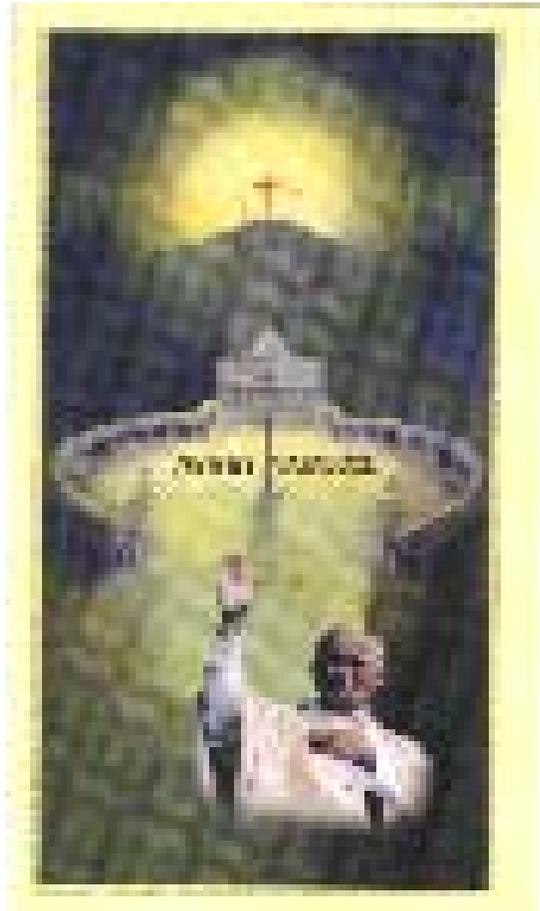
Observando también el continuo fluir de los grupos, los veía como una imagen plástica de la Iglesia peregrina, la Iglesia que está, como dice san Agustín «entre las persecuciones del mundo y los consuelos de Dios».[5] Nosotros sólo podemos observar el aspecto más externo de este acontecimiento singular. ¿Quién puede valorar las maravillas de la gracia que se han dado en los corazones? Conviene callar y adorar, confiando humildemente en la acción misteriosa de Dios y cantar su amor infinito: «¡Misericordias Domini in aeternum cantabo!».

Los jóvenes

9. Los numerosos encuentros jubilares han congregado las más diversas clases de personas, notándose una participación realmente impresionante, que a veces ha puesto a prueba el esfuerzo de los organizadores y animadores, tanto eclesiales como civiles. Deseo aprovechar esta Carta para expresar a todos ellos mi agradecimiento más cordial. Pero, además del número, lo que tantas veces me ha conmovido ha sido constatar el serio esfuerzo de oración, de reflexión y de comunión que estos encuentros han manifestado.

Y, ¿cómo no recordar especialmente el alegre y entusiasmante encuentro de los jóvenes? Si hay una imagen del Jubileo del Año 2000 que quedará viva en el recuerdo más que las otras es seguramente la de la multitud de jóvenes con los cuales he podido establecer una especie de diálogo privilegiado, basado en una recíproca simpatía y un profundo entendimiento. Fue así desde la bienvenida que les di en la Plaza de san Juan de Letrán y en la Plaza de san Pedro. Después les vi deambular por la Ciudad, alegres como deben ser los jóvenes, pero también reflexivos, deseosos de oración, de «sentido» y de amistad verdadera. No será fácil, ni para ellos mismos, ni para cuantos los vieron, borrar de la memoria aquella semana en la cual Roma se hizo «joven con los jóvenes». No será posible olvidar la celebración eucarística de Tor Vergata.

Una vez más, los jóvenes han sido para Roma y para la Iglesia un don especial del Espíritu de Dios. A veces, cuando se mira a los jóvenes, con los problemas y las fragilidades que les caracterizan en la sociedad contemporánea, hay una tendencia al pesimismo. Es como si el Jubileo de los Jóvenes nos



hubiera «sorprendido», trasmitiéndonos, en cambio, el mensaje de una juventud que expresa un deseo profundo, a pesar de posibles ambigüedades, de aquellos valores auténticos que tienen su plenitud en Cristo. ¿No es, tal vez, Cristo el secreto de la verdadera libertad y de la alegría profunda del corazón? ¿No es Cristo el amigo supremo y a la vez el educador de toda amistad auténtica? Si a los jóvenes se les presenta a Cristo con su verdadero rostro, ellos lo experimentan como una respuesta convincente y son capaces de acoger el mensaje, incluso si es exigente y marcado por la Cruz. Por eso, vibrando con su entusiasmo, no dudé en pedirles una opción radical de fe y de vida, señalándoles una tarea estupenda: la de hacerse «centinelas de la mañana» (cf. Is 21,11-12) en esta aurora del nuevo milenio.

Peregrinos de diversas clases

10. Obviamente no puedo detenerme en detalles sobre todas las celebraciones jubilares. Cada una de ellas ha tenido sus características y ha dejado su mensaje no sólo a los que han asistido directamente, sino también a los que lo han conocido o han participado a distancia a través de los medios de comunicación social. Pero, ¿cómo no recordar el tono festivo del primer gran encuentro dedicado a los niños? Empezar por ellos significaba, en cierto modo, respetar la exhortación de Jesús: «Dejad que los niños se acerquen a mí» (Mc 10,14). Más aún, quizás significaba repetir el gesto que él hizo cuando «colocó en medio» a un niño y lo presentó como símbolo mismo de la actitud que había que asumir, si se quiere entrar en el Reino de Dios (cf. Mt 18,2-4).

Y así, en cierto sentido, siguiendo las huellas de los niños han venido a pedir la misericordia jubilar las más diversas clases de adultos: desde los ancianos a los enfermos y minusválidos, desde los trabajadores de las oficinas y del campo a los deportistas, desde los artistas a los profesores universitarios, desde los Obispos y presbíteros a las personas de vida consagrada, desde los políticos y los periodistas hasta los militares, venidos para confirmar el sentido de su servicio como un servicio a la paz.

Gran impacto tuvo el encuentro de los trabajadores, desarrollado el 1 de mayo dentro de la tradicional fecha de la fiesta del trabajo. A ellos les pedí que

vivieran la espiritualidad del trabajo, a imitación de san José y de Jesús mismo. Su jubileo me ofreció, además, la ocasión para lanzar una fuerte llamada a remediar los desequilibrios económicos y sociales existentes en el mundo del trabajo, y a gestionar con decisión los procesos de la globalización económica en función de la solidaridad y del respeto debido a cada persona humana.

Los niños, con su incontenible comportamiento festivo, volvieron en el Jubileo de las Familias, en el cual han sido señalados al mundo como «primavera de la familia y de la sociedad». Muy elocuente fue este encuentro jubilar en el cual tantas familias, procedentes de diversas partes del mundo, vinieron para obtener, con renovado fervor, la luz de Cristo sobre el proyecto originario de Dios (cf. Mc 10,6-8; Mt 19,4-6). Ellas se comprometieron a difundirla en una cultura que corre el peligro de perder, de modo cada vez más preocupante, el sentido mismo del matrimonio y de la institución familiar.

Entre los encuentros más emotivos está también para mí el que tuve con los presos de Regina Caeli. En sus ojos leí el dolor, pero también el arrepentimiento y la esperanza. Para ellos el Jubileo fue por un motivo muy particular un «año de misericordia».

Simpático fue, finalmente, en los últimos días del año, el encuentro con el mundo del espectáculo. A las personas que trabajan en este sector recordé la gran responsabilidad de proponer, con la alegre diversión, mensajes positivos, moralmente sanos, capaces de transmitir confianza y amor a la vida.

Congreso Eucarístico Internacional

11. En la lógica de este Año jubilar, un significado determinante debía tener el Congreso Eucarístico Internacional. ¡Y lo tuvo! Si la Eucaristía es el sacrificio de Cristo que se hace presente entre nosotros, ¿cómo podía su presencia real no ser el centro del Año Santo dedicado a la encarnación del Verbo? Precisamente por ello fue previsto como año «intensamente eucarístico»[6] y así hemos procurado vivirlo. Al mismo tiempo, ¿cómo podía faltar, al lado del recuerdo del nacimiento del Hijo, el de la Madre? María ha estado presente en las celebraciones jubilares no sólo por medio de oportunos y cualificados congresos, sino sobre todo a través del gran Acto de consagración con el que, rodeado por buena parte del Episcopado mundial, confié a su

solicitud materna la vida de los hombres y de las mujeres del nuevo milenio.

La dimensión ecuménica

12. Se comprenderá así que hable espontáneamente del Jubileo visto desde la Sede de Pedro. Sin embargo, no olvido que yo mismo quise que su celebración tuviese lugar de pleno derecho también en las Iglesias particulares, y es allí donde la mayor parte de los fieles han podido obtener las gracias especiales y, en particular, la indulgencia del Año jubilar. Así pues, es significativo que muchas Diócesis hayan sentido el deseo de hacerse presentes, con numerosos grupos de fieles, también aquí en Roma. La Ciudad Eterna ha manifestado, pues, una vez más su papel providencial de lugar donde las riquezas y los dones de todas y cada una de las Iglesias, y también de cada nación y cultura, se armonizan en la «catolicidad», para que la única Iglesia de Cristo manifieste de modo cada vez más elocuente su misterio de sacramento de unidad.[7]

Había pedido también que, en el programa del Año jubilar, se prestara una particular atención a la dimensión ecuménica. ¿Qué ocasión más propicia para animar el camino hacia la plena comunión que la celebración común del nacimiento de Cristo? Se han llevado a cabo muchos esfuerzos para este objetivo, y entre ellos destaca el encuentro ecuménico en la Basílica de San Pablo el 18 de enero de 2000, cuando por primera vez en la historia una Puerta Santa fue abierta conjuntamente por el Sucesor de Pedro, por el Primado Anglicano y por un Metropolitano del Patriarcado Ecuménico de Constantinopla, en presencia de representantes de Iglesias y Comunidades eclesiales del todo el mundo. En esta misma dirección han ido también algunos importantes encuentros con Patriarcas ortodoxos y Jerarcas de otras Confesiones cristianas. Recuerdo, en particular, la reciente visita de S.S. Karekin II, Patriarca Supremo y Catholicos de todos los Armenios. Además, muchos fieles de otras Iglesias y Comunidades eclesiales han participado en los encuentros jubilares de los diversos grupos. El camino ecuménico es ciertamente laborioso, quizás largo, pero nos anima la esperanza de estar guiados por la presencia de Cristo resucitado y por la fuerza inagotable de su Espíritu, capaz de sorpresas siempre nuevas.

La peregrinación en Tierra Santa

13. ¿Cómo no recordar también mi Jubileo personal por los caminos de Tierra Santa? Habría deseado iniciarlo en Ur de los Caldeos, para seguir casi prácticamente las huellas de Abraham «nuestro padre en la fe» (cf. Rm 4,11-16). En cambio, tuve que contentarme con una etapa únicamente espiritual, mediante la sugestiva «Liturgia de la palabra» celebrada el 23 de febrero en el Aula Pablo VI. A continuación tuvo lugar la verdadera peregrinación, siguiendo el itinerario de la historia de la salvación. Así tuve el gozo de pararme en el Monte Sinaí, lugar que recuerda la entrega del Decálogo y de la primera Alianza. Un mes después retomé el camino, llegando al Monte Nebo y visitando luego los mismos lugares habitados y santificados por el Redentor. Es difícil expresar la emoción que experimenté al poder venerar los lugares del nacimiento y de la vida de Cristo, en Belén y Nazaret, al celebrar la Eucaristía en el Cenáculo, en el mismo lugar de su institución, al meditar el misterio de la Cruz sobre el Gólgota, donde él dio su vida por nosotros. En aquellos lugares, aún tan probados e incluso recientemente entristecidos por la violencia, pude experimentar una acogida extraordinaria no sólo por parte de los hijos de la Iglesia, sino también por parte de las comunidades israelítica y palestina. Grande fue mi emoción en la oración ante el Muro de las Lamentaciones y durante la visita al Mausoleo de Yad Vashem, en el recuerdo aterrador de las víctimas de los campos de exterminio nazis. Aquella peregrinación fue un momento de fraternidad y de paz, que me complace señalar como uno de los dones más bellos del acontecimiento jubilar. Pensando en el clima vivido en aquellos días, expreso el sincero augurio de una pronta y justa solución de los problemas aún abiertos en aquellos lugares santos, tan queridos a la vez por los judíos, los cristianos y los musulmanes.

La deuda internacional

14. El Jubileo ha sido también, —y no podía ser de otro modo— un gran acontecimiento de caridad. Desde los años preparatorios, hice una llamada a una mayor y más comprometida atención a los problemas de la pobreza que aún afligen al mundo. Un significado particular ha tenido, a este respecto, el problema de la deuda internacional de los Países pobres. En relación con éstos, un gesto de generosidad estaba en la lógica misma del Jubileo, que en su

originaria configuración bíblica era precisamente el tiempo en el cual la comunidad se comprometía a restablecer la justicia y la solidaridad en las relaciones entre las personas, restituyendo también los bienes materiales sustraídos. Me complace observar que recientemente los Parlamentos de muchos Estados acreedores han votado una reducción sustancial de la deuda bilateral que tienen los Países más pobres y endeudados. Formulo mis votos para que los respectivos Gobiernos acaten, en breve plazo, estas decisiones parlamentarias. Más problemática ha resultado, sin embargo, la cuestión de la deuda multilateral, contraída por Países pobres con los Organismos financieros internacionales. Es de desear que los Estados miembros de tales organizaciones, sobre todo los que tienen un mayor peso en las decisiones, logren encontrar el consenso necesario para llegar a una rápida solución de una cuestión de la que depende el proceso de desarrollo de muchos Países, con graves consecuencias para la condición económica y existencial de tantas personas.

Un nuevo dinamismo

15. Éstos son algunos de los aspectos más sobresalientes de la experiencia jubilar. Ésta deja en nosotros tantos recuerdos. Pero si quisiéramos individuar el núcleo esencial de la gran herencia que nos deja, no dudaría en concretarlo en la contemplación del rostro de Cristo: contemplado en sus coordenadas históricas y en su misterio, acogido en su múltiple presencia en la Iglesia y en el mundo, confesado como sentido de la historia y luz de nuestro camino.

Ahora tenemos que mirar hacia adelante, debemos «remar mar adentro», confiando en la palabra de Cristo: ¡Duc in altum! Lo que hemos hecho este año no puede justificar una sensación de dejadez y menos aún llevarnos a una actitud de desinterés. Al contrario, las experiencias vividas deben suscitar en nosotros un dinamismo nuevo, empujándonos a emplear el entusiasmo experimentado en iniciativas concretas. Jesús mismo nos lo advierte: «Quien pone su mano en el arado y vuelve su vista atrás, no sirve para el Reino de Dios» (Lc 9,62). En la causa del Reino no hay tiempo para mirar para atrás, y menos para dejarse llevar por la pereza. Es mucho lo que nos espera y por eso tenemos que emprender una eficaz programación pastoral post-jubilar.

Sin embargo, es importante que lo que nos proponemos, con la ayuda de Dios, esté fundado en la contemplación y en la oración. El nuestro es un tiempo de continuo movimiento, que a menudo desemboca en el activismo, con el riesgo fácil del «hacer por hacer». Tenemos que resistir a esta tentación, buscando «ser» antes que «hacer». Recordemos a este respecto el reproche de Jesús a Marta: «Tú te afanas y te preocupas por muchas cosas y sin embargo sólo una es necesaria» (Lc 10,41-42). Con este espíritu, antes de someter a vuestra consideración unas líneas de acción, deseo haceros partícipes de algunos puntos de meditación sobre el misterio de Cristo, fundamento absoluto de toda nuestra acción pastoral.

II. UN ROSTRO PARA CONTEMPLAR

El testimonio de los Evangelios

El camino de la fe

La profundidad del misterio

Rostro del Hijo

Rostro doliente

Rostro del Resucitado

16. «Queremos ver a Jesús» (Jn 12,21). Esta petición, hecha al apóstol Felipe por algunos griegos que habían acudido a Jerusalén para la peregrinación pascual, ha resonado también espiritualmente en nuestros oídos en este Año jubilar. Como aquellos peregrinos de hace dos mil años, los hombres de nuestro tiempo, quizás no siempre conscientemente, piden a los creyentes de hoy no sólo «hablar» de Cristo, sino en cierto modo hacérselo «ver». ¿Y no es quizá cometido de la Iglesia reflejar la luz de Cristo en cada época de la historia y hacer resplandecer también su rostro ante las generaciones del nuevo milenio?

Nuestro testimonio sería, además, enormemente deficiente si nosotros no fuésemos los primeros contempladores de su rostro. El Gran Jubileo nos ha ayudado a serlo más profundamente. Al final del Jubileo, a la vez que reemprendemos el ritmo ordinario, llevando en el ánimo las ricas experiencias vividas durante este período singular, la mirada se queda más que nunca fija en el rostro del Señor.

El testimonio de los Evangelios

17. La contemplación del rostro de Cristo se centra sobre todo en lo que de él dice la Sagrada Escritura que, desde el principio hasta el final, está impregnada de este misterio, señalado oscuramente en el Antiguo Testamento y revelado plenamente en el Nuevo, hasta el punto que san Jerónimo afirma con vigor: «Ignorar las Escrituras es ignorar a Cristo mismo».[8] Teniendo como fundamento la Escritura, nos abrimos a la acción del Espíritu (cf. Jn 15,26), que es el origen de aquellos escritos, y, a la vez, al testimonio de los Apóstoles (cf. ibíd., 27), que tuvieron la experiencia viva de Cristo, la Palabra de vida, lo vieron con sus ojos, lo escucharon con sus oídos y lo tocaron con sus manos (cf. 1 Jn 1,1).

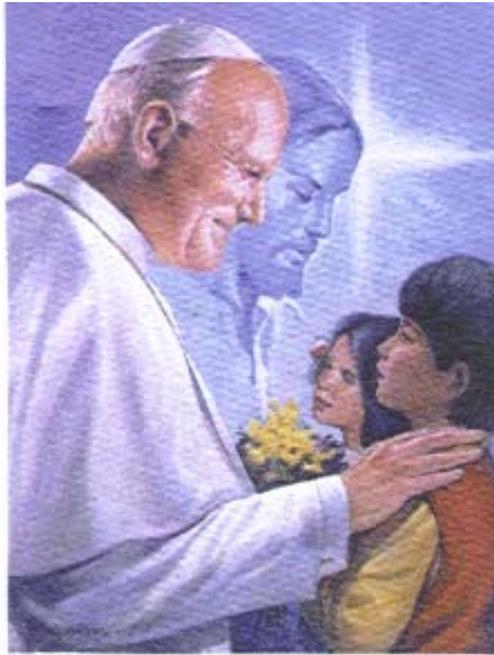
Lo que nos ha llegado por medio de ellos es una visión de fe, basada en un testimonio histórico preciso. Es un testimonio verdadero que los Evangelios, no obstante su compleja redacción y con una intención primordialmente catequética, nos transmitieron de una manera plenamente comprensible.[9]

18. En realidad los Evangelios no pretenden ser una biografía completa de Jesús según los cánones de la ciencia histórica moderna. Sin embargo, de ellos emerge el rostro del Nazareno con un fundamento histórico seguro, pues los evangelistas se preocuparon de presentarlo recogiendo testimonios fiables (cf. Lc 1,3) y trabajando sobre documentos sometidos al atento discernimiento eclesial. Sobre la base de estos testimonios iniciales ellos, bajo la acción iluminada del Espíritu Santo, descubrieron el dato humanamente desconcertante del nacimiento virginal de Jesús de María, esposa de José. De quienes lo habían conocido durante los casi treinta años transcurridos por él en Nazaret (cf. Lc 3,23), recogieron los datos sobre su vida de «hijo del carpintero» (Mt 13,55) y también como «carpintero», en medio de sus parientes (cf. Mc 6,3). Hablaron de su religiosidad, que lo movía a ir

con los suyos en peregrinación anual al templo de Jerusalén (cf. Lc 2,41) y sobre todo porque acudía de forma habitual a la sinagoga de su ciudad (cf. Lc 4,16).

Después los relatos serán más extensos, aún sin ser una narración orgánica y detallada, en el período del ministerio público, a partir del momento en que el joven galileo se hace bautizar por Juan Bautista en

el Jordán y, apoyado por el testimonio de lo alto, con la conciencia de ser el «Hijo amado» (cf. Lc 3,22), inicia su predicación de la venida del Reino de Dios, enseñando sus exigencias y su fuerza mediante palabras y signos de gracia y misericordia. Los Evangelios nos lo presentan así en camino por ciudades y aldeas, acompañado por doce Apóstoles elegidos por él (cf. Mc 3,13-19), por un grupo de mujeres que los ayudan (cf. Lc 8,2-3), por muchedumbres que lo buscan y lo siguen, por enfermos que imploran su poder de curación, por interlocutores que escuchan, con diferente eco, sus palabras.



La narración de los Evangelios coincide además en mostrar la creciente tensión que hay entre Jesús y los grupos dominantes de la sociedad religiosa de su tiempo, hasta la crisis final, que tiene su epílogo dramático en el Gólgota. Es la hora de las tinieblas, a la que seguirá una nueva, radiante y definitiva aurora. En efecto, las narraciones evangélicas terminan mostrando al Nazareno victorioso sobre la muerte, señalan la tumba vacía y lo siguen en el ciclo de las apariciones, en las cuales los discípulos, perplejos y atónitos antes, llenos de indecible gozo después, lo experimentan vivo y radiante, y de él reciben el don del Espíritu Santo (cf. Jn 20,22) y el mandato de anunciar el

Evangelio a «todas las gentes» (Mt 28,19).

El camino de la fe

19. «Los discípulos se alegraron de ver al Señor» (Jn 20,20). El rostro que los Apóstoles contemplaron después de la resurrección era el mismo de aquel

Jesús con quien habían vivido unos tres años, y que ahora los convencía de la verdad asombrosa de su nueva vida mostrándoles «las manos y el costado» (ibíd.). Ciertamente no fue fácil creer. Los discípulos de Emaús creyeron sólo después de un laborioso itinerario del espíritu (cf. Lc 24,13-35). El apóstol Tomás creyó únicamente después de haber comprobado el prodigio (cf. Jn 20,24-29). En realidad, aunque se viese y se tocase su cuerpo, sólo la fe podía franquear el misterio de aquel rostro. Ésta era una experiencia que los discípulos debían haber hecho ya en la vida histórica de Cristo, con las preguntas que afloraban en su mente cada vez que se sentían interpelados por sus gestos y por sus palabras. A Jesús no se llega verdaderamente más que por la fe, a través de un camino cuyas etapas nos presenta el Evangelio en la bien conocida escena de Cesarea de Filipo (cf. Mt 16,13-20). A los discípulos, como haciendo un primer balance de su misión, Jesús les pregunta quién dice la «gente» que es él, recibiendo como respuesta: «Unos, que Juan el Bautista; otros, que Elías; otros, que Jeremías o uno de los profetas» (Mt 16,14). Respuesta elevada, pero distante aún —¡y cuánto!— de la verdad. El pueblo llega a entrever la dimensión religiosa realmente excepcional de este rabí que habla de manera fascinante, pero que no consigue encuadrarlo entre los hombres de Dios que marcaron la historia de Israel. En realidad, ¡Jesús es muy distinto! Es precisamente este ulterior grado de conocimiento, que atañe al nivel profundo de su persona, lo que él espera de los «suyos»: «Y vosotros ¿quién decís que soy yo?» (Mt 16,15). Sólo la fe profesada por Pedro, y con él por la Iglesia de todos los tiempos, llega realmente al corazón, yendo a la profundidad del misterio: «Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo» (Mt 16,16).

20. ¿Cómo llegó Pedro a esta fe? ¿Y qué se nos pide a nosotros si queremos seguir de modo cada vez más convencido sus pasos? Mateo nos da una indicación clarificadora en las palabras con que Jesús acoge la confesión de Pedro: «No te ha revelado esto la carne ni la sangre, sino mi Padre que está en los cielos» (16, 17). La expresión «carne y sangre» evoca al hombre y el modo común de conocer. Esto, en el caso de Jesús, no basta. Es necesaria una gracia de «revelación» que viene del Padre (cf. ibíd.). Lucas nos ofrece un dato que sigue la misma dirección, haciendo notar que este diálogo

con los discípulos se desarrolló mientras Jesús «estaba orando a solas» (Lc 9,18). Ambas indicaciones nos hacen tomar conciencia del hecho de que a la contemplación plena del rostro del Señor no llegamos sólo con nuestras fuerzas, sino dejándonos guiar por la gracia. Sólo la experiencia del silencio y de la oración ofrece el horizonte adecuado en el que puede madurar y desarrollarse el conocimiento más auténtico, fiel y coherente, de aquel misterio, que tiene su expresión culminante en la solemne proclamación del evangelista Juan: «Y la Palabra se hizo carne, y puso su Morada entre nosotros, y hemos contemplado su gloria, gloria que recibe del Padre como Hijo único, lleno de gracia y de verdad» (Jn 1,14).

La profundidad del misterio

21. ¡La Palabra y la carne, la gloria divina y su morada entre los hombres! En la unión íntima e inseparable de estas dos polaridades está la identidad de Cristo, según la formulación clásica del Concilio de Calcedonia (a. 451): «Una persona en dos naturalezas». La persona es aquella, y sólo aquella, la Palabra eterna, el hijo del Padre. Sus dos naturalezas, sin confusión alguna, pero sin separación alguna posible, son la divina y la humana.[10]

Somos conscientes de los límites de nuestros conceptos y palabras. La fórmula, aunque siempre humana, está sin embargo expresada cuidadosamente en su contenido doctrinal y nos permite asomarnos, en cierto modo, a la profundidad del misterio. Ciertamente, ¡Jesús es verdadero Dios y verdadero hombre! Como el apóstol Tomás, la Iglesia está invitada continuamente por Cristo a tocar sus llagas, es decir, a reconocer la plena humanidad asumida en María, entregada a la muerte, transfigurada por la resurrección: «Acercas aquí tu dedo y mira mis manos; trae tu mano y métela en mi costado» (Jn 20,27). Como Tomás, la Iglesia se postra ante Cristo resucitado, en la plenitud de su divino esplendor, y exclama perennemente: ¡«Señor mío y Dios mío»! (Jn 20,28).

22. «La Palabra se hizo carne» (Jn 1,14). Esta espléndida presentación joánica del misterio de Cristo está confirmada por todo el Nuevo Testamento. En este sentido se sitúa también el apóstol Pablo cuando afirma que el Hijo de Dios nació de la estirpe de David «según la carne» (Rm 1,3; cf. 9,5). Si hoy, con el racionalismo que reina en gran parte

de la cultura contemporánea, es sobre todo la fe en la divinidad de Cristo lo que constituye un problema, en otros contextos históricos y culturales hubo más bien la tendencia a rebajar o desconocer el aspecto histórico concreto de la humanidad de Jesús. Pero para la fe de la Iglesia es esencial e irrenunciable afirmar que realmente la Palabra «se hizo carne» y asumió todas las características del ser humano, excepto el pecado (cf. Hb 4,15). En esta perspectiva, la Encarnación es verdaderamente una kenosis, un “despojarse”, por parte del Hijo de Dios, de la gloria que tiene desde la eternidad (cf. Flp 2,6-8; 1 P 3,18).

Por otra parte, este rebajarse del Hijo de Dios no es un fin en sí mismo; tiende más bien a la plena glorificación de Cristo, incluso en su humanidad. «Por lo cual Dios le exaltó y le otorgó un Nombre sobre todo nombre. Para que al nombre de Jesús toda rodilla se doble en los cielos, en la tierra y en los abismos, y toda lengua confiese que Cristo Jesús es Señor para gloria de Dios Padre» (Flp 2,9-11).

23. «Señor, busco tu rostro» (Sal 2726,8). El antiguo anhelo del Salmista no podía recibir una respuesta mejor y sorprendente más que en la contemplación del rostro de Cristo. En él Dios nos ha bendecido verdaderamente y ha hecho «brillar su rostro sobre nosotros» (Sal 6766,3). Al mismo tiempo, Dios y hombre como es, Cristo nos revela también el auténtico rostro del hombre, «manifiesta plenamente el hombre al propio hombre».[11]

Jesús es el «hombre nuevo» (cf. Ef 4,24; Col 3,10) que llama a participar de su vida divina a la humanidad redimida. En el misterio de la Encarnación están las bases para una antropología que es capaz de ir más allá de sus propios límites y contradicciones, moviéndose hacia Dios mismo, más aún, hacia la meta de la «divinización», a través de la incorporación a Cristo del hombre redimido, admitido a la intimidad de la vida trinitaria. Sobre esta dimensión salvífica del misterio de la Encarnación los Padres han insistido mucho: sólo porque el Hijo de Dios se hizo verdaderamente hombre, el hombre puede, en él y por medio de él, llegar a ser realmente hijo de Dios.[12]

Rostro del Hijo

24. Esta identidad divino-humana brota vigorosamente de los Evangelios, que nos ofrecen una serie de elementos gracias a los cuales podemos

introducimos en la «zona-límite» del misterio, representada por la autoconciencia de Cristo. La Iglesia no duda de que en su narración los evangelistas, inspirados por el Espíritu Santo, captaran correctamente, en las palabras pronunciadas por Jesús, la verdad que él tenía sobre su conciencia y su persona. ¿No es quizás esto lo que nos quiere decir Lucas, recogiendo las primeras palabras de Jesús, apenas con doce años, en el templo de Jerusalén? Entonces él aparece ya consciente de tener una relación única con Dios, como es la propia del «hijo». En efecto, a su Madre, que le hace notar la angustia con que ella y José lo han buscado, Jesús responde sin dudar: «¿Por qué me buscabais? ¿No sabíais que yo debía estar en la casa de mi Padre?» (Lc 2,49). No es de extrañar, pues, que, en la madurez, su lenguaje expresara firmemente la profundidad de su misterio, como está abundantemente subrayado tanto por los Evangelios sinópticos (cf. Mt 11,27; Lc 10,22), como por el evangelista Juan. En su autoconciencia Jesús no tiene dudas: «El Padre está en mí, y yo en el Padre» (Jn 10,38).

Aunque sea lícito pensar que, por su condición humana que lo hacía crecer «en sabiduría, en estatura y en gracia» (Lc 2,52), la conciencia humana de su misterio progresa también hasta la plena expresión de su humanidad glorificada, no hay duda de que ya en su existencia terrena Jesús tenía conciencia de su identidad de Hijo de Dios. Juan lo subraya llegando a afirmar que, en definitiva, por esto fue rechazado y condenado. En efecto, buscaban matarlo, «porque no sólo quebrantaba el sábado, sino que llamaba a Dios su propio Padre, haciéndose a sí mismo igual a Dios» (Jn 5,18). En el marco de Getsemaní y del Gólgota, la conciencia humana de Jesús se verá sometida a la prueba más dura. Pero ni siquiera el drama de la pasión y muerte conseguirá afectar su serena seguridad de ser el Hijo del Padre celestial.

Rostro doliente

25. La contemplación del rostro de Cristo nos lleva así a acercarnos al aspecto más paradójico de su misterio, como se ve en la hora extrema, la hora de la Cruz. Misterio en el misterio, ante el cual el ser humano ha de postrarse en adoración.

Pasa ante nuestra mirada la intensidad de la escena de la agonía en el huerto de los Olivos. Jesús, abrumado por la previsión de la prueba que le

espera, solo ante Dios, lo invoca con su habitual y tierna expresión de confianza: «¡Abbá, Padre!». Le pide que aleje de él, si es posible, la copa del sufrimiento (cf. Mc 14,36). Pero el Padre parece que no quiere escuchar la voz del Hijo. Para devolver al hombre el rostro del Padre, Jesús debió no sólo asumir el rostro del hombre, sino cargarse incluso del «rostro» del pecado. «Quien no conoció pecado, se hizo pecado por nosotros, para que viniésemos a ser justicia de Dios en él» (2 Co 5,21).

Nunca acabaremos de conocer la profundidad de este misterio. Es toda la aspereza de esta paradoja la que emerge en el grito de dolor, aparentemente desesperado, que Jesús da en la cruz: «"Eloí, Eloí, ¿lema sabactaní?" —que quiere decir— "¡Dios mío, Dios mío! ¿por qué me has abandonado?"» (Mc 15,34). ¿Es posible imaginar un sufrimiento mayor, una oscuridad más densa? En realidad, el angustioso «por qué» dirigido al Padre con las palabras iniciales del Salmo 22, aun conservando todo el realismo de un dolor indecible, se ilumina con el sentido de toda la oración en la que el Salmista presenta unidos, en un conjunto conmovedor de sentimientos, el sufrimiento y la confianza. En efecto, continúa el Salmo: «En ti esperaron nuestros padres, esperaron y tú los liberaste... ¡No andes lejos de mí, que la angustia está cerca, no hay para mí socorro!» (221, 5.12).

26. El grito de Jesús en la cruz, queridos hermanos y hermanas, no delata la angustia de un desesperado, sino la oración del Hijo que ofrece su vida al Padre en el amor para la salvación de todos. Mientras se identifica con nuestro pecado, «abandonado» por el Padre, él se «abandona» en las manos del Padre. Fija sus ojos en el Padre. Precisamente por el conocimiento y la experiencia que sólo él tiene de Dios, incluso en este momento de oscuridad ve límpidamente la gravedad del pecado y sufre por esto. Sólo él, que ve al Padre y lo goza plenamente, valora profundamente qué significa resistir con el pecado a su amor. Antes aun, y mucho más que en el cuerpo, su pasión es sufrimiento atroz del alma. La tradición teológica no ha evitado preguntarse cómo Jesús pudiera vivir a la vez la unión profunda con el Padre, fuente naturalmente de alegría y felicidad, y la agonía hasta el grito de abandono. La copresencia de estas dos dimensiones aparentemente inconciliables está arraigada realmente en la profundidad insondable de la unión hipostática.

27. Ante este misterio, además de la investigación teológica, podemos encontrar una ayuda eficaz en aquel patrimonio que es la «teología vivida» de los Santos. Ellos nos ofrecen unas indicaciones preciosas que permiten acoger más fácilmente la intuición de la fe, y esto gracias a las luces particulares que algunos de ellos han recibido del Espíritu Santo, o incluso a través de la experiencia que ellos mismos han hecho de los terribles estados de prueba que la tradición mística describe como «noche oscura». Muchas veces los Santos han vivido algo semejante a la experiencia de Jesús en la cruz en la paradójica confluencia de felicidad y dolor. En el Diálogo de la Divina Providencia Dios Padre muestra a Catalina de Siena cómo en las almas santas puede estar presente la alegría junto con el sufrimiento: «Y el alma está feliz y doliente: doliente por los pecados del prójimo, feliz por la unión y por el afecto de la caridad que ha recibido en sí misma. Ellos imitan al Cordero inmaculado, a mi Hijo Unigénito, el cual estando en la cruz estaba feliz y doliente».[13] Del mismo modo Teresa de Lisieux vive su agonía en comunión con la de Jesús, verificando en sí misma precisamente la misma paradoja de Jesús feliz y angustiado: «Nuestro Señor en el huerto de los Olivos gozaba de todas las alegrías de la Trinidad, sin embargo su agonía no era menos cruel. Es un misterio, pero le aseguro que, de lo que pruebo yo misma, comprendo algo».[14] Es un testimonio muy claro. Por otra parte, la misma narración de los evangelistas da lugar a esta percepción eclesial de la conciencia de Cristo cuando recuerda que, aun en su profundo dolor, él muere implorando el perdón para sus verdugos (cf. Lc 23,34) y expresando al Padre su extremo abandono filial: «Padre, en tus manos pongo mi espíritu» (Lc 23,46).

Rostro del Resucitado

28. Como en el Viernes y en el Sábado Santo, la Iglesia permanece en la contemplación de este rostro ensangrentado, en el cual se esconde la vida de Dios y se ofrece la salvación del mundo. Pero esta contemplación del rostro de Cristo no puede reducirse a su imagen de crucificado. ¡Él es el Resucitado! Si no fuese así, vana sería nuestra predicación y vana nuestra fe (cf. 1 Co 15,14). La resurrección fue la respuesta del Padre a la obediencia de Cristo, como recuerda la Carta a los Hebreos: «El cual,

habiendo ofrecido en los días de su vida mortal ruegos y súplicas con poderoso clamor y lágrimas al que podía salvarle de la muerte, fue escuchado por su actitud reverente, y aun siendo Hijo, con lo que padeció experimentó la obediencia; y llegado a la perfección, se convirtió en causa de salvación eterna para todos los que le obedecen» (5, 7-9).

La Iglesia mira ahora a Cristo resucitado. Lo hace siguiendo los pasos de Pedro, que lloró por haberle renegado y retomó su camino confesando, con comprensible temor, su amor a Cristo: «Tú sabes que te quiero» (Jn 21,15.17). Lo hace unida a Pablo, que lo encontró en el camino de Damasco y quedó impactado por él: «Para mí la vida es Cristo, y la muerte, una ganancia» (Flp 1,21).

Después de dos mil años de estos acontecimientos, la Iglesia los vive como si hubieran sucedido hoy. En el rostro de Cristo ella, su Esposa, contempla su tesoro y su alegría. «Dulcis Iesu memoria, dans vera cordis gaudia»: ¡cuán dulce es el recuerdo de Jesús, fuente de verdadera alegría del corazón! La Iglesia, animada por esta experiencia, retoma hoy su camino para anunciar a Cristo al mundo, al inicio del tercer milenio: Él «es el mismo ayer, hoy y siempre» (Hb 13,8).

III. CAMINAR DESDE CRISTO

La santidad

La oración

La Eucaristía dominical

El sacramento de la Reconciliación

Primacía de la gracia

Escucha de la Palabra

Anuncio de la Palabra

29. «He aquí que yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin del mundo» (Mt 28,20). Esta certeza, queridos hermanos y hermanas, ha acompañado a la Iglesia durante dos milenios y se ha avivado ahora en nuestros corazones por la celebración del Jubileo. De ella debemos sacar un renovado impulso en la vida cristiana, haciendo que sea, además, la fuerza inspiradora de nuestro camino. Conscientes de esta presencia del Resucitado entre nosotros, nos planteamos hoy la pregunta dirigida a Pedro en Jerusalén, inmediatamente después de su discurso de Pentecostés: «¿Qué hemos de hacer, hermanos?» (Hch 2,37).

Nos lo preguntamos con confiado optimismo, aunque sin minusvalorar los problemas. No nos satisface ciertamente la ingenua convicción de que haya una fórmula mágica para los grandes desafíos de nuestro tiempo. No, no será una fórmula lo que nos salve, pero sí una Persona y la certeza que ella nos infunde: ¡Yo estoy con vosotros!

No se trata, pues, de inventar un nuevo programa. El programa ya existe. Es el de siempre, recogido por el Evangelio y la Tradición viva. Se centra, en definitiva, en Cristo mismo, al que hay que conocer, amar e imitar, para vivir en él la vida trinitaria y transformar con él la historia hasta su perfeccionamiento en la Jerusalén celeste. Es un programa que no cambia al variar los tiempos y las culturas, aunque tiene cuenta del tiempo y de la cultura para un verdadero diálogo y una comunicación eficaz.

Sin embargo, es necesario que el programa formule orientaciones pastorales adecuadas a las condiciones de cada comunidad. El Jubileo nos ha ofrecido la oportunidad extraordinaria de dedicarnos, durante algunos años, a un camino de unidad en toda la Iglesia, un camino de catequesis articulada sobre el tema trinitario y acompañada por objetivos pastorales orientados hacia una fecunda experiencia jubilar. Doy las gracias por la cordial adhesión con la que ha sido acogida la propuesta que hice en la Carta apostólica Tertio millennio adveniente. Sin embargo, ahora ya no estamos ante una meta inmediata, sino ante el mayor y no menos comprometedor horizonte de la pastoral ordinaria. Dentro de las coordenadas universales e irrenunciables, es necesario que el único programa del Evangelio siga introduciéndose en la historia de cada comunidad eclesial, como siempre se ha hecho. En las Iglesias locales es donde se pueden establecer aquellas indicaciones programáticas concretas —objetivos y métodos de trabajo, de formación y valorización de los agentes y la búsqueda de los medios necesarios— que permiten que el anuncio de Cristo llegue a las personas, modele las comunidades e incida profundamente mediante el testimonio de los valores evangélicos en la sociedad y en la cultura.

Por tanto, exhorto ardientemente a los Pastores de las Iglesias particulares a que, ayudados por la participación de los diversos sectores del Pueblo de Dios, señalen las etapas del camino futuro, sinto-

nizando las opciones de cada Comunidad diocesana con las de las Iglesias colindantes y con las de la Iglesia universal.

Dicha sintonía será ciertamente más fácil por el trabajo colegial, que ya se ha hecho habitual, desarrollado por los Obispos en las Conferencias episcopales y en los Sínodos. ¿No ha sido éste quizás el objetivo de las Asambleas de los Sínodos, que han precedido la preparación al Jubileo, elaborando orientaciones significativas para el anuncio actual del Evangelio en los múltiples contextos y las diversas culturas? No se debe perder este rico patrimonio de reflexión, sino hacerlo concretamente operativo.

Nos espera, pues, una apasionante tarea de renacimiento pastoral. Una obra que implica a todos. Sin embargo, deseo señalar, como punto de referencia y orientación común, algunas prioridades pastorales que la experiencia misma del Gran Jubileo ha puesto especialmente de relieve ante misojos.

La santidad

30. En primer lugar, no dudo en decir que la perspectiva en la que debe situarse el camino pastoral es el de la santidad. ¿Acaso no era éste el sentido último de la indulgencia jubilar, como gracia especial ofrecida por Cristo para que la vida de cada bautizado pudiera purificarse y renovarse profundamente?

Espero que, entre quienes han participado en el Jubileo, hayan sido muchos los beneficiados con esta gracia, plenamente conscientes de su carácter exigente. Terminado el Jubileo, empieza de nuevo el camino ordinario, pero hacer hincapié en la santidad es más que nunca una urgencia pastoral.

Conviene además descubrir en todo su valor programático el capítulo V de la Constitución dogmática *Lumen gentium* sobre la Iglesia, dedicado a la «vocación universal a la santidad». Si los Padres conciliares concedieron tanto relieve a esta temática no fue para dar una especie de toque espiritual a la eclesiología, sino más bien para poner de relieve una dinámica intrínseca y determinante. Descubrir a la Iglesia como «misterio», es decir, como pueblo «congregado en la unidad del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo», [15] llevaba a descubrir también su «santidad», entendida en su sentido fundamental de pertenecer a Aquél que por excelen-

cia es el Santo, el «tres veces Santo» (cf. Is 6,3). Confesar a la Iglesia como santa significa mostrar su rostro de Esposa de Cristo, por la cual él se entregó, precisamente para santificarla (cf. Ef 5,25-26). Este don de santidad, por así decir, objetiva, se da a cada bautizado.

Pero el don se plasma a su vez en un compromiso que ha de dirigir toda la vida cristiana: «Ésta es la voluntad de Dios: vuestra santificación» (1 Ts 4,3). Es un compromiso que no afecta sólo a algunos cristianos: «Todos los cristianos, de cualquier clase o condición, están llamados a la plenitud de la vida cristiana y a la perfección del amor».[16]

31. Recordar esta verdad elemental, poniéndola como fundamento de la programación pastoral que nos atane al inicio del nuevo milenio, podría parecer, en un primer momento, algo poco práctico. ¿Acaso se puede «programar» la santidad? ¿Qué puede significar esta palabra en la lógica de un plan pastoral?

En realidad, poner la programación pastoral bajo el signo de la santidad es una opción llena de consecuencias. Significa expresar la convicción de que, si el Bautismo es una verdadera entrada en la santidad de Dios por medio de la inserción en Cristo y la inhabitación de su Espíritu, sería un contrasentido contentarse con una vida mediocre, vivida según una ética minimalista y una religiosidad superficial. Preguntar a un catecúmeno, «¿quieres recibir el Bautismo?», significa al mismo tiempo preguntarle, «¿quieres ser santo?» Significa ponerle en el camino del Sermón de la Montaña: «Sed perfectos como es perfecto vuestro Padre celestial» (Mt 5,48).

Como el Concilio mismo explicó, este ideal de perfección no ha de ser malentendido, como si implicase una especie de vida extraordinaria, practicable sólo por algunos «genios» de la santidad. Los caminos de la santidad son múltiples y adecuados a la vocación de cada uno. Doy gracias al Señor que me ha concedido beatificar y canonizar durante estos años a tantos cristianos y, entre ellos a muchos laicos que se han santificado en las circunstancias más ordinarias de la vida. Es el momento de proponer de nuevo a todos con convicción este «alto grado» de la vida cristiana ordinaria. La vida entera de la comunidad eclesial y de las familias cristianas debe ir en esta dirección. Pero también es evidente

que los caminos de la santidad son personales y exigen una pedagogía de la santidad verdadera y propia, que sea capaz de adaptarse a los ritmos de cada persona. Esta pedagogía debe enriquecer la propuesta dirigida a todos con las formas tradicionales de ayuda personal y de grupo, y con las formas más recientes ofrecidas en las asociaciones y en los movimientos reconocidos por la Iglesia.

La oración

32. Para esta pedagogía de la santidad es necesario un cristianismo que se distinga ante todo en el arte de la oración. El Año jubilar ha sido un año de oración personal y comunitaria más intensa. Pero sabemos bien que rezar tampoco es algo que pueda darse por supuesto. Es preciso aprender a orar, como aprendiendo de nuevo este arte de los labios mismos del divino Maestro, como los primeros discípulos: «Señor, enséñanos a orar» (Lc 11,1). En la plegaria se desarrolla ese diálogo con Cristo que nos convierte en sus íntimos: «Permaneced en mí, como yo en vosotros» (Jn 15,4). Esta reciprocidad es el fundamento mismo, el alma de la vida cristiana y una condición para toda vida pastoral auténtica. Realizada en nosotros por el Espíritu Santo, nos abre, por Cristo y en Cristo, a la contemplación del rostro del Padre. Aprender esta lógica trinitaria de la oración cristiana, viviéndola plenamente ante todo en la liturgia, cumbre y fuente de la vida eclesial,[17] pero también de la experiencia personal, es el secreto de un cristianismo realmente vital, que no tiene motivos para temer el futuro, porque vuelve continuamente a las fuentes y se regenera en ellas.

33. ¿No es acaso un «signo de los tiempos» el que hoy, a pesar de los vastos procesos de secularización, se detecte una difusa exigencia de espiritualidad, que en gran parte se manifiesta precisamente en una renovada necesidad de orar? También las otras religiones, ya presentes extensamente en los territorios de antigua cristianización, ofrecen sus propias respuestas a esta necesidad, y lo hacen a veces de manera atractiva. Nosotros, que tenemos la gracia de creer en Cristo, revelador del Padre y Salvador del mundo, debemos enseñar a qué grado de interiorización nos puede llevar la relación con él.

La gran tradición mística de la Iglesia, tanto en Oriente como en Occidente, puede enseñar mucho a este respecto. Muestra cómo la oración puede avanzar, como verdadero y propio diálogo de amor,

hasta hacer que la persona humana sea poseída totalmente por el divino Amado, sensible al impulso del Espíritu y abandonada filialmente en el corazón del Padre. Entonces se realiza la experiencia viva de la promesa de Cristo: «El que me ame, será amado de mi Padre; y yo le amaré y me manifestaré a él» (Jn 14,21). Se trata de un camino sostenido enteramente por la gracia, el cual, sin embargo, requiere un intenso compromiso espiritual que encuentra también dolorosas purificaciones (la «noche oscura»), pero que llega, de tantas formas posibles, al indecible gozo vivido por los místicos como «unión esponsal». ¿Cómo no recordar aquí, entre tantos testimonios espléndidos, la doctrina de san Juan de la Cruz y de santa Teresa de Jesús?

Sí, queridos hermanos y hermanas, nuestras comunidades cristianas tienen que llegar a ser auténticas «escuelas de oración», donde el encuentro con Cristo no se exprese solamente en petición de ayuda, sino también en acción de gracias, alabanza, adoración, contemplación, escucha y viveza de afecto hasta el «arrebato del corazón. Una oración intensa, pues, que sin embargo no aparta del compromiso en la historia: abriendo el corazón al amor de Dios, lo abre también al amor de los hermanos, y nos hace capaces de construir la historia según el designio de Dios.[18]

34. Ciertamente, los fieles que han recibido el don de la vocación a una vida de especial consagración están llamados de manera particular a la oración: por su naturaleza, la consagración les hace más disponibles para la experiencia contemplativa, y es importante que ellos la cultiven con generosa dedicación. Pero se equivoca quien piense que el común de los cristianos se puede conformar con una oración superficial, incapaz de llenar su vida. Especialmente ante tantos modos en que el mundo de hoy pone a prueba la fe, no sólo serían cristianos mediocres, sino «cristianos con riesgo». En efecto, correrían el riesgo insidioso de que su fe se debilitara progresivamente, y quizás acabarían por ceder a la seducción de los sucedáneos, acogiendo propuestas religiosas alternativas y transigiendo incluso con formas extravagantes de superstición. Hace falta, pues, que la educación en la oración se convierta de alguna manera en un punto determinante de toda programación pastoral. Yo mismo me he propuesto dedicar las próximas catequesis de los miércoles a la reflexión sobre los Salmos, comenzando por los

de la oración de Laudes, con la cual la Iglesia nos invita a «consagrar» y orientar nuestra jornada. Cuánto ayudaría que no sólo en las comunidades religiosas, sino también en las parroquiales, nos esforzáramos más para que todo el ambiente espiritual estuviera marcado por la oración. Convendría valorizar, con el oportuno discernimiento, las formas populares y sobre todo educar en las litúrgicas. Está quizá más cercano de lo que ordinariamente se cree, el día en que en la comunidad cristiana se conjuguen los múltiples compromisos pastorales y de testimonio en el mundo con la celebración eucarística y quizás con el rezo de Laudes y Vísperas. Lo demuestra la experiencia de tantos grupos comprometidos cristianamente, incluso con una buena representación de seglares.

La Eucaristía dominical

35. El mayor empeño se ha de poner, pues, en la liturgia, «cumbre a la cual tiende la actividad de la Iglesia y al mismo tiempo la fuente de donde mana toda su fuerza».[19] En el siglo XX, especialmente a partir del Concilio, la comunidad cristiana ha ganado mucho en el modo de celebrar los Sacramentos y sobre todo la Eucaristía. Es preciso insistir en este sentido, dando un realce particular a la Eucaristía dominical y al domingo mismo, sentido como día especial de la fe, día del Señor resucitado y del don del Espíritu, verdadera Pascua de la semana.[20] Desde hace dos mil años, el tiempo cristiano está marcado por la memoria de aquel «primer día después del sábado» (Mc 16,2.9; Lc 24,1; Jn 20,1), en el que Cristo resucitado llevó a los Apóstoles el don de la paz y del Espíritu (cf. Jn 20,19-23). La verdad de la resurrección de Cristo es el dato originario sobre el que se apoya la fe cristiana (cf. 1 Co 15,14), acontecimiento que es el centro del misterio del tiempo y que prefigura el último día, cuando Cristo vuelva glorioso. No sabemos qué acontecimientos nos reservará el milenio que está comenzando, pero tenemos la certeza de que éste permanecerá firmemente en las manos de Cristo, el «Rey de Reyes y Señor de los Señores» (Ap 19,16) y precisamente celebrando su Pascua, no sólo una vez al año sino cada domingo, la Iglesia seguirá indicando a cada generación «lo que constituye el eje central de la historia, con el cual se relacionan el misterio del principio y del destino final del mundo».[21]

36. Por tanto, quisiera insistir, en la línea de la Exhortación «Dies Domini», para que la participación en la Eucaristía sea, para cada bautizado, el centro del domingo. Es un deber irrenunciable, que se ha de vivir no sólo para cumplir un precepto, sino como necesidad de una vida cristiana verdaderamente consciente y coherente. Estamos entrando en un milenio que se presenta caracterizado por un profundo entramado de culturas y religiones incluso en Países de antigua cristianización. En muchas regiones los cristianos son, o lo están siendo, un «pequeño rebaño» (Lc 12,32). Esto les pone ante el reto de testimoniar con mayor fuerza, a menudo en condiciones de soledad y dificultad, los aspectos específicos de su propia identidad. El deber de la participación eucarística cada domingo es una de éstos. La Eucaristía dominical, congregando semanalmente a los cristianos como familia de Dios entorno a la mesa de la Palabra y del Pan de vida, es también el antídoto más natural contra la dispersión. Es el lugar privilegiado donde la comunión es anunciada y cultivada constantemente. Precisamente a través de la participación eucarística, el día del Señor se convierte también en el día de la Iglesia, [22] que puede desempeñar así de manera eficaz su papel de sacramento de unidad.

El sacramento de la Reconciliación

37. Deseo pedir, además, una renovada valentía pastoral para que la pedagogía cotidiana de la comunidad cristiana sepa proponer de manera convincente y eficaz la práctica del Sacramento de la Reconciliación. Como se recordará, en 1984 intervine sobre este tema con la Exhortación postsinodal *Reconciliatio et paenitentia*, que recogía los frutos de la reflexión de una Asamblea del Sínodo de los Obispos, dedicada a esta problemática. Entonces invitaba a esforzarse por todos los medios para afrontar la crisis del «sentido del pecado» que se da en la cultura contemporánea,[23] pero más aún, invitaba a hacer descubrir a Cristo como *mysterium pietatis*, en el que Dios nos muestra su corazón misericordioso y nos reconcilia plenamente consigo. Éste es el rostro de Cristo que conviene hacer descubrir también a través del sacramento de la penitencia que, para un cristiano, «es el camino ordinario para obtener el perdón y la remisión de sus pecados graves cometidos después del Bautismo».[24] Cuando el mencionado Sínodo afrontó el

problema, era patente a todos la crisis del Sacramento, especialmente en algunas regiones del mundo. Los motivos que lo originan no se han desvanecido en este breve lapso de tiempo. Pero el Año jubilar, que se ha caracterizado particularmente por el recurso a la Penitencia sacramental nos ha ofrecido un mensaje alentador, que no se ha de desperdiciar: si muchos, entre ellos tantos jóvenes, se han acercado con fruto a este sacramento, probablemente es necesario que los Pastores tengan mayor confianza, creatividad y perseverancia en presentarlo y valorizarlo. ¡No debemos rendirnos, queridos hermanos sacerdotes, ante las crisis contemporáneas! Los dones del Señor —y los Sacramentos son de los más preciosos— vienen de Aquél que conoce bien el corazón del hombre y es el Señor de la historia.

Primacía de la gracia

38. En la programación que nos espera, trabajar con mayor confianza en una pastoral que dé prioridad a la oración, personal y comunitaria, significa respetar un principio esencial de la visión cristiana de la vida: la primacía de la gracia. Hay una tentación que insidia siempre todo camino espiritual y la acción pastoral misma: pensar que los resultados dependen de nuestra capacidad de hacer y programar. Ciertamente, Dios nos pide una colaboración real a su gracia y, por tanto, nos invita a utilizar todos los recursos de nuestra inteligencia y capacidad operativa en nuestro servicio a la causa del Reino. Pero no se ha de olvidar que, sin Cristo, «no podemos hacer nada» (cf. Jn 15,5).

La oración nos hace vivir precisamente en esta verdad. Nos recuerda constantemente la primacía de Cristo y, en relación con él, la primacía de la vida interior y de la santidad. Cuando no se respeta este principio, ¿ha de sorprender que los proyectos pastorales lleven al fracaso y dejen en el alma un humillante sentimiento de frustración? Hagamos, pues, la experiencia de los discípulos en el episodio evangélico de la pesca milagrosa: «Maestro, hemos estado bregando toda la noche y no hemos pescado nada» (Lc 5,5). Este es el momento de la fe, de la oración, del diálogo con Dios, para abrir el corazón a la acción de la gracia y permitir a la palabra de Cristo que pase por nosotros con toda su fuerza: ¡Duc in altum! En aquella ocasión, fue Pedro quien habló con fe: «en tu palabra, echaré las redes»

(ibíd.). Permitidle al Sucesor de Pedro que, en el comienzo de este milenio, invite a toda la Iglesia a este acto de fe, que se expresa en un renovado compromiso de oración.

Escucha de la Palabra

39. No cabe duda de que esta primacía de la santidad y de la oración sólo se puede concebir a partir de una renovada escucha de la palabra de Dios. Desde que el Concilio Vaticano II ha subrayado el papel preeminente de la palabra de Dios en la vida de la Iglesia, ciertamente se ha avanzado mucho en la asidua escucha y en la lectura atenta de la Sagrada Escritura. Ella ha recibido el honor que le corresponde en la oración pública de la Iglesia. Tanto las personas individualmente como las comunidades recurren ya en gran número a la Escritura, y entre los laicos mismos son muchos quienes se dedican a ella con la valiosa ayuda de estudios teológicos y bíblicos. Precisamente con esta atención a la palabra de Dios se está revitalizando principalmente la tarea de la evangelización y la catequesis. Hace falta, queridos hermanos y hermanas, consolidar y profundizar esta orientación, incluso a través de la difusión de la Biblia en las familias. Es necesario, en particular, que la escucha de la Palabra se convierta en un encuentro vital, en la antigua y siempre válida tradición de la lectio divina, que permite encontrar en el texto bíblico la palabra viva que interpela, orienta y modela la existencia.

Anuncio de la Palabra

40. Alimentarnos de la Palabra para ser «servidores de la Palabra» en el compromiso de la evangelización, es indudablemente una prioridad para la Iglesia al comienzo del nuevo milenio. Ha pasado ya, incluso en los Países de antigua evangelización, la situación de una «sociedad cristiana», la cual, aún con las múltiples debilidades humanas, se basaba explícitamente en los valores evangélicos. Hoy se ha de afrontar con valentía una situación que cada vez es más variada y comprometida, en el contexto de la globalización y de la nueva y cambiante situación de pueblos y culturas que la caracteriza. He repetido muchas veces en estos años la «llamada» a la nueva evangelización. La reitero ahora, sobre todo para indicar que hace falta reavivar en nosotros el impulso de los orígenes, dejándonos

impregnar por el ardor de la predicación apostólica después de Pentecostés. Hemos de revivir en nosotros el sentimiento apremiante de Pablo, que exclamaba: «¡ay de mí si no predicara el Evangelio!» (1 Co 9,16).

Esta pasión suscitará en la Iglesia una nueva acción misionera, que no podrá ser delegada a unos pocos «especialistas», sino que acabará por implicar la responsabilidad de todos los miembros del Pueblo de Dios. Quien ha encontrado verdaderamente a Cristo no puede tenerlo sólo para sí, debe anunciarlo. Es necesario un nuevo impulso apostólico que sea vivido, como compromiso cotidiano de las comunidades y de los grupos cristianos. Sin embargo, esto debe hacerse respetando debidamente el camino siempre distinto de cada persona y atendiendo a las diversas culturas en las que ha de llegar el mensaje cristiano, de tal manera que no se nieguen los valores peculiares de cada pueblo, sino que sean purificados y llevados a su plenitud.

El cristianismo del tercer milenio debe responder cada vez mejor a esta exigencia de inculturación. Permaneciendo plenamente uno mismo, en total fidelidad al anuncio evangélico y a la tradición eclesial, llevará consigo también el rostro de tantas culturas y de tantos pueblos en que ha sido acogido y arraigado. De la belleza de este rostro pluriforme de la Iglesia hemos gozado particularmente en este Año jubilar. Quizás es sólo el comienzo, un icono apenas esbozado del futuro que el Espíritu de Dios nos prepara.

La propuesta de Cristo se ha de hacer a todos con confianza. Se ha de dirigir a los adultos, a las familias, a los jóvenes, a los niños, sin esconder nunca las exigencias más radicales del mensaje evangélico, atendiendo a las exigencias de cada uno, por lo que se refiere a la sensibilidad y al lenguaje, según el ejemplo de Pablo cuando decía: «Me he hecho todo a todos para salvar a toda costa a algunos» (1 Co 9,22). Al recomendar todo esto, pienso en particular en la pastoral juvenil. Precisamente por lo que se refiere a los jóvenes, como antes he recordado, el Jubileo nos ha ofrecido un testimonio consolador de generosa disponibilidad. Hemos de saber valorizar aquella respuesta alentadora, empleando aquel entusiasmo como un nuevo talento (cf. Mt 25,15) que Dios ha puesto en nuestras manos para que los hagamos fructificar.

41. Que nos ayude y oriente, en esta acción misionera confiada, emprendedora y creativa, el ejemplo esplendoroso de tantos testigos de la fe que el Jubileo nos ha hecho recordar. La Iglesia ha encontrado siempre, en sus mártires, una semilla de vida. *Sanguis martyrum – semen christianorum.*[25] Esta célebre «ley» enunciada por Tertuliano, se ha demostrado siempre verdadera ante la prueba de la historia. ¿No será así también para el siglo y para el milenio que estamos iniciando? Quizás estábamos demasiado acostumbrados a pensar en los mártires en términos un poco lejanos, como si se tratase de un grupo del pasado, vinculado sobre todo a los primeros siglos de la era cristiana. La memoria jubilar nos ha abierto un panorama sorprendente, mostrándonos nuestro tiempo particularmente rico en testigos que, de una manera u otra, han sabido vivir el Evangelio en situaciones de hostilidad y persecución, a menudo hasta dar su propia sangre como prueba suprema. En ellos la palabra de Dios, sembrada en terreno fértil, ha fructificado el céntuplo (cf. Mt 13,8.23). Con su ejemplo nos han señalado y casi «allanado» el camino del futuro. A nosotros nos toca, con la gracia de Dios, seguir sus huellas.

IV. TESTIGOS DEL AMOR

Espiritualidad de comunión

Variedad de vocaciones

El campo ecuménico

Apostar por la caridad

Retos actuales

Un signo concreto

Diálogo y misión

A la luz del Concilio

42. «En esto conocerán todos que sois discípulos míos: si os tenéis amor los unos a los otros» (Jn 13,35). Si verdaderamente hemos contemplado el rostro de Cristo, queridos hermanos y hermanas, nuestra programación pastoral se inspirará en el «mandamiento nuevo» que él nos dio: «Que, como yo os he amado, así os améis también vosotros los unos a los otros» (Jn 13,34).

Otro aspecto importante en que será necesario poner un decidido empeño programático, tanto en el ámbito de la Iglesia universal como de la Iglesias particulares, es el de la comunión (*koinonía*), que

encarna y manifiesta la esencia misma del misterio de la Iglesia. La comunión es el fruto y la manifestación de aquel amor que, surgiendo del corazón del eterno Padre, se derrama en nosotros a través del Espíritu que Jesús nos da (cf. Rm 5,5), para hacer de todos nosotros «un solo corazón y una sola alma» (Hch 4,32). Realizando esta comunión de amor, la Iglesia se manifiesta como «sacramento», o sea, «signo e instrumento de la íntima unión con Dios y de la unidad del género humano».[26]

Las palabras del Señor a este respecto son demasiado precisas como para minimizar su alcance. Muchas cosas serán necesarias para el camino histórico de la Iglesia también este nuevo siglo; pero si faltara la caridad (ágape), todo sería inútil. Nos lo recuerda el apóstol Pablo en el himno a la caridad: aunque habláramos las lenguas de los hombres y los ángeles, y tuviéramos una fe «que mueve las montañas», si faltamos a la caridad, todo sería «nada» (cf. 1 Co 13,2). La caridad es verdaderamente el «corazón» de la Iglesia, como bien intuyó santa Teresa de Lisieux, a la que he querido proclamar Doctora de la Iglesia, precisamente como experta en la scientia amoris: «Comprendí que la Iglesia tenía un Corazón y que este Corazón ardía de amor. Entendí que sólo el amor movía a los miembros de la Iglesia [...]. Entendí que el amor comprendía todas las vocaciones, que el Amor era todo».[27]

Espiritualidad de comunión

43. Hacer de la Iglesia la casa y la escuela de la comunión: éste es el gran desafío que tenemos ante nosotros en el milenio que comienza, si queremos ser fieles al designio de Dios y responder también a las profundas esperanzas del mundo.

¿Qué significa todo esto en concreto? También aquí la reflexión podría hacerse enseguida operativa, pero sería equivocado dejarse llevar por este primer impulso. Antes de programar iniciativas concretas, hace falta promover una espiritualidad de la comunión, proponiéndola como principio educativo en todos los lugares donde se forma el hombre y el cristiano, donde se educan los ministros del altar, las personas consagradas y los agentes pastorales, donde se construyen las familias y las comunidades. Espiritualidad de la comunión significa ante todo una mirada del corazón sobre todo hacia el misterio de la Trinidad que habita en nosotros, y cuya luz ha de ser reconocida también en el

rostro de los hermanos que están a nuestro lado. Espiritualidad de la comunión significa, además, capacidad de sentir al hermano de fe en la unidad profunda del Cuerpo místico y, por tanto, como «uno que me pertenece», para saber compartir sus alegrías y sus sufrimientos, para intuir sus deseos y atender a sus necesidades, para ofrecerle una verdadera y profunda amistad. Espiritualidad de la comunión es también capacidad de ver ante todo lo que hay de positivo en el otro, para acogerlo y valorarlo como regalo de Dios: un «don para mí», además de ser un don para el hermano que lo ha recibido directamente. En fin, espiritualidad de la comunión es saber «dar espacio» al hermano, llevando mutuamente la carga de los otros (cf. Ga 6,2) y rechazando las tentaciones egoístas que continuamente nos asechan y engendran competitividad, ganas de hacer carrera, desconfianza y envidias. No nos hagamos ilusiones: sin este camino espiritual, de poco servirían los instrumentos externos de la comunión. Se convertirían en medios sin alma, máscaras de comunión más que sus modos de expresión y crecimiento.

44. Sobre esta base el nuevo siglo debe comprometerse más que nunca a valorar y desarrollar aquellos ámbitos e instrumentos que, según las grandes directrices del Concilio Vaticano II, sirven para asegurar y garantizar la comunión. ¿Cómo no pensar, ante todo, en los servicios específicos de la comunión que son el ministerio petrino y, en estrecha relación con él, la colegialidad episcopal? Se trata de realidades que tienen su fundamento y su consistencia en el designio mismo de Cristo sobre la Iglesia,[28] pero que precisamente por eso necesitan de una continua verificación que asegure su auténtica inspiración evangélica.

También se ha hecho mucho, desde el Concilio Vaticano II, en lo que se refiere a la reforma de la Curia romana, la organización de los Sínodos y el funcionamiento de las Conferencias Episcopales. Pero queda ciertamente aún mucho por hacer para expresar de la mejor manera las potencialidades de estos instrumentos de la comunión, particularmente necesarios hoy ante la exigencia de responder con prontitud y eficacia a los problemas que la Iglesia tiene que afrontar en los cambios tan rápidos de nuestro tiempo.

45. Los espacios de comunión han de ser cultivados y ampliados día a día, a todos los niveles, en el

entramado de la vida de cada Iglesia. En ella, la comunión ha de ser patente en las relaciones entre Obispos, presbíteros y diáconos, entre Pastores y todo el Pueblo de Dios, entre clero y religiosos, entre asociaciones y movimientos eclesiales. Para ello se deben valorar cada vez más los organismos de participación previstos por el Derecho canónico, como los Consejos presbiterales y pastorales. Éstos, como es sabido, no se inspiran en los criterios de la democracia parlamentaria, puesto que actúan de manera consultiva y no deliberativa[29] sin embargo, no pierden por ello su significado e importancia. En efecto, la teología y la espiritualidad de la comunión aconsejan una escucha recíproca y eficaz entre Pastores y fieles, manteniéndolos por un lado unidos a priori en todo lo que es esencial y, por otro, impulsándolos a confluir normalmente incluso en lo opinable hacia opciones ponderadas y compartidas.

Para ello, hemos de hacer nuestra la antigua sabiduría, la cual, sin perjuicio alguno del papel jerárquico de los Pastores, sabía animarlos a escuchar atentamente a todo el Pueblo de Dios. Es significativo lo que san Benito recuerda al Abad del monasterio, cuando le invita a consultar también a los más jóvenes: «Dios inspira a menudo al más joven lo que es mejor».[30] Y san Paulino de Nola exhorta: «Estemos pendientes de los labios de los fieles, porque en cada fiel sopla el Espíritu de Dios».[31]

Por tanto, así como la prudencia jurídica, poniendo reglas precisas para la participación, manifiesta la estructura jerárquica de la Iglesia y evita tentaciones de arbitrariedad y pretensiones injustificadas, la espiritualidad de la comunión da un alma a la estructura institucional, con una llamada a la confianza y apertura que responde plenamente a la dignidad y responsabilidad de cada miembro del Pueblo de Dios.

Variedad de vocaciones

46. Esta perspectiva de comunión está estrechamente unida a la capacidad de la comunidad cristiana para acoger todos los dones del Espíritu. La unidad de la Iglesia no es uniformidad, sino integración orgánica de las legítimas diversidades. Es la realidad de muchos miembros unidos en un sólo cuerpo, el único Cuerpo de Cristo (cf. 1 Co 12,12). Es necesario, pues, que la Iglesia del tercer milenio

impulse a todos los bautizados y confirmados a tomar conciencia de la propia responsabilidad activa en la vida eclesial. Junto con el ministerio ordenado, pueden florecer otros ministerios, instituidos o simplemente reconocidos, para el bien de toda la comunidad, atendiéndola en sus múltiples necesidades: de la catequesis a la animación litúrgica, de la educación de los jóvenes a las más diversas manifestaciones de la caridad.

Se ha de hacer ciertamente un generoso esfuerzo —sobre todo con la oración insistente al Dueño de la mies (cf. Mt 9,38)— en la promoción de las vocaciones al sacerdocio y a la vida de especial consagración. Éste es un problema muy importante para la vida de la Iglesia en todas las partes del mundo. Además, en algunos países de antigua evangelización, se ha hecho incluso dramático debido al contexto social cambiante y al enfriamiento religioso causado por el consumismo y el secularismo. Es necesario y urgente organizar una pastoral de las vocaciones amplia y capilar, que llegue a las parroquias, a los centros educativos y familias, suscitando una reflexión atenta sobre los valores esenciales de la vida, los cuales se resumen claramente en la respuesta que cada uno está invitado a dar a la llamada de Dios, especialmente cuando pide la total entrega de sí y de las propias fuerzas para la causa del Reino.

En este contexto cobran también toda su importancia las demás vocaciones, enraizadas básicamente en la riqueza de la vida nueva recibida en el sacramento del Bautismo. En particular, es necesario descubrir cada vez mejor la vocación propia de los laicos, llamados como tales a «buscar el reino de Dios ocupándose de las realidades temporales y ordenándolas según Dios»[32] y a llevar a cabo «en la Iglesia y en el mundo la parte que les corresponde [...] con su empeño por evangelizar y santificar a los hombres».[33]

En esta misma línea, tiene gran importancia para la comunión el deber de promover las diversas realidades de asociación, que tanto en sus modalidades más tradicionales como en las más nuevas de los movimientos eclesiales, siguen dando a la Iglesia una viveza que es don de Dios constituyendo una auténtica primavera del Espíritu. Conviene ciertamente que, tanto en la Iglesia universal como en las Iglesias particulares, las asociaciones y movimientos actúen en plena sintonía eclesial y en obediencia

a las directrices de los Pastores. Pero es también exigente y perentoria para todos la exhortación del Apóstol: «No extingáis el Espíritu, no despreciéis las profecías, examinadlo todo y quedaos con lo bueno» (1 Ts 5,19-21).

47. Una atención especial se ha de prestar también a la pastoral de la familia, especialmente necesaria un momento histórico como el presente, en el que se está constatando una crisis generalizada y radical de esta institución fundamental. En la visión cristiana del matrimonio, la relación entre un hombre y una mujer —relación recíproca y total, única e indisoluble— responde al proyecto primitivo de Dios, ofuscado en la historia por la «dureza de corazón», pero que Cristo ha venido a restaurar en su esplendor originario, revelando lo que Dios ha querido «desde el principio» (cf. Mt 19,8). En el matrimonio, elevado a la dignidad de Sacramento, se expresa además el «gran misterio» del amor sponsal de Cristo a su Iglesia (cf. Ef 5,32).

En este punto la Iglesia no puede ceder a las presiones de una cierta cultura, aunque sea muy extendida y a veces «militante». Conviene más bien procurar que, mediante una educación evangélica cada vez más completa, las familias cristianas ofrezcan un ejemplo convincente de la posibilidad de un matrimonio vivido de manera plenamente conforme al proyecto de Dios y a las verdaderas exigencias de la persona humana: tanto la de los cónyuges como, sobre todo, la de los más frágiles que son los hijos. Las familias mismas deben ser cada vez más conscientes de la atención debida a los hijos y hacerse promotores de una eficaz presencia eclesial y social para tutelar sus derechos.

El campo ecuménico

48. ¿Y qué decir, además, de la urgencia de promover la comunión en el delicado ámbito del campo ecuménico? La triste herencia del pasado nos afecta todavía al cruzar el umbral del nuevo milenio. La celebración jubilar ha incluido algún signo verdaderamente profético y conmovedor, pero queda aún mucho camino por hacer.

En realidad, al hacernos poner la mirada en Cristo, el Gran Jubileo ha hecho tomar una conciencia más viva de la Iglesia como misterio de unidad. «Creo en la Iglesia, que es una»: esto que manifestamos en la profesión de fe tiene su fundamento

último en Cristo, en el cual la Iglesia no está dividida (1 Co 1,11-13). Como Cuerpo suyo, en la unidad obtenida por los dones del Espíritu, es indivisible. La realidad de la división se produce en el ámbito de la historia, en las relaciones entre los hijos de la Iglesia, como consecuencia de la fragilidad humana para acoger el don que fluye continuamente del Cristo-Cabeza en el Cuerpo místico. La oración de Jesús en el cenáculo —«como tú, Padre, en mí y yo en ti, que ellos también sean uno en nosotros» (Jn 17, 21)— es a la vez revelación e invocación. Nos revela la unidad de Cristo con el Padre como el lugar de donde nace la unidad de la Iglesia y como don perenne que, en él, recibirá misteriosamente hasta el fin de los tiempos. Esta unidad que se realiza concretamente en la Iglesia católica, a pesar de los límites propios de lo humano, emerge también de manera diversa en tantos elementos de santificación y de verdad que existen dentro de las otras Iglesias y Comunidades eclesiales; dichos elementos, en cuanto dones propios de la Iglesia de Cristo, les empujan sin cesar hacia la unidad plena.[34]

La oración de Cristo nos recuerda que este don ha de ser acogido y desarrollado de manera cada vez más profunda. La invocación «ut unum sint» es, a la vez, imperativo que nos obliga, fuerza que nos sostiene y saludable reproche por nuestra desidia y estrechez de corazón. La confianza de poder alcanzar, incluso en la historia, la comunión plena y visible de todos los cristianos se apoya en la plegaria de Jesús, no en nuestras capacidades.

En esta perspectiva de renovado camino postjubilar, miro con gran esperanza a las Iglesias de Oriente, deseando que se recupere plenamente ese intercambio de dones que ha enriquecido la Iglesia del primer milenio. El recuerdo del tiempo en que la Iglesia respiraba con «dos pulmones» ha de impulsar a los cristianos de oriente y occidente a caminar juntos, en la unidad de la fe y en el respeto de las legítimas diferencias, acogidos y apoyándose mutuamente como miembros del único Cuerpo de Cristo.

Con análogo esmero se ha de cultivar el diálogo ecuménico con los hermanos y hermanas de la Comunión anglicana y de las Comunidades eclesiales nacidas de la Reforma. La confrontación teológica sobre puntos esenciales de la fe y de la moral cristiana, la colaboración en la caridad y, sobre todo,

el gran ecumenismo de la santidad, con la ayuda de Dios, producirán sus frutos en el futuro. Entre tanto, continuemos con confianza en el camino, anhelando el momento en que, con todos los discípulos de Cristo sin excepción, podamos cantar juntos con voz clara: «Ved qué dulzura, que delicia, convivir los hermanos unidos» (Sal 133,1).

Apostar por la caridad

49. A partir de la comunión intraeclesial, la caridad se abre por su naturaleza al servicio universal, proyectándonos hacia la práctica de un amor activo y concreto con cada ser humano. Éste es un ámbito que caracteriza de manera decisiva la vida cristiana, el estilo eclesial y la programación pastoral. El siglo y el milenio que comienzan tendrán que ver todavía, y es de desear que lo vean de modo palpable, a qué grado de entrega puede llegar la caridad hacia los más pobres. Si verdaderamente hemos partido de la contemplación de Cristo, tenemos que saberlo descubrir sobre todo en el rostro de aquellos con los que él mismo ha querido identificarse: «He tenido hambre y me habéis dado de comer, he tenido sed y me habéis dado que beber; fui forastero y me habéis hospedado; desnudo y me habéis vestido, enfermo y me habéis visitado, encarcelado y habéis venido a verme» (Mt 25,35-36). Esta página no es una simple invitación a la caridad: es una página de cristología, que ilumina el misterio de Cristo. Sobre esta página, la Iglesia comprueba su fidelidad como Esposa de Cristo, no menos que sobre el ámbito de la ortodoxia.

No debe olvidarse, ciertamente, que nadie puede ser excluido de nuestro amor, desde el momento que «con la encarnación el Hijo de Dios se ha unido en cierto modo a cada hombre».[35] Ateniéndonos a las indiscutibles palabras del Evangelio, en la persona de los pobres hay una presencia especial suya, que impone a la Iglesia una opción preferencial por ellos. Mediante esta opción, se testimonia el estilo del amor de Dios, su providencia, su misericordia y, de alguna manera, se siembran todavía en la historia aquellas semillas del Reino de Dios que Jesús mismo dejó en su vida terrena atendiendo a cuantos recurrían a Él para toda clase de necesidades espirituales y materiales.

50. En efecto, son muchas en nuestro tiempo las necesidades que interpelan la sensibilidad cristiana. Nuestro mundo empieza el nuevo milenio cargado

de las contradicciones de un crecimiento económico, cultural, tecnológico, que ofrece a pocos afortunados grandes posibilidades, dejando no sólo a millones y millones de personas al margen del progreso, sino a vivir en condiciones de vida muy por debajo del mínimo requerido por la dignidad humana. ¿Cómo es posible que, en nuestro tiempo, haya todavía quien se muere de hambre; quién está condenado al analfabetismo; quién carece de la asistencia médica más elemental; quién no tiene techo donde cobijarse?

El panorama de la pobreza puede extenderse indefinidamente, si a las antiguas añadimos las nuevas pobreza, que afectan a menudo a ambientes y grupos no carentes de recursos económicos, pero expuestos a la desesperación del sin sentido, a la insidia de la droga, al abandono en la edad avanzada o en la enfermedad, a la marginación o a la discriminación social. El cristiano, que se asoma a este panorama, debe aprender a hacer su acto de fe en Cristo interpretando el llamamiento que él dirige desde este mundo de la pobreza. Se trata de continuar una tradición de caridad que ya ha tenido muchísimas manifestaciones en los dos milenios pasados, pero que hoy quizás requiere mayor creatividad. Es la hora de una nueva «imaginación de la caridad», que promueva no tanto y no sólo la eficacia de las ayudas prestadas, sino la capacidad de hacerse cercanos y solidarios con quien sufre, para que el gesto de ayuda sea sentido no como limosna humillante, sino como un compartir fraterno.

Por eso tenemos que actuar de tal manera que los pobres, en cada comunidad cristiana, se sientan como «en su casa». ¿No sería este estilo la más grande y eficaz presentación de la buena nueva del Reino? Sin esta forma de evangelización, llevada a cabo mediante la caridad y el testimonio de la pobreza cristiana, el anuncio del Evangelio, aun siendo la primera caridad, corre el riesgo de ser incomprendido o de ahogarse en el mar de palabras al que la actual sociedad de la comunicación nos somete cada día. La caridad de las obras corrobora la caridad de las palabras.

Retos actuales

51. ¿Podemos quedar al margen ante las perspectivas de un desequilibrio ecológico, que hace inhabitables y enemigas del hombre vastas áreas del planeta? ¿O ante los problemas de la paz, amenaza-

da a menudo con la pesadilla de guerras catastróficas? ¿O frente al vilipendio de los derechos humanos fundamentales de tantas personas, especialmente de los niños? Muchas son las urgencias ante las cuales el espíritu cristiano no puede permanecer insensible.

Se debe prestar especial atención a algunos aspectos de la radicalidad evangélica que a menudo son menos comprendidos, hasta el punto de hacer impopular la intervención de la Iglesia, pero que no pueden por ello desaparecer de la agenda eclesial de la caridad. Me refiero al deber de comprometerse en la defensa del respeto a la vida de cada ser humano desde la concepción hasta su ocaso natural. Del mismo modo, el servicio al hombre nos obliga a proclamar, oportuna e importunamente, que cuantos se valen de las nuevas potencialidades de la ciencia, especialmente en el terreno de las biotecnologías, nunca han de ignorar las exigencias fundamentales de la ética, apelando tal vez a una discutible solidaridad que acaba por discriminar entre vida y vida, con el desprecio de la dignidad propia de cada ser humano.

Para la eficacia del testimonio cristiano, especialmente en estos campos delicados y controvertidos, es importante hacer un gran esfuerzo para explicar adecuadamente los motivos de las posiciones de la Iglesia, subrayando sobre todo que no se trata de imponer a los no creyentes una perspectiva de fe, sino de interpretar y defender los valores radicados en la naturaleza misma del ser humano. La caridad se convertirá entonces necesariamente en servicio a la cultura, a la política, a la economía, a la familia, para que en todas partes se respeten los principios fundamentales, de los que depende el destino del ser humano y el futuro de la civilización.

52. Obviamente todo esto tiene que realizarse con un estilo específicamente cristiano: deben ser sobre todo los laicos, en virtud de su propia vocación, quienes se hagan presentes en estas tareas, sin ceder nunca a la tentación de reducir las comunida-

des cristianas a agencias sociales. En particular, la relación con la sociedad civil tendrá que configurarse de tal modo que respete la autonomía y las competencias de esta última, según las enseñanzas propuestas por la doctrina social de la Iglesia.

Es notorio el esfuerzo que el Magisterio eclesial ha realizado, sobre todo en el siglo XX, para interpretar la realidad social a la luz del Evangelio y ofrecer de modo cada vez más puntual y orgánico su propia contribución a la solución de la cuestión social, que ha llegado a ser ya una cuestión planetaria.



Esta vertiente ético-social se propone como una dimensión imprescindible del testimonio cristiano. Se debe rechazar la tentación de una espiritualidad oculta e individualista, que poco tiene que ver con las exigencias de la caridad, ni con la lógica de la Encarnación y, en definitiva, con la misma tensión escatológica del cristianismo. Si esta última nos hace conscientes del carácter relativo de la historia, no nos exime

en ningún modo del deber de construirla. Es muy actual a este respecto la enseñanza del Concilio Vaticano II: «El mensaje cristiano, no aparta los hombres de la tarea de la construcción el mundo, ni les impulsa a despreocuparse del bien de sus semejantes, sino que les obliga más a llevar a cabo esto como un deber».[36]

Un signo concreto

53. Como signo de este mensaje de caridad y de promoción humana, que se basa en las íntimas exigencias del Evangelio, he querido que el mismo Año jubilar, entre los numerosos frutos de caridad que ya ha producido en el curso de su desarrollo — pienso particularmente en la ayuda ofrecida a tantos hermanos más pobres para hacer posible su participación en el Jubileo—dejase también una obra que sea, de alguna manera, el fruto y el sello de la caridad jubilar. En efecto, muchos peregrinos han contribuido de diferentes modos con su limosna y, junto con ellos, también muchos protagonistas del mundo

económico han ofrecido ayudas generosas, que han servido para asegurar la conveniente realización del acontecimiento jubilar. Una vez cubiertos los gastos que se han debido afrontar a lo largo del año, el dinero que pueda sobrar, debe destinarse a fines caritativos. En efecto, es importante excluir de un acontecimiento religioso tan significativo cualquier apariencia de especulación económica. Lo que sobre servirá para repetir también en esta ocasión la experiencia vivida tantas otras veces a lo largo de la historia desde que, en los comienzos de la Iglesia, la comunidad de Jerusalén ofreció a los no cristianos la imagen conmovedora de un intercambio espontáneo de dones, hasta la comunión de los bienes, en favor de los más pobres (cf. Hch 2,44-45).

La obra que se realice será solamente un pequeño arroyo que confluirá en el gran río de la caridad cristiana que recorre la historia. Pequeño, pero significativo arroyo: el Jubileo ha movido al mundo a mirar hacia Roma, la Iglesia «que preside en la caridad»[37] y a ofrecer a Pedro la propia limosna. Ahora la caridad manifestada en el centro de la catolicidad vuelve, de alguna manera, hacia el mundo a través de este gesto, que quiere quedar como fruto y memoria viva de la comunión experimentada con ocasión del Jubileo.

Diálogo y misión

54. Un nuevo siglo y un nuevo milenio se abren a la luz de Cristo. Pero no todos ven esta luz. Nosotros tenemos el maravilloso y exigente cometido de ser su «reflejo». Es el *mysterium lunae* tan querido por la contemplación de los Padres, los cuales indicaron con esta imagen que la Iglesia dependía de Cristo, Sol del cual ella refleja la luz.[38] Era un modo de expresar lo que Cristo mismo dice, al presentarse como «luz del mundo» (Jn 8,12) y al pedir a la vez a sus discípulos que fueran «la luz del mundo» (cf Mt 5,14).

Ésta es una tarea que nos hace temblar si nos fijamos en la debilidad que tan a menudo nos vuelve opacos y llenos de sombras. Pero es una tarea posible si, expuestos a la luz de Cristo, sabemos abrirnos a su gracia que nos hace hombres nuevos.

55. En esta perspectiva se sitúa también el gran desafío del diálogo interreligioso, en el cual estaremos todavía comprometidos durante el nuevo siglo, en la línea indicada por el Concilio Vaticano II.[39]

En los años de preparación al Gran Jubileo la Iglesia, mediante encuentros de notable interés simbólico, ha tratado de establecer una relación de apertura y diálogo con representantes de otras religiones. El diálogo debe continuar. En la situación de un marcado pluralismo cultural y religioso, tal como se va presentando en la sociedad del nuevo milenio, este diálogo es también importante para proponer una firme base de paz y alejar el espectro funesto de las guerras de religión que han bañado de sangre tantos períodos en la historia de la humanidad. El nombre del único Dios tiene que ser cada vez más, como ya es de por sí, un nombre de paz y un imperativo de paz.

56. Pero el diálogo no puede basarse en la indiferencia religiosa, y nosotros como cristianos tenemos el deber de desarrollarlo ofreciendo el pleno testimonio de la esperanza que está en nosotros (cf. 1 Pt 3,15). No debemos temer que pueda constituir una ofensa a la identidad del otro lo que, en cambio, es anuncio gozoso de un don para todos, y que se propone a todos con el mayor respeto a la libertad de cada uno: el don de la revelación del Dios-Amor, que «tanto amó al mundo que le dio su Hijo unigénito» (Jn 3,16). Todo esto, como también ha sido subrayado recientemente por la Declaración *Dominus Iesus*, no puede ser objeto de una especie de negociación dialogística, como si para nosotros fuese una simple opinión. Al contrario, para nosotros es una gracia que nos llena de alegría, una noticia que debemos anunciar.

La Iglesia, por tanto, no puede sustraerse a la actividad misionera hacia los pueblos, y una tarea prioritaria de la *missio ad gentes* sigue siendo anunciar a Cristo, «Camino, Verdad y Vida» (Jn 14,6), en el cual los hombres encuentran la salvación. El diálogo interreligioso «tampoco puede sustituir al anuncio; de todos modos, aquél sigue orientándose hacia el anuncio».[40] Por otra parte, el deber misionero no nos impide entablar el diálogo íntimamente dispuestos a la escucha. En efecto, sabemos que, frente al misterio de gracia infinitamente rico por sus dimensiones e implicaciones para la vida y la historia del hombre, la Iglesia misma nunca dejará de escudriñar, contando con la ayuda del Paráclito, el Espíritu de verdad (cf. Jn 14,17), al que compete precisamente llevarla a la «plenitud de la verdad» (Jn 16,13).

Este principio es la base no sólo de la inagotable profundización teológica de la verdad cristiana, sino también del diálogo cristiano con las filosofías, las culturas y las religiones. No es raro que el Espíritu de Dios, que «sopla donde quiere» (Jn 3,8), suscite en la experiencia humana universal, a pesar de sus múltiples contradicciones, signos de su presencia, que ayudan a los mismos discípulos de Cristo a comprender más profundamente el mensaje del que son portadores. ¿No ha sido quizás esta humilde y confiada apertura con la que el Concilio Vaticano II se esforzó en leer los «signos de los tiempos»? [41] Incluso llevando a cabo un laborioso y atento discernimiento, para captar los «verdaderos signos de la presencia o del designio de Dios», [42] la Iglesia reconoce que no sólo ha dado, sino que también ha «recibido de la historia y del desarrollo del género humano». [43] Esta actitud de apertura, y también de atento discernimiento respecto a las otras religiones, la inauguró el Concilio. A nosotros nos corresponde seguir con gran fidelidad sus enseñanzas y sus indicaciones.

A la luz del Concilio

57. ¡Cuánta riqueza, queridos hermanos y hermanas, en las orientaciones que nos dio el Concilio Vaticano II! Por eso, en la preparación del Gran Jubileo, he pedido a la Iglesia que se interrogase sobre la acogida del Concilio. [44] ¿Se ha hecho? El Congreso que se ha tenido aquí en el Vaticano ha sido un momento de esta reflexión, y espero que, de diferentes modos, se haya realizado igualmente en todas las Iglesias particulares. A medida que pasan los años, aquellos textos no pierden su valor ni su esplendor. Es necesario leerlos de manera apropiada y que sean conocidos y asimilados como textos cualificados y normativos del Magisterio, dentro de la Tradición de la Iglesia. Después de concluir el Jubileo siento más que nunca el deber de indicar el Concilio como la gran gracia de la que la Iglesia se ha beneficiado en el siglo XX. Con el Concilio se nos ha ofrecido una brújula segura para orientarnos en el camino del siglo que comienza.

CONCLUSIÓN: ¡DUC IN ALTUM!

58. ¡Caminemos con esperanza! Un nuevo milenio se abre ante la Iglesia como un océano inmenso en el cual hay que aventurarse, contando con la ayuda de Cristo. El Hijo de Dios, que se encarnó

hace dos mil años por amor al hombre, realiza también hoy su obra. Hemos de aguzar la vista para verla y, sobre todo, tener un gran corazón para convertirnos nosotros mismos en sus instrumentos. ¿No ha sido quizás para tomar contacto con este manantial vivo de nuestra esperanza, por lo que hemos celebrado el Año jubilar? El Cristo contemplado y amado ahora nos invita una vez más a ponernos en camino: «Id pues y haced discípulos a todas las gentes, bautizándolas en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo» (Mt 28,19). El mandato misionero nos introduce en el tercer milenio invitándonos a tener el mismo entusiasmo de los cristianos de los primeros tiempos. Para ello podemos contar con la fuerza del mismo Espíritu, que fue enviado en Pentecostés y que nos empuja hoy a partir animados por la esperanza «que no defrauda» (Rm 5,5).

Nuestra andadura, al principio de este nuevo siglo, debe hacerse más rápida al recorrer los senderos del mundo. Los caminos, por los que cada uno de nosotros y cada una de nuestras Iglesias camina, son muchos, pero no hay distancias entre quienes están unidos por la única comunión, la comunión que cada día se nutre de la mesa del Pan eucarístico y de la Palabra de vida. Cada domingo Cristo resucitado nos convoca de nuevo como en el Cenáculo, donde al atardecer del día «primero de la semana» (Jn 20,19) se presentó a los suyos para «exhalar» sobre ellos el don vivificante del Espíritu e iniciarlos en la gran aventura de la evangelización.

Nos acompaña en este camino la Santísima Virgen, a la que hace algunos meses, junto con muchos Obispos llegados a Roma desde todas las partes del mundo, he confiado el tercer milenio. Muchas veces en estos años la he presentado e invocado como «Estrella de la nueva evangelización». La indico aún como aurora luminosa y guía segura de nuestro camino. «Mujer, he aquí tus hijos», le repito, evocando la voz misma de Jesús (cf. Jn 19,26), y haciéndome voz, ante ella, del cariño filial de toda la Iglesia.

59. ¡Queridos hermanos y hermanas! El símbolo de la Puerta Santa se cierra a nuestras espaldas, pero para dejar abierta más que nunca la puerta viva que es Cristo. Después del entusiasmo jubilar ya no volvemos a un anodino día a día. Al contrario, si nuestra peregrinación ha sido auténtica debe como

desentumecer nuestras piernas para el camino que nos espera. Tenemos que imitar la intrepidez del apóstol Pablo: «Lanzándome hacia lo que está por delante, corro hacia la meta, para alcanzar el premio al que Dios me llama desde lo alto, en Cristo Jesús» (Flp 13,14). Al mismo tiempo, hemos de imitar la contemplación de María, la cual, después de la peregrinación a la ciudad santa de Jerusalén, volvió a su casa de Nazareth meditando en su corazón el misterio del Hijo (cf. Lc 2,51).

Que Jesús resucitado, el cual nos acompaña en nuestro camino, dejándose reconocer como a los discípulos de Emaús «al partir el pan» (Lc 24,30), nos encuentre vigilantes y preparados para reconocer su rostro y correr hacia nuestros hermanos, para llevarles el gran anuncio: «¡Hemos visto al Señor!» (Jn 20,25).

Éste es el fruto tan deseado del Jubileo del Año dos mil, Jubileo que nos ha presentado de manera palpable el misterio de Jesús de Nazaret, Hijo de Dios y Redentor del hombre.

Mientras se concluye y nos abre a un futuro de esperanza, suba hasta el Padre, por Cristo, en el Espíritu Santo, la alabanza y el agradecimiento de toda la Iglesia.

Con estos augurios y desde lo más profundo del corazón, imparato a todos mi Bendición.

Vaticano, 6 de enero, Solemnidad de la Epifanía del Señor, del año 2001, vigésimo tercero de Pontificado.

Joannes Paulus n. II

NOTAS BIBLIOGRAFICAS

- [1] Conc. Ecum. Vat. II, Decr. *Christus Dominus*, sobre la función pastoral de los Obispos, 11.
- [2] *Bula Incarnationis mysterium*, 3: AAS 91 (1999), 132.
- [3] *Ibíd.*, 4: l.c., 133.
- [4] Conc. Ecum. Vat. II, Const. dogm. *Lumen gentium*, sobre la Iglesia, 8.
- [5] *De civ. Dei XVIII*, 51,2: PL 41, 614; cf. Conc. Ecum. Vat. II, Const. dogm. *Lumen gentium*, sobre la Iglesia, 8.
- [6] Cf. *Cart. ap. Tertio millennio adveniente*, 55: AAS 87 (1995), 38.
- [7] Conc. Ecum. Vat. II, Const. dogm. *Lumen gentium*, sobre la Iglesia, 1.
- [8] «*Ignoratio enim Scripturarum ignoratio Christi est*»: *Comm. in Is.*, Prol.: PL 24, 17.
- [9] Cf. Conc. Ecum. Vat. II, Const. dogm. *Dei Verbum*, sobre la divina revelación, 19.
- [10] «*Siguiendo, pues, a los Santos Padres, todos a una voz enseñamos que ha de confesarse a uno solo y el mismo Hijo, nuestro Señor Jesucristo, el mismo perfecto en la divinidad y el mismo perfecto en la humanidad, Dios verdaderamente, y el mismo verdaderamente hombre [...] uno solo y el mismo Cristo Hijo Señor unigénito en dos naturalezas, sin confusión, sin cambio, sin división, sin separación, [...] no partido o dividido en dos personas, sino uno solo y el mismo Hijo unigénito, Dios Verbo y Señor Jesucristo*»: DS 301-302.
- [11] Conc. Ecum. Vat. II, Const. past. *Gaudium et spes*, sobre la Iglesia en el mundo actual, 22.
- [12] A este respecto observa san Atanasio: «El hombre no podía ser divinizado permaneciendo unido a una criatura, si el Hijo no fuese verdaderamente Dios», *Discurso II contra los Arrianos 70*: PG 26, 425 B - 426 G.
- [13] N. 78.
- [14] *Últimos Coloquios. Cuaderno amarillo*, 6 de julio de 1897: *Opere complete*, Ciudad del Vaticano 1997, 1003.
- [15] S. Cipriano, *De Orat. Dom.* 23: PL 4, 553; cf. *Lumen gentium*, sobre la Iglesia, 4.
- [16] Conc. Ecum. Vat. II, Const. dogm. *Lumen gentium*, sobre la Iglesia, 40.
- [17] Cf. Conc. Ecum. Vat. II, Const. *Sacrosanctum Concilium*, sobre la sagrada liturgia, 10.
- [18] Cf. Congr. para la Doctrina de la Fe, *Cart. Orationis formas*, sobre algunos aspectos de la meditación cristiana, 15 de octubre de 1989: AAS 82 (1990), 362-379.
- [19] Cf. Conc. Ecum. Vat. II, Const. *Sacrosanctum Concilium*, sobre la sagrada liturgia, 10.
- [20] *Cart. ap. Dies Domini*, 19: AAS 90 (1998), 724.
- [21] *Ibíd.*, 2: l.c., 714.
- [22] Cf. *Ibíd.*, 35: l.c., 734.
- [23] Cf. n. 18: AAS 77 (1985), 224.
- [24] *Ibíd.*, 31: l.c., 258.
- [25] #25 Tertuliano, *Apol.*, 50,13: PL 1, 534.
- [26] Conc. Ecum. Vat. II, Const. dogm. *Lumen gentium*, sobre la Iglesia, 1.
- [27] MsB 3vo, *Opere Complete*, Libreria Editrice Vaticana Edizioni OCD, Roma 1997, p. 223.
- [28] Cf. Conc. Ecum. Vat. II, Const. dogm. *Lumen gentium*, sobre la Iglesia, c. III.
- [29] Cf. Congr. para el Clero y Otras, *Instr. interdicasterial Ecclesiae de mysterio*, sobre algunas cuestiones relativas a la colaboración de los fieles laicos en el ministerio de los sacerdotes, (15 agosto 1997): AAS 89 (1997), 852-877, especialmente art. 5: «Los organismos de colaboración en la Iglesia particular».
- [30] Reg. III, 3: «*Ideo autem omnes ad consilium vocari diximus, quia saepe iuniori Dominus revelat quod melius est*».
- [31] «*De omnium fidelium ore pendeamus, quia in omnem fidelem Spiritus Dei spirat*» *Epist 23, 36 a Sulpicio Severo*: CSEL 29, 193.
- [32] Conc. Ecum. Vat. II, Const. dogm. *Lumen gentium*, sobre la Iglesia, 31.
- [33] Conc. Ecum. Vat. II, Decr. *Apostolicam actuositatem*, sobre el apostolado de los laicos, 2.
- [34] Conc. Ecum. Vat. II, Const. dogm. *Lumen gentium*, sobre la Iglesia, 8.
- [35] Conc. Ecum. Vat. II, Const. past. *Gaudium et spes*, sobre la Iglesia en el mundo actual, 22.
- [36] Conc. Ecum. Vat. II, Const. past. *Gaudium et spes*, sobre la Iglesia en el mundo actual, 34.
- [37] S. Ignacio de Antioquía, *Carta a los Romanos*, Pref., ed. Funk, I, 252.
- [38] Así, por ejemplo, S. Agustín: «También la luna representa a la Iglesia, porque no tiene luz propia, sino que la recibe del Hijo unigénito de Dios, el cual en muchas pasajes de la Escritura alegóricamente es llamado sol»: *Enarr. In Ps. 10, 3*: CCL 38, 42.
- [39] Cf. *Decl. Nostra aetate*, sobre las relaciones de la Iglesia con las religiones no cristianas.
- [40] Pont. Cons. para el Diálogo Interreligioso y Congr. para la Evangelización de los Pueblos, *Instr. Diálogo y anuncio: reflexiones y orientaciones* (19 mayo 1991), 82: AAS 84 (1992), 444.
- [41] Cf. Const. past. *Gaudium et spes*, sobre la Iglesia en el mundo actual, 4.
- [42] *Ibíd.*, 11.
- [43] *Ibíd.*, 44.
- [44] Cf. *Cart. Ap. Tertio millennio adveniente*, 36.

SEPTIEMBRE

CUMPLEAÑOS

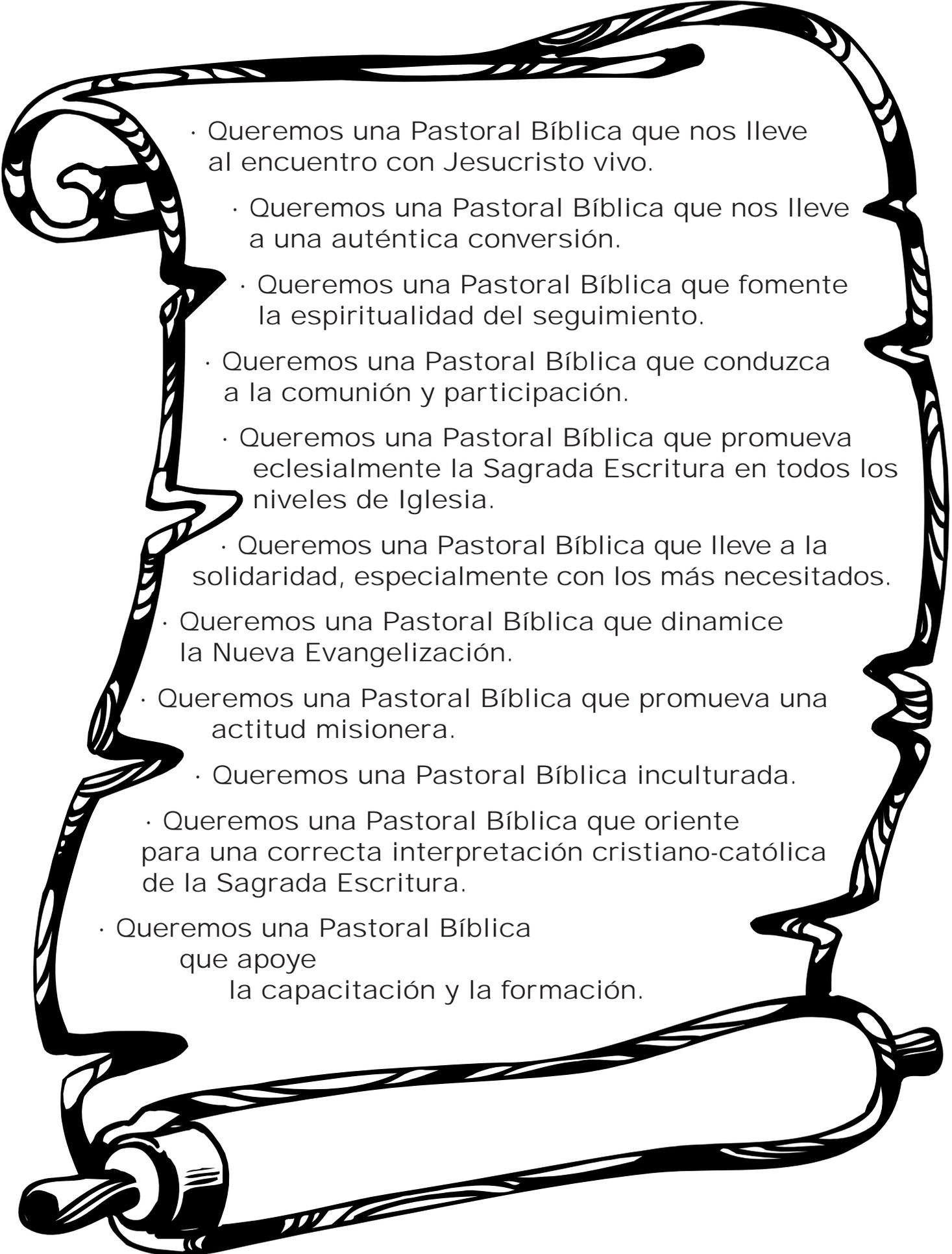
- 2 septiembre 1947 SR. CURA J. GUADALUPE HERNANDEZ RODRIGUEZ
 3 septiembre 1946 SR. CURA JOSE LUIS MUÑOZ DIAZ
 1971 SR. PBRO. LUIS MANUEL GONZALEZ MEDINA
 4 septiembre 1947 SR. PBRO. MOISES NAVARRO YEPEZ
 1950 SR. CURA MOISES RODRIGUEZ VALADEZ
 6 septiembre 1955 SR. PBRO. ADRIAN ACOSTA LOPEZ
 8 septiembre 1968 SR. PBRO. JUAN MEDINA CAMPOS
 9 septiembre 1926 SR. PBRO. NICOLAS AGUILAR COPADO
 1929 SR. PBRO. LUIS GUSTAVO GARCIA DUARTE
 1952 SR. PBRO. JOSE MARIA DE LA TORRE MARTIN
 12 septiembre 1957 SR. PBRO. JOSE LUIS SALAS JIMENEZ
 1963 SR. CURA GUILLERMO PLASCENCIA ASCENCIO
 14 septiembre 1928 SR. CURA SALVADOR ZUÑIGA TORRES
 1967 SR. PBRO. MIGUEL ANGEL AGUIÑAGA ONTIVEROS
 15 septiembre 1973 SR. PBRO. OSCAR ALEJANDRO HERNANDEZ MARQUEZ
 16 septiembre 1950 SR. CURA PEDRO VAZQUEZ VILLALOBOS
 17 septiembre 1946 SR. PBRO. OSCAR MALDONADO VILLALPANDO
 18 septiembre 1969 SR. PBRO. JUAN RODRIGUEZ GAUSIN
 19 septiembre 1930 SR. PBRO. JOSE RODRIGUEZ GONZALEZ
 20 septiembre 1940 SR. CURA FELIPE SALAZAR VILLAGRANA
 24 septiembre 1923 SR. PBRO. SAMUEL CALVARIO ARELLANO
 26 septiembre 1963 SR. PBRO. JOSE LUIS TAPIA NARVAEZ
 27 septiembre 1925 SR. PBRO. ADOLFO GARCIA RIZO
 28 septiembre 1956 SR. PBRO. ANTONIO ESPARZA MARTIN
 29 septiembre 1942 SR. PBRO. MIGUEL CHAVEZ GONZALEZ
 1959 SR. PBRO. MIGUEL DOMINGUEZ GARCIA
 1966 SR. PBRO. MIGUEL ANGEL PEREZ LOZANO
 30 septiembre 1968 SR. PBRO. JUAN JOSE SALDAÑA VALADEZ

ANIVERSARIOS DE ORDENACION

- 2 septiembre 1973 SR. PBRO. HECTOR JAVIER RAMIRO MEDINA
 9 septiembre 1962 SR. PBRO. JOSE OROPEZA LOMELI
 20 septiembre 1969 SR. CURA JOSE HERNANDEZ ROJO
 24 septiembre 1978 SR. PBRO. FRANCO BENIGNI STABILINI
 26 septiembre 1979 SR. PBRO. OSCAR MALDONADO VILLALPANDO
 27 septiembre 1996 SR. PBRO. JUAN RODRIGUEZ GAUSIN

ANIVERSARIOS DE DEFUNCION

- 7 septiembre 1997 SR. CANGO. CIRILO MIRAMONTES ENRÍQUEZ

- 
- Queremos una Pastoral Bíblica que nos lleve al encuentro con Jesucristo vivo.
 - Queremos una Pastoral Bíblica que nos lleve a una auténtica conversión.
 - Queremos una Pastoral Bíblica que fomente la espiritualidad del seguimiento.
 - Queremos una Pastoral Bíblica que conduzca a la comunión y participación.
 - Queremos una Pastoral Bíblica que promueva eclesialmente la Sagrada Escritura en todos los niveles de Iglesia.
 - Queremos una Pastoral Bíblica que lleve a la solidaridad, especialmente con los más necesitados.
 - Queremos una Pastoral Bíblica que dinamice la Nueva Evangelización.
 - Queremos una Pastoral Bíblica que promueva una actitud misionera.
 - Queremos una Pastoral Bíblica inculturada.
 - Queremos una Pastoral Bíblica que oriente para una correcta interpretación cristiano-católica de la Sagrada Escritura.
 - Queremos una Pastoral Bíblica que apoye la capacitación y la formación.